

187
CIC

LAIQUE

LOS
AMORES
DE
TAONA

I

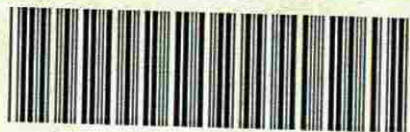
P07297

.B5

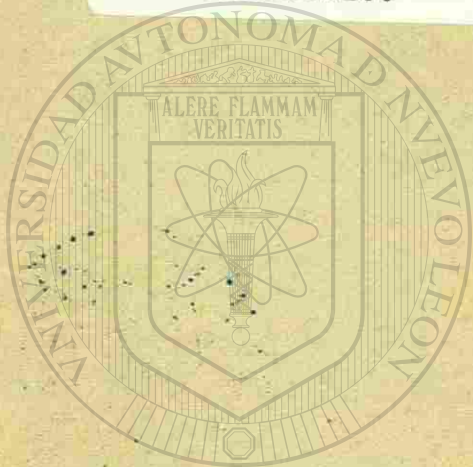
A5

v.1

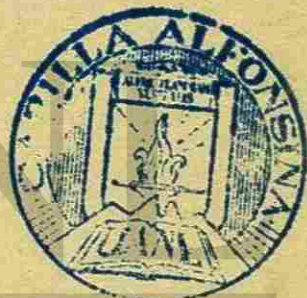
0



1020028160



UAN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
86008[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29774

043 PO 7297
BS
AS
v.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Amores de Artañan



En Agosto de 1652 el camino de París a Pontoise presentaba un golpe de vista encantador. Altos y frondosos olmos que la implacable nodadera de la provincia había respetado formaban allí un techo verde tan tupido, que sólo dejaba penetrar alguno que otro rayo del sol.

Esta parte del camino de Normandía hacia entrar en deseo de continuar hasta ese país cubierto de vejección, en que las vías campestres tienen, si es posible, más atractivo todavía, como que ofrecen en abundante eia al viajero esa fruta agreste, base de la bebida de tan rico departamento.

En una tarde muy hermosa, dos hombres iban á caballo por debajo de la umbra bóveda, guardando cierta distancia entre sí, distancia corta en verdad, pero que nuda á la actitud respetrosa de uno de ellos, decía á las claras que nuestros viajeros eran amo y criado.

Era el criado un mocetón que podría tener sus cuarenta años á lo sumo; su rubia cabellera disimulaba las canas que en su amo eran más visibles; tenía rojas las mejillas y la nariz, y los ojos serenos y sin expresión;

portaba un espadón, y aunque no llevaba pluma en el fieltro, á la legua se conocía en su tocado que en otro tiempo habia sido soldado. Era natural de Fouchery, cerca del Reims, circunstancia que contribuyó no poco á que su amo lo bautizase con el sobrenombre de Champagne.

Era el señor un caballero como de treinta años, de semblante enérgico, y cuya nariz, ligeramente encorvada á modo de pico de águila, revelaba esa astucia tan peculiar á los tipos meridionales; y para saber su profesión hubiera bastado ver su espeso bigote retorcido hacia abajo y cuyos extremos le llegaban más abajo de la barba; si además de esto no lo hubiera indicado el uniforme rojo y galoneado de oro que vestía.

Este uniforme era de teniente de la guardia francesa, y llamábase el que lo portaba Carlos de Batz, caballero de Artagnan, en Béarn.

Realzaban el buen porte del caballero la elegancia, la fuerza y las crines de su montura, soberbio animal completamente negro, que echaba fuego por las narices, todo lo cual habia hecho que á su tránsito por las catorce ó quince aldeas situadas á los lados del camino que va de Saint-Denis á Pontoise, más de una matrona ó joven hubiera salido á la puerta de su casa tributando amables sonrisas al bello joven, que probablemente iba á la corte por llamamiento especial, puesto que la corte se hallaba en aquel entonces en Pontoise.

El rey, ó más bien la reina madre, Ana de Austria, por consejo de Mazarino, habia salido de la rebelde París, y para infirmar las deliberaciones del parlamento que se oponía á la política del ministerio, habíase dispuesto en un real edicto que el gobierno y al mismo tiempo el parlamento, fueran á sentar sus reales en Pontoise.

Había entonces, pues, dos parlamentos; el de París, que estaba por los príncipes, y el de Pontoise, que opataba por el rey, y de ambos el legal era á no dudarlo el de Pontoise.

La corte, no obstante la pobreza del rey, cuyas arcas estaban completamente vacías, y que sólo vivía de la largueza de Mazarino, no habia olvidado el esplendor de su vida pasada; así es que se daban bailes y conciertos sin más variación que el lujo de los buenos tiempos y algo menos de ostentación en las habitaciones, no tan bien amuebladas como antes.

Pero volvamos á nuestros dos jinetes.

Cuando llegaron á unos cien pasos de la aldea de Saint-Ouen, el caballero se detuvo y dijo á su criado, que también paró su cabalgadura.

—Señor Champagne, vais á seguir solo hasta la ciudad, donde me dispondréis alojamiento, pues me disgusta entenderme en esas cosas. Dentro de una hora estaré en Pontoise.

—Está muy bien, respondió el criado, pero....

El amo le miró como quien no está acostumbrado á que se le hagan observaciones.

—El caballero olvida una cosa.

—¿Cuál?

—Que nunca he puesto un pie en esa ciudad, é ignoro dónde pensais alojaros.

—Tenéis razón, Champagne; pero buscando se encuentra. Tomad por el centro de la ciudad hasta la iglesia de Saint-Maclou.

—De iglesia hablais, ya la veo desde aquí.

—Y de las más hermosas, señor Champagne; así es que os lo recomiendo, por poco que os guste la arquitectura. Por lo demás, preguntaréis por Saint-Maclou,

no hay que olvidarlo. En la placita de esta iglesia vive una guapa moza, muy devota, y se llama Blanchard.

—Le anunciaré la llegada del caballero.

—Has dado en el clavo, y ya puedes tomar trote.

Obedeció el criado y desapareció muy luego en la aldea de Saint-Ouen, situada, como es sabido, á las puertas de Pontoise.

El caballero le vió partir sin inquietarse lo más mínimo por los transeuntes que á caballo, todo parecían menos viajeros.

Al perderse Champagne de vista, el caballero echó pie á tierra, y después de haber atado su caballo á uno de los árboles del camino, se sentó en un montecillo, y apoyando la frente en las manos pensó cómo va á leerse, pues vamos á sacar el pensamiento de Artagnan de entre la caja huesosa de su cerebro, lo que dará de sí detalles provechosos á los lectores de esta obra.

—Recapacitemos, decía, forzoso me es seguir otro género de vida, puesto que en doce años de trabajo asiduo no he conseguido más que ser teniente de la guardia... Cuando lo Bearn salí, tierra milagrosa en lo que dice á su naturaleza encantadora, si bien pobre de recursos monetarios, mi buen padre me dijo: «No olvidéis, caballero, que al despedirse M. de Treville de estos montes que nos vieron nacer, no tenía más bienes que su capa y su espada, y que hoy es el capitán de mosqueros de Su Majestad, lo que equivale á ser, con corta diferencia, mariscal de Francia.» Mientras M. de Treville estuvo en el candelero, pude prometerme subir como la espuma, como que empezó por hacerme guardia, y luego mosquetero... pero no data de ahora que el tal cuerpo de mosqueros no exista, y muy afortunado anduve con llegar al grado de teniente, con cuyo sueldo he vivido y vivo. Ah! el pro-

greso no ha sido mucho que digamos. El difunto cardenal Richelieu sí que era un gran genio. Ese sabía estimar á cada cual en lo que valía, y nuestras proezas (digo «nuestras» porque entonces éramos cuatro) fueron dignas de los héroes del Ariosto á del Tasso. Aquí sintió el teniente que se le llenaban de lágrimas los ojos.

—Cuatro amigos, continuó, cuatro corazones que palpitaban á una, cuatro cabezas que pensaban una misma cosa, cuatro espadas que peleaban por intereses idénticos. ¿Dónde están los tres corazones cuya ausencia ha dejado viudo al que en su pecho late? ¿Lo sé yo? Hemos separado la fortuna, la ambición y la sociedad. ¿Dónde estais Athos, Aramis, Porthos?... ¿Cuan cierto es que los cuatro hubiéramos cambiado la taz del mundo, si al mundo no le hubiera convenido separarnos!

Este soberbio pensamiento sumió al caballero en honda tristeza, de la que muy en breve se repuso, y prosiguió:

—Con mis tres amigos he llevado á cabo lo que parecía imposible, y Richelieu, tan valeroso como espléndido, nos admiró Luis XIII nos dió un abrazo, y Ana de Austria las gracias, de todo lo cual no he sacado más que ser teniente de la guardia...

El caballero se sonrió con frío desdén, y siguiendo en sus meditaciones, dijo para sus adentros:

—¿Por ventura lo que no logré apoyado por esos tres tipos de la audacia, el talento y la fuerza lo podré alcanzar por mí solo?

Repasó luego en la memoria las distintas faces de su tan laboriosa vida: sus desafíos, las aventuras galantes en que se empañó sin premeditación y dispuesto siem-

pre á vencer todo: los obstáculos, las comisiones de que le habían encargado Richelien y Mazarino; el papel que este último y solapado ministro le había hecho desempeñar cuando las primeras turbulencias de la Fronda, papel que por no haberle sido de ningún provecho, menoscababa, según él creía, su dignidad.

Tuvo que andar de ceca en meca, á pie y á caballo, por calles y calzadas, como portador de órdenes ó instrucciones secretas, unas veces á cara descubierta y otras disfrazado, y al fin y á la postre, ¿quién quitaba que por hallarse Mazarino desterrado del reino se le cerrasen á él las puertas del porvenir que buscaba?

Porque es menester decirlo, á Mazarino lo habían echado por segunda vez de Francia; su enemigo el parlamento había triunfado del hombre cuya ruina deseaban todos los partidos.

El cardenal sabía muy bien que su permanencia en el poder se oponía á la realización de sus planes de pacificar á los disidentes para sacar luego el partido que se había propuesto.

El príncipe de Condé había sido nombrado generalísimo de las tropas que mandaba, ilusoriamente Gastón de Orleans, y aunque la corte, errante de provincia en provincia, hubiera accedido á esto y establecido el parlamento en Pontoise, Paris no tenía más partido que el de los príncipes.

En tal estado de cosas, el caballero, sin cuidarse de las malandanzas de príncipes, cardenales, mujeres, magistrados y reyes, resolvió no mezclarse en nada y se hizo epicúreo, mientras no le fuera dable saber á qué atenerse.

Ea, pues, probable que había príncipes y frondistas, cuando él iba á Pontoise, donde estaba el rey y los

miembros del parlamento que seguían fieles á la causa del ministro desterrado.

—Con seguir á los otros la hubiera errado, se dijo, puesto que defendiendo al rey no tendré ningún remordimiento de conciencia, lo cual es algo.

Y tendió al cielo una mirada llena de confianza y de audacia.

—¿Qué es la conciencia sino el último recurso cuando carece uno ya de la fe ardiente de los años juveniles? Nada he logrado con obedecer á los arranques de mi corazón sin acordarme de mis intereses; cese ya en mí el joven entusiasta, y pues me veo solo, solo sabre crearne la posición á que aspiro.

Aquí dió punto el caballero á su mudo monólogo, fué á desatar su caballo, y sonriendo al ver roída casi toda la corteza del árbol, dijo con amargura:

—A tí no te importa nada destruir y sembrar la muerte por donde pasas, con tal que satisfagas el apetito. Procuraré imitarte y ver si tengo bastante fuerza de voluntad para vencer todos los obstáculos que se me presenten.

Sacó su caballo al camino, y entonces y sólo entonces vió que un enmascarado malamente oculto detrás de una haya, parecía mirarlo con atención.

Una vez montado, observó también que aquel hombre lo estaba, y picada su curiosidad, metió espuelas y se dirigió hacia él; pero al punto partió al galope el misterioso enmascarado.

—¿Qué significará esto? dijo el caballero sin correr al alcance del que huía.

No había pasado una hora cuando ya el señor de Artagnan entraba en Pontoise.

Hállase esta ciudad en la cima y la pendiente del cerro que domina al río Oise, y por consiguiente fué

preciso que el bearnés pusiera su caballo al paso, de lo que se aprovechó para hacer una rápida inspección de las casas y jardines, pues su cabeza sobresalía á los cercados de éstos.

La presencia de la corte había llevado á los hoteles, casas y mesones multitud de gentes de todas clases, de modo que la pequeña ciudad, de ordinario tan silenciosa, había cobrado una desusada animación.

El ruido del caballo de Artagnan, y muy particularmente su uniforme, hicieron asomarse á las ventanas muchas caras inquietas ó curiosas, porque se esperaban las noticias de París con ansiedad suma; pero como la indiferencia del caballero no revelase que fuera enviado ó emisario de los príncipes, todos se volvían á meter para adentro.

A tiempo que el caballero llegaba cerca de Saint-Macloú, salieron de un callejón que desembocaba en la plaza, abrieron casi en frente de él una ventana, á la que se asomó un rostro de mujer casi enteramente oculto en una mantilla española; pero súbitamente la ventana se volvió á cerrar con ruido, como si aquella mujer no hubiera querido que el caballero la viese.

—¡Diablo! exclamó Artagnan, alguien se oculta de mí, y ese alguien pertenece al bello sexo. ¿Quién será? Es menester saberlo.

Y en vez de ir directamente á casa de madama Blanchard, cuya puerta veía al otro lado de la plaza, siguió su camino, entró en otro callejón, y no tardó en hallarse delante de una cerca de poca elevación, que era la del jardín de la casa que había rodeado.

No obstante lo bien dispuesto de las calles de ese jardín, decidióse el bearnés, y metiendo espuelas, hizo saltar el muro á su caballo, prefiriendo entrar así á lla-

mar á la puerta, pues esto último podría frustrar los proyectos de observación que bullían en su mente.

Una vez adentro, echó pie á tierra, y llevando su caballo á la brida, se adelantó, por entre coles, hasta llegar á un puentecito que no le era desconocido, al menos en apariencia, porque se fué directamente á atar al animal á una argolla clavada en la pared, junto á la puerta de una cuadra.

Ésto hecho, entró en la casa, no sin hacer algún ruido, por lo que pronto vió llegar á la dama de quién había hecho á Champagne una pintura tan municiosa, y la cual empezó á dar gritos al verle.

—Señor Artagnan! dijo, ya sabía yo que solo á vos le ocurriría semejante locura.

—Páreceme, mi buena madama Blanchard; que esto no debe cojerlos de nuevo, puesto que me esperábais, á lo que parece.

—¡A vos, señor Artagnan! Tan no es así, que todavía no hace una hora estaba yo haciendo compras por el cuarto segundo, que es el vuestro.

—¡Ah! comprendo eso, y muy libre érais de hacerlo, pero después

—Después también, y si el vendedor hubiera vuelto hace cinco minutos, el negocio estaría ya arreglado.

—¿Con que es decir que no teniais noticia de mi llegada?

—No, en manera alguna.

—¿No vino mi criado á anunciárosela?

—No le he visto ni la punta de las orejas.

—Pues bien, yo os prometo estirárselas de tal modo que en lo sucesivo se las podréis ver desde muy lejos.

En esto llamaron á la puerta de la calle.

—Es él, dejadme ir á abrirle.

El caballero fué á abrir la puerta cochera, con lo que pudo entrar el criado llevando su caballo de la brida. Al ver á su amo hizo un movimiento como para retroceder, pero éste le indicó que pasase adelante con un gesto de autoridad y volvió á cerrar la puerta, hecho lo cual se le reunió en la cuadra, donde Champagne, con agilidad sorprendente, estaba ya desensillando las bestias.

—No volveréis á hacer otra, señor hribón, dijo Artagnan. Apostaría á que os habéis detenido en alguna taberna.

—Señor

—¡Callad! Os despediré, Champagne, si no cambiáis de género de conducta; ya os he hecho cien veces esta misma amenaza, pero al fin se me acabará la paciencia. ¡Cuidado conmigo!

Champagne, que no se reconocía culpable, hacía prodigios y desensillaba los caballos con una habilidad sin igual.

—Agradeced, dijo Artagnan, que madama Blanchard haya intercedido por vos, pues de no haber mediado eso

Y el caballero volvió en busca de la posadera.

—¿Con que es decir, mi buena madama Blanchard, que puedo subir arriba, ¿no es cierto?

—Cuando gustéis, señor.

Artagnan, no se lo hizo repetir, y subiendo con presteza las escaleras, llegó al cuarto y comenzó á acicalarse, no sin dejar de asomarse repetidas veces á la ventana, al través de cuyas cortinas lanzaba miradas llenas de curiosidad á la casa donde viera poco antes á la mujer de la mantilla.

—Ese bruto de Champagne es sin duda la causa de

que ella no se deje ver. El caso es que me conoce, cuando al verme na cerrado la ventana, y siendo así debe conocer también á mi criado Pero dejemos esto á un lado, y pensemos en lo positivo Sin embargo, mejor será no olvidar del todo lo que hace un momento me preocupaba, porque si como no es imposible permanezco aquí algún tiempo será preciso que me distraiga de algún modo Vamos ahora á ver á Navailles.

M. de Navailles, casado en segundas nupcias con la señorita de Neuillant, á la sazón dama de la Reina, era capitán de los guardias de Su Majestad, y como tal, estaba alojado en palacio en una mala habitación, es cierto; pero también lo es que así lo exigían las circunstancias, y que no gozaban de mejor hospedaje los más distinguidos personajes de la corte guarecida en aquella ciudad para no estar sometidos á los jefes de la Fronda, que eran omnipotentes en París.

Artagnan encontró al capitán en un cuarto espacioso bautizado con el nombre de sala de guardias, á tiempo que aquél jugaba á los naipes con otro oficial.

—¡Artagnan! exclamaron con alegría los jugadores, qué buen viento os trae por acá!

—El fastidio en primer lugar, señores, y luego ofrecer mis respetos á SS. MM. y felicitarlos, puesto que mañana es día de San Luis.

—¡Oh! Artagnan, mejor lo hubiérais hecho variando el sentido y los términos de la frase!

—Es verdad; pero el fastidio me ha entorpecido de tal manera, que ya no acierto á decir cosas mejores.

—Pues entonces llegáis á buen tiempo, porque vamos á divertirnos mucho aquí esta noche, sin que os quepa jerónimo de duda.

—Siendo así, enteradme cuanto antes de lo que pasa.

—Vaya si lo haré con gusto! Pero contadnos antes lo que se dice en París.

—Dicese, y lo sabéis muy bien que yo, que los príncipes, ofendidos porque el parlamento se ha venido á Pontoise, han duplicado el precio que se ha de dar al que entregue la cabeza de Mazarino, no contentos con verle desterrado.

—Y qué más?

—Que el señor coadjutor está de cuernos con la señorita de Chevreuse.

—Y no se dice á favor de quién está ahora?

—A favor de la política, ó más bien, quiero no hacer perjuicio á cierta gran señora, á la cual no vacilaría acaso en rendirle parias.

—Y sabíamos que el nuevo cardenal aspira á ser primer ministro, pero está más lejos de alcanzar eso de lo que piensa. Qué más noticias traéis, Artagnan?

—He dicho todas las que sé, y ahora os toca á vos darme las vuestras.

Durante este diálogo, M. de Navailles había seguido jugando, pero cuando iba á responder á la observación del caballero, llegó un ujier á decirle á su compañero de juego algunas palabras al oído, quien levantándose dijo á M. de Navailles:

El rey me necesita.

Y se fué con el ujier.

Navailles se levantó también, dió el brazo á Artagnan y se dirigió con él á los jardines del palacio.

—Querido caballero, dijo, tenemos esta noche baile de máscaras en el palacio y en el parque.

—Baile de máscaras en el mes de Agosto, Navailles? Sin duda quereis chancearos!

—No os digo más que la pura verdad. Sabéis que la reina tiene caprichos; pues bien, hablándose antenoche cuando Su Majestad iba á acostarse, de lo triste que estuvo el carnaval pasado, á causa de esos malditos frondistas que han jurado trastornarlo todo en Francia, dijo el rey que desearia disfrazarse de torero español y bailar un zarabanda. Comenzó la reina por re-funfunar, y el rey cojió entonces una guitarra, y ras-cando horriblemente las cuerdas, se puso á entonar una de esas alegres canciones andaluzas que nunca oye la reina sin reírse á carcajadas. Parece que la canción tenía por tema los bailes de máscaras y las locuras, porque Su Majestad decidió que esta noche hubie-ra música, zarabandas y bailes de máscara al estilo italiano.

—Bravo! respondió Artagnan.... ¿Y qué clase de trajes traerán los convidados?

—Las señoras, en particular la reina, se han estado dos días con sus noches inventando trajes: se ha echado mano de toda la madera, de todas las cortinas de seda, de toda la tapicería del palacio.... Llamóse á un mercader que se comprometió á facilitar telas de varios colores, al grado de que si pudiérais entrar en casa de la reina, retrocederíais espantado.... Ah! las mujeres son unas verdaderas hadas cuando quieren satisfacer un deseo, realizar un capricho.

—Quiere decir que la fiesta de San Luis será más brillante este año de lo que generalmente se creía?

—Así lo creo. También se ha convidado á muchas personas de la ciudad, y hay entre ellas algunas encantadoras beldades que darán no poco atractivo á la reunión, sobre todo una....

—Ah, Navailles, vuestros ojos brillan más de lo que conviene á un recién casado!

—Querido amigo, ya que estáis aquí vais á prestar-me un servicio, y es que debiendo vestirme yo de dominó azul, os pondréis uno negro, los cuales cambiaremos en el baile y... Ah! mi buen amigo, es una rubia admirable que vive en la plaza de Saint-Maclou.

—Os prevengo que si seguis hablando así voy á contárselo todo á vuestra mujer.

—De cuando acá esos escrúpulos con vos, amigo mio?

Artagnan se ruborizó y no contestó.

—Si he de deciros lo que pienso, amigo mio, habeis cambiado mucho, y esto al modo del señor coadjutor. Creo que os habeis vuelto ambicioso.

—Acaso tengais razón, porque en efecto aspiró á tener algo más que la tenencia irrisoria que me ha dado el cardenal después de haber suprimido el cuerpo de mesqueteros sólo por dar un disgusto á M. de Trévillo.

—Pero no me podréis negar que os prometió haceros capitán de una compañía, promesa que fué hecha delante de mí.

Ahora que está en Bouillon es seguro que ni siquiera se acuerda del santo de mi nombre.

—Pues tened entendido que nunca ha tenido el cardenal tanto poder como ahora que está desterrado nada se decide aquí sin reflexionarlo detenidamente, lo cual prueba que le consultan y aguardan su respuesta para resolver.

No podéis calcular el sin número de correos que de aquí salen y aquí vienen, y aunque esos correos se están callados como un muerto, es evidente que van á Bouillon ó vienen de allí.

—Ya sea que el cardenal vuelva al poder ó que para siempre se le escape, Navailles, yo me propongo con

todas veras hacer fortuna. Bien sabéis todo lo que he perdido al verme privado cuando menos lo esperaba de la cooperación de mis amigos que todos á una se separaron de la milicia. Mientras conté con su apoyo creí tener asegurado el porvenir, mas ya que me encuentro débil porque estoy solo, mi corazón abriga un deseo, ó sea ambición, y ó me matan ó antes de que trascorra un año he de ser algo más de lo que soy.

—¿Vais á casaros?

—¿Casaró yo?

—Creo haber adivinado lo que apeteceis. ¿Conocéis á Flavimont?

—Le conozco de vista.

—Pues el conde de Flavimont es un caballero de Guiena, el hombre más celoso del mundo y amigo de M. de Conti. Acabamos de saber que va á batirse mañana en el Prés-aux-Clercs con Tavanues, á quien sorprendió en mala actitud con su esposa, y como quiera que Flavimont es demasiado gordo, pesado, y muy poco hábil en el manejo de las armas, y que Tavanues por el contrario es una de las mejores espadas de Francia, se os proporciona una viuda de doscientas mil libras de renta con quien casaros.

—Muchas gracias.

—Si fuera soltero me casaba con ella.

—Os sería fácil, pues á lo que se dice hace mucho tiempo que la conocéis.

Vino á interrumpirlos un criado que dijo al capitán de Guardias que la cena del rey debía verificarse dos horas antes de lo acostumbrado, y que por lo tanto cumplía á su deber estar ya al lado de Su Majestad.

—Amigo mio, dijo Artagnan, voy á ver cómo me hago de un dominó y una cartera.

—Bueno, así que hayamos acabado de cenar iremos á buscaros.

—¿Dónde vivís?

—En la posada de Madama Blanchart, sita en la plaza de Saint Maclou.

—Entonces no distáis mucho de donde vive mi adorada.

—Enfrento, si es que vuestra adorada usa mantilla española.

—¿Luego ya la habéis visto, serpiente?

—Nada más que un segundo.

—Volveremos á hablar de eso. Adiós.

Artagnan tomó rumbo hacia su casa, y viendo en el camino una sastrería en que el artesano dueño de ella estaba cosiendo sobre un lienzo rojo una piel de armiño, se entró de rondón, le asió del brazo y le dijo:

—¿Qué estáis haciendo, buen hombre?

—Un traje para un señor del parlamento.

—¿Y corre mucha prisa amigo mío?

—Señor, deniro de una hora ya será de noche, y no me gusta trabajar con luz artificial, porque se me cansaría la vista.

—Y un sastrero sin vista no serviría para nada, dijo Artagnan, que habiendo extraído con mucha limpieza de las manos de aquel el traje que cosía tiraba del armiño para deshacer lo hecho.

—¿Qué estáis haciendo, señor? preguntó el sastrero.

—Querido mío, respondió el teniente, os habéis comprometido á entregar este traje esta misma noche?

—No señor, pero si mañana á las nueve no lo entrego...

—Oh, entonces no hay por qué apurarse.

—¿Tenéis alguna tela roja parecida á ésta?

—No; pero tengo el traje de donde saqué el armiño.

—Tanto mejor, dijo Artagnan, que mientras platicaba y sin hacer caso de la oposición infructuosa del sastrero, había descosido el armiño.

Creo, añadió, que os será fácil sacar de ese viejo traje una capucha y adherirla á éste.

—Nada más fácil, señor, pero...

—Eal pocas palabras, os daré dos pistolas si lo habéis hecho dentro de dos horas, y mañana al amanecer os devolveré la prenda.

—Si el señor consejero supiera...

—No sabrá nada, conque manos á la obra, que estoy esperando.

—¡Já, já, já! (porque el artesano tomó á risa el negocio.) ¿El señor trata de ir esta noche al baile de palacio?

—Ni más ni menos.

—Pues si el señor consejero ve allí su traje en cuerpo ajeno, no le ha de gustar mucho.

—Yo cargo con la responsabilidad. Daos prisa.

—El señor tendrá la bondad de decir que me ha puesto entre la espada y la pared.

Comenzó á trabajar el sastrero que bien que mal, y entregó al caballero una hora después un dominó rojo de lo más bello.

En cuanto á la careta, Artagnan pensaba tomar una de las que tenía en su baliya, pues en aquel tiempo de aventuras y sorpresas, la careta formaba por decirlo así, parte del vestido.

Artagnan se dirigió hacia la plaza de Saint Maclou, y por el camino iba reflexionando de este modo:

—No se acostumbra dar bailes en Agosto, luego algo de particular ocurre cuando dan uno esta noche.

Cómo se conoce que la reina ha aprovechado bien las lecciones del astuto Mazarino! En ese baile hay alguna intriga de por medio, y la sabré.

Al entrar en la posada, vió á madama Blanchard que le recibió con cara de pascuas y una servilleta en la mano.

—¿Quiere el caballero cenar? le preguntó limpiando un vaso con todo esmero.

—Sí, pardiez, y lo haré con gran apetito; pero daos prisa, porque yo la tengo y mucha.

—Ya está pronto la cena.

—¡Ya! Pues entonces me vestiré después de cenar.

—Quiere decir que el caballero va al baile?

—Mucho que sí. Dónde está Champagne? preguntó Artagnan sentándose á la mesa.

—Está arriba preparando lo necesario para que vayais al baile, pues no se me ha escapado que no podiais menos de concurrir á esa fiesta, é hice que se anticipase á vuestro mandato, á fin de que siquiera una vez en la vida estuviérais contento de él. Yo no le conocía; pero veo que es un muchacho muy dócil, aunque parece algo flojo.

—La habeis acertado, madama Blanchard, dijo el caballero con la boca llena, porque el bellaco me sirve mal.

—Lo que no ceso de admirar, señor, es que haciendo ya tanto tiempo que lo teneis entre ojos y que os quejais de él, no lo hayais echado mil veces con cajas destempladas.

—Qué queréis? Es verdad que llena muy torpemente su oficio de criado, pero en cambio es honrado y me quiere mucho. Extraña cosa! es perezoso si los hay, á grado de que no pocas veces me veo obligado á servirme yo mismo; me hace rabiar veinte veces al día; pero

esto sucede cuando gozo de salud, mientras que, por el contrario, cuando me enfermo, ó me han herido ó hecho el más ligero rasguño, me atiende, me cuida como pudiera hacerlo una madre, y entonces toda la cólera de que he ido haciendo acopio se desvanece como el humo.

—Euerza es decir también, señor, que es muy agradable depender de vos.

—Lo creais así, madama Blanchard? Ah! por qué no os váis á Paris? Tendríame por dichoso con hospedarme allí en vuestra casa, aunque no tenga por qué quejarme de vuestra excelente amiga madama Morlet. Pero creo que Champagne ha tenido tiempo de preparar mil veces mis efectos. Habrá hombre más catmoso!

Mientras hablaba, Artagnan iba dando buena cuenta de la cena, y cuando se la hubo engullido toda, subió á su cuarto, donde halló á su criado con un cepillo en una mano, una ropilla en otra, patriarcalmente echado en un sillón y dormido.

Al ver este cuadro, Artagnan soltó una horrible imprecación, arrebató la ropilla de la mano del dormilón, y con ella le dió dos ó tres azotes.

—Arriba, pícaro, arriba! gritó con cólera cuando el criado abrió los ojos: dormirás si quieres toda la noche, pero ahora te necesito, bribón!

Champagne tenía muchos defectos; pero no carecía de talento; así es que tomó á su amo por su cuenta, lo afeitó y luego le puso cosmético en los bigotas y le perfumó los cabellos.

—Oh! qué clase de perfume es este, maese Champagne? preguntó el caballero aspirando con placer la atmósfera embalsamada.

—Qué! ¿el señor no recuerda haberlo olido antes?

—No, á fe mía.

—Es bergamota.

—Eso ya lo sé, pero es una bergamota de la mejor clase.

—Señor, antes de que saliésemos de París, me hice estas reflexiones: El caballero va á Pontoise á saludar al rey y á la reina, y no hace mucho que partió de aquella ciudad M. Mazarino. Ahora bien, para hacer esta visita conviene acicalarse lo más posible, y como que Sus Majestades son, mal que pese á tantos, los mejores amigos del señor cardenal, sería acaso de buen gusto adoptar el perfume que prefiere Su Eminencia. Este es un modo de hacer la corte tan bueno como el mejor.

—Oh! estais en todo, maese Champagne, y esta idea me reconcilia con vos.

Una vez listo, y entrada la noche, Artagnan se puso el soberbio dominó rojo tan felizmente improvisado, y después de atada la careta iba á salir de la casa, cuando vió deslizarse en la sombra ciertos bultos sospechosos.

—Diantre! se dijo, me están espiando! ¿qué significará....?

Peró muy luego se serenó su frente inquieta.

—Me toman por emisario de los príncipes, y esto me importa maldita la cosa. Sin embargo, si fuera aquel personaje que vi en el camino....? ¿cuál será su objeto? Preciso es hacerle perder la pista.

Y Artagnan en vez de salir por la puerta principal, salió por aquel jardín cuya cerca había hecho saltar á su caballo.

Pocos momentos después entraba en el palacio, no sin haber dado antes á los centinelas el santo y seña que Navailles le había indicado.

Brillante era la fiesta, tanto que á no ser por la po-

breza del mueblaje, los concurrentes hubieran creído estar en Leuvre. Las mujeres que no se habían disfrazado estaban radiantes por su belleza y por sus trajes: no parecía sino que aspiraban á hacer constar su mérito desde luego, para despertar después más deseos, así que la careta encubriese sus facciones.

Veíanse acá y acullá máscaras de muy variados y extraños disfraces. Los cómicos italianos, procedentes de Bergamo y que Mazarino llamo á Francia, habían contribuido mucho á dar pábulo á la imaginación de los nobles, así que había en el baile tipos tan bufones y grotescos que excitaban risotadas y aplausos.

Animado Artagnan por aquel foco de placeres y locuras, iba haciendo reverencias de grupo en grupo; más no tardó en observar que causaba graú sorpresa, y que todos cuchicheaban al verle.

—El no se hubiera puesto dominó encarnado, dijo uno en español.

—Bah! respondió otro, lo habrá hecho para que nadie crea que es él, y sin embargo, lo está delatando la bergamota.

—Es cierto.

—Caramba! exclamó Artagnan para sus adentros, porque sabía perfectamente el español, me toman por el cardenal! siendo así, arriesguémonos á hacer el papel de tal! esto va á ser curioso!

Y siguió andando, pero no ya como antes, sino bamboleándose, tal como andaba siempre Mazarino. Pronto pudo ver el éxito de su ficción:

II

No sin motivo; como se la había figurado el perspicaz bearnés, como se había promovido y organizado un baile inusitado. Aunque rodeada de partidario fieles y adictos al cardenal, Ana de Austria, digna discípula de Mazarino, había hecho demasiado uso del espionaje para no temerlo, y contaba mucho con los innumerables recursos del disfraz para el logro de ciertos proyectos.

En el baile de máscaras del día de San Luis, se hallaban pues, personas que si por súbita orden se hubiesen quitado las caratas, se habrían sorprendido en estrámo de verse allí reunidas.

El dominó rojo de Artagnan, ó más bien el traje del señor consejero del parlamento, causaba un efecto extraordinario; á cada paso saludaban al caballero personajes que en las demás circunstancias de la vida apenas le habían dispensado una sonrisa protectora; algunas damas á quienes saludaba remedando las maneras del cardenal, le centestaban con sonrisas encanta loras, y muy pronto llegó al extremo de pasearse de bracero con las más notables bellezas de la corte que él escogía con tino, y cuyos tocados, deslumbrantes casi todos, le alegraban la vista.

Por desgracia sabía él que le durarían poco esos testimonios de respeto; mas aunque la amabilidad de esas beldades estuviere reservada para otros, él trataba de sacar todo el partido posible.

Había observado desde que llegó que un obeso enmascarado, en traje de mago, le hacía una profunda y respetuosa reverencia cada vez que los dos se encontraban, y en esas demostraciones se revelaba tal deseo de

llamarle la atención, que no dejó el caballero de impresionarse algún tanto.

Resolvió, pues, llevar á cabo la aventura en que se había intrincado, y sacar de ella otra que tal vez más adelante pudiera serle de provecho: con tal objeto, cuando juzgó oportuno y prudente separarse de las bellas, temeroso de que lo cogieran en la red que su genio amoroso les había tendido, buscó con la vista al extraño mago, y al volverse, lo vió tan cerca de él, que no había dos pasos de distancia entre uno y otro.

El mago volvió entonces á hacer su respetuoso saludo de costumbre. Entences Artagnan creyó no comprometer en nada la dignidad del personaje cuyo papel representaba haciendo una seña á aquel máscara para que se le acercara: aquella seña era del efecto más encantador:

—Y bien, mi querido mago, ¿teneis alguna cosa que decirme? le preguntó Artagnan con acento meloso.

—¡Ah, monseñor! articuló sofocándose el mago; ¡ah, monseñor! si Vuestra Eminencia

—¡Chut! nada de títulos ni de tratamientos atendid á que nadie me supone aquí: sólo vuestra penetración exquisita ha podido conocerme. Con que así, silencio!

—Silencio! repitió el extraño máscara del cucurcho mirando á todos lados con misterio, y algo desconso-lado por no haber sido el único en creer en la presencia allí de aquel que para él sería en lo de adelante una realidad. También es cierto que en cambio le halagaba mucho la perspicacia que le suponía el falso cardenal.

—Si teneis que decirme alguna cosa; según entiendo, hablad, repitió Artagnan.

—Sí, monseñor . . .

—Silencio, y hablad!

—Pero si monseñor me ordena que calle, no veo la manera....

—Primeramente, mi querido señor, debo deciros, y esto lo confieso con humildad, que no tengo como vos la ciencia de conocer á las personas á través de la seda y el terciopelo.... «Corpo di Bacco» y por más que repase en mi imaginación á todos los caballeros dotados de una salud florida.....

—Ah! es que estoy aquí de incógnito.

—Pero es que yo también y todos igualmente estamos de la misma manera.

—Quiero decir que me he deslizado así fraudulentamente, respondió el grueso señor, después de vacilar mucho para soltar la última palabra: me he valido de la invitación dirigida á uno de mis amigos.

—¿Y cómo? ¿llama ese amigo.

—Monseñor me permitirá....

—Entonces decidme vuestro nombre.

El mago inclinó hacia Artagnan su gorro puntiagudo y pronunció en su oído un nombre que aquel fingió no oír.

—¿Cómo preguntó?

—Flavimont, respondió el máscara estremeciéndose.

El caballero creyó de su deber manifestar una gran sorpresa; pero el máscara pareoía esperar aquella admiración y supo neutralizar su herejía con su impasibilidad.

—Vamos, mi querido conde, replicó Artagnan, ¿de qué os acordáis acaso vosotros?

—Creedme, monseñor, estoy verdaderamente afligido del espectáculo que presentaban en el mundo nuestras divisiones intestinas, la completa anarquía que reina en el seno del consejo de los príncipes, lo mismo que en las calles de Paris, me desesperaba. ¿Cómo no

ha de conmovirse con todo esto una alma noble y adicta?

—Pero, querido señor, si no me engaño, madama de Flavimont es de las más íntimas amigas del señor coadjutor.

—También tuvo la misma intimidad con Su Majestad la reina en el tiempo en que vuestra Em....

—¡Silencio!....

—¿Pero si el señor coadjutor se pone de vuestro lado?...

—¡Oh! dijo Artagnan con un acento de extrema incredulidad.

—Se habla de ello.

—¡Chut!.... querido conde, vaya una conversación comprometida, y mucho más en este sitio y en semejantes momentos, que deben parecer bien fugaces para divertirse y reír, olvidando las cosas serias en que se ocupa el día, dijo Artagnan en tono breve, porque no quería aventurarse en un terreno resbaladizo. Sería más prudente dejar esto para después, agregó.

—Como quiera vuestra Eminencia.

—Y para tratar de este asunto podéis entenderos con un valiente oficial en quien deposito toda mi confianza, supongo que no vacilaréis?

—Puede nombrarle Vuestra Eminencia y me consideraré dichoso obedeciendo á ese gentil hombre como si fuera Vuestra Eminencia en persona.

—Pues bien, es el caballero Artagnan, llamado o bearnés; le conocéis?

—No, monseñor.

—Un oficial de las guardias. El será el que primero se dirija á vos. Ahora, querido conde, dejad el baile inmediatamente, es preciso que no sospechen nada de nuestra conversación y volved pronto á Paris.

Artagnan obligó al máscara á hacer un movimiento de rotación, dejó su brazo y se dirigió á otro extremo de los salones diciéndose:

—¡Diablos! si acaso se encuentran aquí algunos otros enemigos del cardenal, estamos lucidos!... tal vez no sean tan fáciles de arreglar como ese Flavimont.

—¡Eh Navailles! exclamó de repente, apercibiéndose al capitán.

—¡Silencio!... respondió esté, no me nombréis tan alto.

—Una palabra, y os dejo.

—Decidla pronto.

—¿Conocéis á Flavimont?

M. de Navailles sintió bajo su máscara que sus facciones se enrojecían y contestó afirmativamente.

—¿No estuvisteis enamorado de su mujer antes de su matrimonio?

—Si, querido, respondió el capitán, pero por Dios no hablemos de cosas tan viejas.

Y M. de Navailles se alejó.

—Buena, se dijo el bearnés, aún la ama. Pero este Navailles siempre está enamorado de todas las mujeres

... ¡Acaso tenga razón!

Dejemos á Artagnan completando su pensamiento completando con un hondo suspiro, y ocupémonos de otra parte del baile.

El joven rey no había hecho distinción, como el falso cardenal, á una sola dama de la corte, sino que como verdadera mariposa, volaba y revolaba de flor en flor por las infinitas y fragantes rosas animadas de aquel jardín brillante de hermosura.

Su timidez entonces grande todavía, no le daban permiso para otra cosa que para dirigir aquí y allá algunos cumplimientos galantes. Pero con gran sorpresa

de todos, á la vez que con alegría, se le vió de repente con dos dominós negros, con los cuales parecía muy contento y satisfecho.

Era un grupo encantador el que formaban aquellas dos mujeres, jóvenes según la apariencia, porque sus formas delicadas se adivinaban con facilidad sobre el dominó.

Las dos iban de los brazos de Luis, vestido con aquel brillante traje de «primer espada» que llevaba con tanta gracia, y que sin duda le halagaba por haber sido importado del ardiente sol que dió calor á la cuna de su madre.

Todos se preocupaban bastante á la vista de aquel grupo, pero ninguno se atrevía á aproximarse bastante para que pudiera sorprender como al acaso algunas palabras de la conversación animada de aquel terno encantador.

Durante este tiempo, la reina, que había revestido su imponente hermosura con un espléndido traje oriental, deslumbrante en colores y pedrería, iba por todas partes, apoyada en el brazo de un caballero, de elevada estatura, el cual llevaba majestuosa y gravemente un vestido de senador veneciano, levantado el capuchón, como aparece en los retratos de Dante, y el cual, abriéndose, dejaba ver el elegante y severo traje italiano del siglo décimo quinto.

La conversación de estos dos personajes parecía muy animada, y los grupos y la multitud se habrían ante ellos con el mayor respeto; porque á pesar de su máscara, todos reconocían el espléndido talle, el brazo torneado y las manos pulidas que hicieron á Ana de Austria tan justamente célebre y admirada por toda la Europa.

Sin embargo de todo, cada uno se preguntaba quien

podía ser aquel senador veneciano, cuyo modo de andar, cuyas maneras no recordaban á ningún personaje de la corte.

No era M. de Gondi, que era pequeño y á quien la inclinación constante de la vista le hizo encorbrar el cuerpo: no era el duque de Orleans, cuya pusilanimidad no pudo darle nunca el atrevimiento de acercarse á la reina madre ni para hacer su sumisión; no era tampoco M. de Beaufort, ni M. de Condé, ni mucho menos el príncipe de Conti, que era un poco jorobado.

No se podía, pues, designarle, y todos se deshacían en conjeturas.

Pensar tan sólo que pudiera ser el cardenal Mazari no, habría sido la mayor de las locuras. El gran senador tenía cuando menos dos pulgadas más de estatura, y mirando con atención sus pies, cuando su largo vestido le permitía no podía vérsale otra cosa que unos tacones de regular y proporcionada altura.

La opinión general acabó por decidir que era el duque de Medina, embajador de España antes de la ruptura de las dos cortes.

En cuanto á Artagnan continuaba picoteando con las hermosas damas, cuando pasando cerca de una puerta abierta sobre una gradería que daba al jardín, se encontró frente á frente de un hombre grueso que llavaba del brazo una mujer vestida con estremada elegancia, con los brazos y el cuello tan blancos como la cera, y la cual, no obstante que daba á conocer haber tomado las mayores precauciones para disfrazarse, tenía un bucle de rubios cabellos fuera de su capuchón de raso.

El hombre grueso era maese Texier el escribano de la plaza de Saint-Maclou.

Pero la vista del bucle rubio hizo detener á Artagnan en la gradería.

Quedó allí inmóvil, como petrificado, las manos extendidas, la mirada ardiente, la boca abierta, pronto todo su sér á lanzarse hacia aquella dama; que sin embargo, no fué para él más, que una aparición.

Ella, al ver la mirada fija de aquel máscara rojo, arrastró del brazo al escribano y se perdieron ambos entre la multitud.

Los que la habían visto pretendían que era la Texier.

Los ojos de Artagnan la siguieron á lo lejos, y no sin un sentimiento de rabia alcanzó á ver que Navailles se aproximó á ella.

Pero la emoción que sintió en aquel momento le quitó la fuerza para moverse.

—Se me sigue tomando por el cardenal, se dijo cuando hubo recobrado los sentidos. Al vez por eso me huya.....

Recordando después el aire y las maneras vulgares del escribano.

—No es ella, añadió; ella no vendría nunca con semejante mascarón..... No me huiría aun cuando me creyera el cardenal... ¡al contrario! Pero vamos, ¿ninguna otra mujer puede tener como ella los cabellos rubios?

En este momento un grupo de máscaras invadió el jardín, y se encontró á dos pasos de su aparición misteriosa. Navailles seguía siempre á su lado.

Artagnan le tomó del brazo sin ceremonia y se retiró con él algunos pasos de aquel sitio, sin hacer aprecio de los juramentos y exclamaciones del gentil hombre que sentía arrancarse de una intriga que según todas las apariencias se presentaba tan feliz.

—Pero, querido dejadme, os lo suplico, exclamaba.

—¿Y para qué?

—Porque me estáis sujetando.

—¿Dónde?

—¡Oh! dijo Navailles con desesperación... Ya no la veo... ¡Que el gran demonio os lleve!...

—Os divertís ¿eh? preguntó el caballero con una indiferencia bien fingida.

—Sí, ¿y vos?

—Yo... muchísimo.

—Lo cierto es, dijo Navailles tomando su partido, que desemeñáis á las mil maravillas el papel de cardenal Pero cuideos, esto podría traer fatales consecuencias. Quién sabe si algunos asesinos apostados por los malquerientes de Su Eminencia, no os podrían hacer pagar bien cara por cierto la comedia que estáis representando, ó si los esbirros de los príncipes no aguzan sus estiletes detrás de un árbol.

—¡Bah! no es tan fácil matarme.

—Querido, repitió Navailles, ¿me permitiréis que os deje?

—¿No queréis picotear conmigo? reflexionad que os podría servir de mucho, os voy á colmar de caricias.

—Gracias, pero tengo cosa mejor.

—¿Qué es pues?

—Mi hermosa rubia, amigo mío.

—¿Qué rubia?

—¡Oh! de la que os hablaba, de mi notaria de la plaza de Saint Machou, de Madama Texier.

—¿Era la que perseguíais hace poco?

—Sin duda... Pero dejadme.

Esta vez Artagnan soltó al capitán. ¿Qué podía importarle la mujer de aquel escarabajo?

—Ya sé el nombre de raico... Será esa la mujer que

cubierta la cabeza con una mantilla española cerró tan bruscamente la ventana cuando pasó por enfrente de su casa... Si es así, indudablemente que me equivocó con otro.

Con esta reflexión consoladora, Artagnan continuó pasando el tiempo con las mujeres más hermosas de aquella reunión, escogiendo de preferencia aquellas que no habían juzgado conveniente descubrirse. Por lo demás, es bastante cierto que ellas creían apoyarse en el brazo del cardenal, lo cual las hacía quitarse las caretas en muestra de consideración y respeto.

Artagnan hacia una mezcla prodigiosa del francés con el italiano, entremezclando de vez en cuando algunos conceptos elevados.

Cuando entró en los salones se encontró cara á cara con Navailles, quien había conseguido alejar de la bella rubia á su acompañante, puesto que se encontraba solo y dando muestras del mayor espanto. Navailles sin duda era muy apremiante en su conversación, y el embarazo de la joven se aumentaba por momentos, podía decirse que temblaba como la hoja del árbol, dirigiendo por todas partes miradas inquietas. Es preciso añadir que el capitán de los guardias se aprovechaba perfectamente de aquel azoramiento para dirigir á la bella desconocida las más dulces palabras y las más exquisitas galanterías.

A su vista Artagnan se sintió nuevamente clavado en el suelo, y sintió haber abandonado antes á aquella mujer, ó más bien haber dejado que se la arrebatara.

Al verlo la joven dejó escapar un grito de alegría y se precipitó hacia él tomándole el brazo con ansiedad.

—¡Oh! salvadme... exclamó designando á Navailles, con una voz ahogada.

Llegó á Navailles su turno de quedarse fijo en el suelo, abismado por aquella circunstancia. Por primera vez desde el principio del baile se llegó á preguntar al capitán si no era aquel el verdadero cardenal.

Al contacto de la mano y del brazo de aquel dominió, Artagnan sintió que su corazón latía con violencia: una emoción extraordinaria se apoderó de sus sentidos y le pareció que todo giraba ante él como las sombras fantasmagóricas de un sueño. No era un niño, ciertamente: su alma estaba templada con fiereza para que se dejara llevar de pueriles emociones. Veinte veces le habían ocurrido en la noche aventuras de aquella especie; los más preciosos brazos de mujer se habían apoyado en el suyo, y sin embargo, su corazón había estado tranquilo y sossegado, ¿Por qué aquella emoción?

Artagnan no podía menos de hacerse esta razón: admirándose más y más de la emoción que sentía, de la timidez que se apoderaba de su pecho. Pero en pocos momentos pudo sobreponerse á aquel sentimiento tan extraño, nunca experimentado por él hasta entonces.

—Venid por aquí, dijo á su compañera llevandola rápidamente entre las demás máscaras, en donde Navailles los perdió de vista.

Pero una vez libre de aquel peligro, la dama quería manifestar su agradecimiento al caballero y buscar con afán al bonachón Texier; pero Artagnan la detuvo con dulzura.

—Y qué, señora, dijo, queréis abandonarme ya, cuando me habéis proporcionado tanta dicha ampa-

rándoos de mí tan indigno que soy de tal distinción.

La dama no respondió.

—Aquel gentil hombre, continuó Artagnan, estoy seguro que no tendréis otra intención que la de rendir un homenaje debido á vuestra belleza... porque no creo equivocarme al llamaros hermosa; á pesar de vuestra careta; pero yo me he fijado en vos más antes, no es esta la primera vez que tengo el placer de veros en la noche; señora, y os juro por mi honor que como ese gentil-hombre he sentido conmoverse mi corazón, agitarse mi alma y trastornarse mis sentidos con la exquisita perfección que se descubre en vos á través de vuestro diafragma.

La dama seguía silenciosa; pero hizo un movimiento para retirar su brazo.

Artagnan logró retenerla como la primera ocasión.

—¿Y qué más de apoyarse en mi brazo que en el muy respetable de maese Texier?

Entonces la joven no pudo reprimir una carcajada hábilmente contenida, pero que no se escapó al instante.

—Ah, vuestra risa me dice claramente que tengo razón. Me siento tan bien á vuestro lado que os juro sería para mí una desgracia mortal dejaros volver al brazo de maese Texier, el cual, estoy cierto, debe preferir por su edad el muelle asiento de un sillón.

—¡Ah, señora, si os dignáis desplegar los labios, qué noche tan deliciosa pasaremos conversando! Creedme, os hablaré como hablaría á... mi hermana; os doy mi palabra de gentil hombre.

Una mirada llena de la duda más evidente se dejó ver sobre el terciopelo de la careta de la dama y vino á herir el corazón de Artagnan.

Era buen fisionomista para que se engañara, y animado prosiguió con calor:

—Sí, señora, os digo la verdad; no obstante la profunda emoción que experimento cerca de vos, mi corazón queda siempre libre.... Esto tiene un orden de cosas y de ideas que no puedo definir.

La dama dirigió á su caballero otra mirada, en la cual Artagnan creyó leer una interrogación.

—Porque no podré deciroslo.... es verdad que me inspiráis una confianza que no puedo explicarme... Me parece que mi alma vuela hacia la vuestra y que las dos se confunden en una sola... Pues bien, sí, os diré la causa de mi emoción.... os diré porqué no puedo amaros....

A esta palabra, la dama hizo un violento esfuerzo y retiró su brazo; pero Artagnan la tomó por la mano y siguió oprimiéndola dulcemente.

—Oh! os lo suplico, no partáis así, señora, os juro que lo que he dicho no se dirige á vos; ¿qué os importa, pues? Yo no os conozco.... Lleváis una flor en la mano, pues bien, si me la dierais la recibiría con gusto, pero sin que mi corazón se estremeciera.

Esto os probará que me sois indiferente... Pero deteneos, señora, sin fijaros en mis palabras!...! conozco que divago. Reflexionad que mis frases amorosas no se dirigen á vos, sino á una sombra que mis ojos ven por todas partes.

Imaginaos que estáis leyendo una novela de M. Dufé ó de Scudéry, con la diferencia única de que no tenéis que fatigar vuestros ojos ni el trabajo de volver las hojas.

Otra vez repito que no es á vos á quien amo.

La que trastornó mi corazón y mi cerebro haciéndola objeto de sus adoraciones es una de esas personas

colocadas muy alto y muy lejos para que un pobre oficial aventurero como yo, se atreya nunca á cambiar en deseos su idolatría.

La dama parecía ceder al oír el acento melancólico y lino de dulzura con que se explicaba el oficial. Parecía escucharlo con cierta atención, y como se interrumpiese, lo miró de tal modo, que el caballero creyó que debía continuar.

—No me amaré nunca esa mujer, bien lo sé; todo se lo prohíbe, su nombre, su belleza, su fortuna, su rango. Y sin embargo, de qué no sería yo capaz por merecerla... me siento fuerte para emprenderlo todo!... Oh! no soy mas que un simple teniente en los guardias, y la dignidad de mariscal de Francia no sería bastante para hacerme su igual... Bien veis que entre esa mujer y yo, que digo, esa diosa, hay una distancia enorme para que mis sueños puedan llegar hasta concebir una esperanza... ¡Ah! si para conquistar un ducado fuera suficiente derramar toda la sangre de mis venas.

A estas últimas palabras, la dama del bucle rubio hizo un movimiento de terror, y su seno agitó tan violentamente el raso de su dominó, que el caballero mismo se estremeció.

En aquel momento se encontraban cerca de la reina, que acompañada del misterioso senador veneciano, el cual acababa de llamar la atención del rey, desembarazando así al joven monarca de los dos dominós con los cuales parecía estar tan á su gusto.

Aquellas dos damas no quedaron solas mucho tiempo. A su vista, la del bucle rubio dejó bruscamente á Artagnan, se refugió entrelas y se confundió entre la multitud.

El caballero trató de seguir aquella trinidad pe do-

minós: pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y cuando más tarde las encontró de nuevo, no pudo conocer á su misteriosa interlocutora de hacia poco, pues ninguna de ellas tenía ya el hermoso bucle fuera de la capucha.

Una vez sólo, Artagnan reflexionó que ya se le saludaba con menos respeto y consideración que antes, y comprendió que sin duda se le había dejado descansar durante su conversación con madama Texier. Pensó seriamente en todo aquello, sin decir si sería toda obra de la discreción de la multitud ó si se le figuraría absorbido como estaba al hablar de la pasión, que á decir verdad, se agitaba en su pecho.

Sin embargo, pudo advertir que si bien muchas personas le prodigaban aquellos testimonios discretos de deferencia, un número considerable permanecía frío é insensible ante las maneras mazarinas que imitaba, pero creyó que estos últimos serian gentes extrangeras en la corte ó acaso enemigos del cardenal. En consecuencia, fiel á su costumbre de no perder nada de todo aquello que pudiera instruirle ó interesarle, se acercó preferentemente á los que lo miraban poco más ó menos, procurando sorprender algunas de sus palabras.

—Si está aquí, decía uno de aquellos personajes, es preciso confesar que hace una locura.

—Está perdido, respondió otro: el campo está derrotado, dicen, por los partidarios de los príncipes.

—Quién sabe si entra nosotros mismos no haya alguno que quiera hacerle una mala pasada.

El caballero no siguió adelante en su investigación. Se convenció de que, como Navailles le había dicho, corría un gran peligro conservando las apariencias del ministro desgraciado, y aun pensó en quitarse la care-

ta. La prudencia le aconsejaba seguir esta idea, pero su carácter aventurero le decía al contrario, que puesto que había comenzado tan bien, era prudente continuar hasta el fin, apochugando con las consecuencias.

—¿Quién sabe! se decía, acaso recibir una puñalada destinada á Su Eminencia haga adelantar rápidamente mis negocios... seré capitán de las guardias... de pronto.

Se ocupaba en hacer estas reflexiones, cuando el senador veneciano que tan entretenido habia tenido á la reina, se le aproximó apostrofándolo en el más puro español.

—¡Eh! señor, ¿qué hacéis? ¡Oh, os he reconocido á pesar de vuestra máscara, y muy bien!...

Esto era dicho por los demás; pero el senador llevó al caballero á algunos pasos de distancia, y con su voz natural le dijo:

—Señor Artagnan, desempeñáis muy bien vuestro papel y os felicito!

—¿Qué, monseñor, sois vos!

—Sí, pero no tenemos tiempo para hablar largamente. Vais á quitarnos la careta desde luego.

—¿Es absolutamente preciso, monseñor?

—Hacedlo, respondió el senador con acento imperioso.

Artagnan no replicó. Parecía habituado á la obediencia pasiva hacia aquel personaje, cuyo incógnito no había podido ser traslucido por ninguno de la concurrencia. Sin embargo, no le convenia quitarse la máscara con reserva; así es que andando siempre y haciendo mil gesticulaciones, se pasó repentinamente la mano por sus cabellos hasta que la máscara vino al suelo, dejando su rostro espuesto á los ojos de la multitud.

El caballero dió entonces un grito, agachándose; pero inmediatamente su nombre resonó por todas partes pronunciando por veinte bocas admiradas y resentidas!

—¡Ah, es Artagnan!

—¡Bien, caballero, lo habéis hecho perfectamente!

—¿No es verdad, señores? dijo Artagnan estirando el jarrente y contorneándose otra vez más como el cardenal.

—Artagnan, os convidó entrar en la compañía de cómicos, llamada de Bérnago por el cardenal, tendréis una ecojida favorable.

Ya pienso seriamente en eso, señores, muy seriamente, replicó el caballero; ese será mi recurso si no obtengo la compañía que se me tiene ofrecida desde hace mucho tiempo.

El caballero miró con aire significativo al senador veneciano; pero este le arrastró con rapidez, y pocos momentos después se hallaban los dos en un gabinete cuya puerta se abrió y se cerró sin que pudiera decirse cómo.

Una vez seguros en aquel recinto, el senador, siempre cubierto con su máscara, comenzó á despojarse de su vestido de terciopelo negro.

—Vamos, señor Artagnan, dijo hacéd lo mismo con prontitud.

—¡Cómo, monseñor!

—Si, no comprendéis ahora, teniendo siempre tan clara inteligencia! ¡Vamos, cambiémonos de traje, des-pachémonos!

Y en un abrir y cerrar los ojos Artagnan sacó su dominó rojo y lo presentó al desconocido.

—Habéis tenido una idea felicísima, Artagnan escogiendo un color tan rechinante,

—Tomé lo que encontré, monseñor. Es el vestido de uno de los consejeros del parlamento.

Cuando se hubieron vestido con aquel disfraz nuevo para los dos, y en el momento en que el senador, convertido en dominó rojo, iba á tomar el brazo del caballero para entrar en el baile, el desconocido se detuvo.

—¡Diablo! dijo, esto no está completo. . . . Es preciso, señor Artagnan, que cambiemos de calzado.

—¡Oh! monseñor, en cuanto á eso lo juzgo imposible mi pie no podrá entrar nunca en esos finos zapatos.

El desconocido sonrió bajo su máscara á aquella adulación tan grosera: pero se colocó sobre un taburete y comenzó á descalzarse. En seguida sacó de cada uno de los zapatos una plantilla de corcho, que tenia en la extremidad del talón un grueso de cerca de dos pulgadas.

—¡Ah! monseñor, ya no me admiro de haberos visto tan grande.

—Siendo como somos realmente de la misma estatura, ¿no es esto? Vamos poned esto en vuestros zapatos, y seguidme.

—Monseñor, dijo Artagnan obedeciendo, mi disfraz os ha valido una sumisión importante.

—¿Cómo decís?

—Un enemigo que aiene á vos.

—¿Quién?

—El conde de Flavimont.

—¡Ah! exclamó el desconocido con indiferencia. Pero habéis concluido, señor Artagnan y entremos pronto al baile.

Cuando aparecieron de nuevo en el salón, enmascarados los dos, el caballero pudo advertir que esta vez la atención se fijó en él, que como hemos visto llevaba el traje de senador veneciano, mientras que ninguno

no dirigía los ojos á su compañero, disfrazado ahora de dominó rojo, que estaban seguros ocultaba al caballero Artagnan simple teniente de las guardias francesas.

Un cuarto de hora después, y cuando la multitud se agolpaba para ver bailar al joven rey, que armado de sonoras castañuelas ejecutaba un bolero encantador con madama de Navailles vestida de andaluza, el desconocido soltó el brazo de su compañero, y cuando éste se volvió, vió perderse al dominó rojo entre la multitud y perderse en los jardines.

—Y se lleva el traje, exclamó Artagnan.

Iba á seguirlo cuando se detuvo repentinamente á la vista de los relámpagos que partían de los ojos de la máscara que acompañaba á los dos dominós negros colocados á tres pasos de él, cuyas miradas se dirigían hacia el grupo que bailaba.

Debemos añadir desde luego, que á pesar de que el bucle rubio no caía ya sobre los hombros de la mujer misteriosa que tanto conmovió á Artagnan, éste la reconoció por los latidos de sus arterias.

La máscara que tomó por madama Texier, tenía de los brazos á aquellos dos dominós, cuyos ojos lanzaban un fuego sombrío.

Desde luego echó en olvido el dominó rojo y á quien lo llevaba y avanzó hacia aquellas tres enmascaradas, y bien fuera casualmente, bien con intención, se bamboleó como acostumbraba hacerlo el cardenal, dejando escapar una risa seca y avanzando la pierna derecha con ese aire galante de que sólo la Italia guarda el secreto; pero cuando las tres damas vieron que se les dirigía el senador veneciano, dieron simultáneamente un grito de terror y dieron media vuelta con la

precisión que lo ejecutarían tres soldados en una formación.

—¡Es él! dijeron ellas huyamos.

Y se dirigieron al jardín asidas de las manos. Pero su empresa era árdua. Artagnan era á propósito para seguir una pista mejor que ninguno otro, y puesto que había sacado un buen partido del dominó rojo del consojero, á riesgo de los disgustos que podía causarle su adquisición, no quería proporcionárselo menos del traje de senador veneciano, y resolvió tener una última entrevista con aquella mujer que se obstinaba tan extraordinariamente á no responder una palabra durante la conversación que con ella tuvo poco antes.

Así, pues, la perseguió con mayor tesón; pero los dominós se empeñaron más y más en evitar su encuentro.

El logró cortar la retirada á las damas, y ellas no tuvieron otro recurso que entrar de nuevo en los salones para confundirse entre la multitud.

En el momento en que llegaban acababa el bolero y todos se hicieron presentes al senador veneciano que alcanzaba entonces á las desconocidas y abría la boca para dirigirles la palabra; pero el joven rey, que sin duda razones particulares para oponerse á que el senador hablara á las damas, con quienes lo más es la noche había conversado con una animación muy remarkable, avanzó hacia el senador y ofreció al mismo tiempo su brazo á una de las desconocidas que estaba más próxima.

—Monseñor, dijo Luis, dirigiéndose en voz baja á aquel máscara, que á su vista se confundía en excusas y trataba de retirarse... Monseñor, no os alejéis, os lo suplico.

Y diciendo esto, el joven rey tomó la mano del falso senador á su pesar.

—Soy dichoso, monseñor, y bendigo á la casualidad que nos acerca. Quiero que todo el mundo participe de mi gozo. Nunca dudé que vuestra fidelidad me haría el honor de venir á mi fiesta.

Quitaos, pues, la máscara, monseñor, y abrazadme. Artagnan, como podra comprenderse, se encontró repentinamente sin saber qué hacer.

Sentía que sus piernas temblaban y deseaba que el pavimento se abriera á sus pies para evitarle aquel marato.

Un auxiliar poderoso intervino felizmente para el pobre caballero.

La reina se acercó con la careta en la mano, y exclamó vivamente:

—No os descubráis, señor.

—¿Y por qué, señora? preguntó el rey.

—Porque la máscara es una cosa sagrada y debemos dejar en libertad á este caballero para obrar como le parezca á este respecto. Si este gentil hombre no juzga conveniente descubrirse, sin duda tendrá sus razones. Dejémosle en libertad.

—Es que yo, señores, tengo que ver á mis amigos á cara descubierta.

Hijo mío, piensa en la importancia de las palabras que has pronunciado.

—Ya se ve que sí, señora, y por lo mismo suplico, y en caso necesario, ordeno á monseñor que se quite la máscara.

—Vamos, monseñor, obedeced.

Artagnan dirigió una mirada suplicante á la reina, pero seguramente esta no era la mirada que esperaba

Ana de Austria, porque manifestó desde luego una profunda admiración.

—Vamos, señor, dijo Luis XIV impacientándose, descubrios, yo lo quiero.

Artagnan no pudo resistir. Obedeció y se inclinó con el más respetuoso de los saludos.

—¡Artagnan! exclamó la reina.

—¿Quién sois? preguntó el rey.

—Sire, Su Majestad lo ha dicho ya. Soy el caballero Artagnan, teniente en las guardias.

El joven rey no respondió una palabra, frunció las cejas, volvió la espalda y se alejó seguido por su madre que le hablaba en voz baja con extremado calor.

—Somos perdidas, acaso esté en el convento, dijo á sus compañeras el dominó que el caballero tomaba por madama Texier.

—Hnyamos, respondieron aquéllas,

Y las tres jóvenes, siempra de la mano, se deslizaron por el parque y desaparecieron.

III

Debemos al lector algunas explicaciones.

Hemos visto que el caballero Artagnan supuso con bastante verosimilitud, que aquel baile de máscaras ocultaba algunos proyectos de la reina.

Estos no eran otros que conseguir una entrevista con el cardenal desterrado, sin exponerse á dar la más lijera explicación á los que pudieran haberse inquietado por este asunto, admitiendo por supuesto que de otra manera hubiera podido realizarse su idea.

El negocio de que se trataba era de una gravedad y

Y diciendo esto, el joven rey tomó la mano del falso senador á su pesar.

—Soy dichoso, monseñor, y bendigo á la casualidad que nos acerca. Quiero que todo el mundo participe de mi gozo. Nunca dudé que vuestra fidelidad me haría el honor de venir á mi fiesta.

Quitaos, pues, la máscara, monseñor, y abrazadme. Artagnan, como podra comprenderse, se encontró repentinamente sin saber qué hacer.

Sentía que sus piernas temblaban y deseaba que el pavimento se abriera á sus pies para evitarle aquel marato.

Un auxiliar poderoso intervino felizmente para el pobre caballero.

La reina se acercó con la careta en la mano, y exclamó vivamente:

—No os descubráis, señor.

—¿Y por qué, señora? preguntó el rey.

—Porque la máscara es una cosa sagrada y debemos dejar en libertad á este caballero para obrar como le parezca á este respecto. Si este gentil hombre no juzga conveniente descubrirse, sin duda tendrá sus razones. Dejémosle en libertad.

—Es que yo, señores, tengo que ver á mis amigos á cara descubierta.

Hijo mío, piensa en la importancia de las palabras que has pronunciado.

—Ya se ve que sí, señora, y por lo mismo suplico, y en caso necesario, ordeno á monseñor que se quite la máscara.

—Vamos, monseñor, obedeced.

Artagnan dirigió una mirada suplicante á la reina, pero seguramente esta no era la mirada que esperaba

Ana de Austria, porque manifestó desde luego una profunda admiración.

—Vamos, señor, dijo Luis XIV impacientándose, descubrios, yo lo quiero.

Artagnan no pudo resistir. Obedeció y se inclinó con el más respetuoso de los saludos.

—¡Artagnan! exclamó la reina.

—¿Quién sois? preguntó el rey.

—Sire, Su Majestad lo ha dicho ya. Soy el caballero Artagnan, teniente en las guardias.

El joven rey no respondió una palabra, frunció las cejas, volvió la espalda y se alejó seguido por su madre que le hablaba en voz baja con extremado calor.

—Somos perdidas, acaso esté en el convento, dijo á sus compañeras el dominó que el caballero tomaba por madama Texier.

—Hnyamos, respondieron aquéllas,

Y las tres jóvenes, siempra de la mano, se deslizaron por el parque y desaparecieron.

III

Debemos al lector algunas explicaciones.

Hemos visto que el caballero Artagnan supuso con bastante verosimilitud, que aquel baile de máscaras ocultaba algunos proyectos de la reina.

Estos no eran otros que conseguir una entrevista con el cardenal desterrado, sin exponerse á dar la más lijera explicación á los que pudieran haberse inquietado por este asunto, admitiendo por supuesto que de otra manera hubiera podido realizarse su idea.

El negocio de que se trataba era de una gravedad y

una delicadeza tal, que no podía arreglarse epistolariamente: se trataba de la sumisión del enemigo más encarnizado de Mazarino, del cardenal de Retz, quien se continuaba llamando el coadjutor. Su tío el arzobispo de París, vivía aún.

El cardenal había dejado, pues, la pequeña ciudad de Bouillon con el mayor sigilo, y su llegada á Pontoise, admitiendo que viniera, debía coincidir precisamente con la hora en que las intrigas del baile tuvieran mayor animación. En cuanto á afirmar que vino directamente á Pontoise, no lo trataremos por cierto, en razón de que Mazarino era no de esos hombres que podemos llamar oblicuos, por los misterios de que rodean siempre sus viajes.

Su partida de Bouillon sólo tenía un tropiezo que estaba bien lejos de conocer y que si hubiera tenido la más lijereza sospecha habría llevado la duda á su corazón.

Tres de sus sobrinas, hechas de Italia antes de caer en desgracia, y cuya fortuna pensaba hacer, así como la había hecho ya causando á Laura Mancini con el duque de Mercœur, hijo de Enrique IV y de la bella Gabriela—tres de sus sobrinas, decimos, habían acompañarle en su destierro, pero esperando que su instalación fuese completa en Bouillon, Mazarino las dejó en Pontoise bajo la dirección de madama de Venelle, su aya.

Las colocó en el convento de las Carmelitas, bien seguro de que el odio de sus enemigos no llegaría á su familia hasta aquel santo asilo, y admitiendo, cosa poco probable, que ellas no tuviesen jamás la idea de salir.

Acaso él tampoco contaba con permanecer eternamente en Bouillon.

Estas tres sobrinas eran las señoritas María y Olimpia Mancini, hermanas, jóvenes y apiñonadas, de ojos lánguidos y velados, cabellos negriscos como el azabache, y su prima Ana María Martinozzi, á la cual se llamaba la «maravilla de los cabellos rubios.»

De estas tres jóvenes tan remarcables, no sólo por su hermosura, sino por las cualidades de su imaginación, dos de ellas, Olimpia y María, se hicieron una necesidad para el rey, el cual partía con ellas sus placeres inocentes, sus juegos, sus bailes, su equitación y aún sus estudios.

A pesar de esta intimidad sin consecuencias, bien pronto habría resultado un sentimiento más tierno que podrá explicar suficientemente el fuego de la sangre italiana si las jóvenes no hubieran sido las sobrinas del cardenal Mazarino, es decir, de uno de los genios políticos más admirados que la historia pueda ofrecer á la admiración de los hombres pensadores.

El rumor del baile de máscaras que debía verificarse para celebrar el santo del rey, atravesó los muros del convento donde, es preciso decirlo, las sobrinas del cardenal no estaban sometidas á ninguna regla, y recibían diariamente muchas visitas; de manera que al saber la fiesta que se preparaba ardieron en vivísimos deseos de asistir. En consecuencia, comunicaron su pensamiento á madama de Venelle.

La buena señora puso el grito en el cielo, y juró que el cardenal se opondría á semejante designio, agregando que consideraba un deber suyo presenciar en lo de adelante sus visitas.

Las jóvenes no insistieron más.

Por un momento tuvieron la idea de solicitar permiso de la abadesa para ir disfrazadas á aquel baile, donde la máscara les garantizaría el completo incógnito;

pero bien que la superiora fuese amiga del cardenal, bien que juzgaran más prudente disimular y fingir que prescindían de su idea, guardaron profundo silencio sobre aquello.

No había tiempo que perder, sin embargo, y la resistencia de madama de Venelle no podía vencerse.

Quedaba una esperanza: esta consistía en la cooperación de Ana María, cooperación tanto más necesaria cuanto que la «maravilla de los cabellos rubios» dotada de un carácter grave, reposada, incapaz de cometer la menor inconsecuencia, serviría de trinchera en el caso de que el cardenal supiera la escapatoria de sus sobrinas.

En efecto, la presencia de Ana María en el baile tranquilizó á Mazarino porque no tenía la misma confianza en las dos hermanas, á quienes no dejaba de acusar algunas veces de bastantes ligéras.

Ana María era incapaz de hacer traición á sus primas.

En consecuencia, tenían absoluta seguridad en su silencio respecto de madama de Venelle, dado caso de que ésta no concediera por último su permiso.

Por otra parte, comprendía muy bien todas las razones que podrían hacerse valer para conjurar la cólera de su tío.

Las dos muchachas tenían decisión de ir al baile, y acompañadas de Ana María quedarían salvadas en un evento.

Mas para ello era preciso hacer preparativos importantes, cosa imposible en el convento delante de la señora de Venelle y sobre todo en la carencia absoluta de todos los artículos necesarios para el efecto.

En consecuencia se decidió, á pesar de la oposición de Ana María, dejar el convento aquella misma noche,

La completa libertad de que gozaban facilitaba evidentemente la fuga.

Sólo era preciso comprar al jardinero, y éste, previa una regular indemnización, facilitaría dos escalas con lo cual se efectuaría todo lo proyectado.

Una vez fuera las fugitivas, fueron á llamar á la puerta de la casita que ocupaba en la plaza de Saint-Maclou maese Texier, escribano, hombre influente en la población, partidario decidido del cardenal, y cuya mujer, fresca y rubia, era de las mejores amigas de madama de Venelle.

Desde luego se les dió á las tres jóvenes escapadas del convento la hospitalidad más franca y cordial y desde que amaneció comenzaron los parlamentarios cerca de la aya, quien ni aun sospechaba lo que había ocurrido en la noche y suponía durmiendo muy tranquilas á las señoritas.

Madama de Venelle no quiso sancionar con su presencia aquella fuga, y se convino en que continuaría ignorándola para lo cual no penetraría en la cámara de las sobrinas en tanto que durara la ausencia de aquellas.

Maese Texier, que era encargado de las negociaciones, dejó á la buena mujer en la mayor perplejidad, preparándose desde entonces á contestar los cargos que debiera hacer el cardenal sabiendo lo ocurrido.

Por su parte, madama Texier se encargó de los preparativos y aun ella misma trabajó en todo á fin de ayudar á las jóvenes refugiadas en su casa.

La hermosa escribana y su digno esposo, recibieron una invitación enviada por M. de Navailles, precisamente cuando apuraban su inteligencia para discutir

el modo de conseguirla; de manera que las cosas caminaban á pedir de boca.

Desde un principio declaró madama Texier que no acompañaría á las señoritas, para de esta manera dejar á su marido en completa libertad á fin de que las atendiera con el cuidado necesario.



Para desorientar á los vecinos que pudieran inquietarse por tantas idas y venidas, sospechando de los entrantes y salientes, se hizo correr el rumor de que aquellas damas eran españolas que venían á París para un negocio cerca de la reina.

Las jóvenes hablaban italiano, y los criados no sacaron nada en limpio.

Una de esas pretendidas españolas fué la que Artagnan

entrevió en la plaza de Saint-Maclou.

La repentina y violenta desaparición de la ventana provenía tal vez de que el caballero, no obstante la mantilla que la cubría, podía muy bien reconocer aquellas facciones que tantas veces lucieron en el Louvre, en el Palacio Real y en la casa de Mazarino.

El lector nos perdonará más explicaciones, acaso mejor que Artagnan ha comprendido todo lo que pasaba en las máscaras, y las jóvenes de los dominós, así como el del traje de senador veneciano no serán un misterio á sus ojos.

Volvamos, pues, al caballero á quien dejamos para hacer los anteriores detalles, en el momento en que el rey le volvía la espalda al encontrarse al caer su careta con un rostro desconocido enteramente, en vez de lo que pensaba encontrar bajo la máscara del senador.

Artagnan por su parte quedó inmóvil, como petrificado, semejante á la mujer de Loth; pero el violento deseo que tenía de salir de la posición falsa y ridícula en que lo colocaba repentinamente el desprecio del rey, le inspiró el pensamiento de buscar á todo trance á la desconocida de los cabellos rubios.

Se lanzó en busca, y sin detenerse en nada, atropellándolo todo, corrió sin descanso hasta la puerta del castillo.

Alcanzó la corte y en medio de ella apercibió en la obscuridad á los tres dominós que seguían huyendo, más no por eso se desanimó.

Cuando las tres damas iban á pasar el umbral, una de ellas se volvió, y con un gesto imperativo, casi regio, dijo con voz firme:

—Señor Artagnan, quedaos aquí, yo lo quiero!

El caballero se sintió otra vez clavado en el suelo y dobló la cabeza ante aquella orden.

Cuando pudo levantar los ojos que instantáneamente inclinó como si una fuerza superior se los sujetara, se encontró solo, corca de los centinelas colocados á la puerta del castillo.

Era un gentil-hombre cabal, esclavo sobre todo de su conciencia, y por lo mismo no podía ni intentar siquiera el contrariar la voluntad de las damas.

Más de un cuarto de hora se paseó por el patio hasta que oyó sonar el reloj del castillo. Entonces se decidió á vagar por las calles de la ciudad.

Llegado á Bontoise, pensó en el vestido del conserjero.

—¡Caramba! exclamó, el pobre sastre está perdido.

Y diciendo esto introdujo sus manos en las bolsas del traje que llevaba.

Sus dedos se estremecieron al contacto de un papel en que tropezaron, y que según el tamaño, no podía ser otra cosa que una carta.

—¡Diablo! se dijo, qué ha olvidado monseñor.....

Y sacó el papel de la bolsa.

Era en efecto una carta cerrada con cera roja, pero cuyo sello cubría con los dedos.

En vano volvía el papel de un lado y otro; era imposible distinguir una sola de las letras de la dirección que naturalmente debía tener.

Por fin llegó delante de una iglesia cuyo nombre le era desconocido, y en aquel momento la luna bañó de lleno la calle, rompiendo las tinieblas en que poco antes estaba sumergida.

Inmediatamente tomó de nueve la carta y la acercó á sus ojos.

El sobre decía:

«Al señor Denis. — Calle de Quincampoix núm. 26.»

—Bueno, dijo Artagnan: héme aquí obligado á volverme en seguida á Paris, si no quiero caer en el desagrado de monseñor.... puede ser que esto... A fe mía, partiré mañana....

Y volvió á guardarse la cartera en la bolsa del senador; pero al hacerlo se escapó de su pecho un grito ahogado: esta vez sus dedos tropezaron no en un papel, sino en un objeto resistente, duro, que guardaba un pedazo de terciopelo.

—Eh! dijo con satisfacción, vaya un encuentro agradable para la ambición de un avaro!

Y el caballero se encaminó hacia el taller del sastre, sin fijarse en que sus pasos eran seguidos por un grupo de hombres bien envueltos en anchas capas.

El día siguiente por la mañana, es decir, el mismo día, puesto que había salido del castillo poco antes de amanecer, despertaba Artagnan en uno de los blandos y excelentes lechos de madama Blanchard al sonar las diez. Se vistió de prisa, en tanto que Champagne, pesoso como siempre de dejar la cama, procedía al arreglo de la maleta de viaje del caballero.

Quando el caballero hubo bajado las escaleras de los dos pisos, madama Blanchard, levantada también, no pudo menos de admirarse de ver ya en pie al gentil hombre que se había desvelado la noche entera. Pero ésto no juzgó á propósito contestar desde luego á las exclamaciones de la posadera.

—Y bien, madama Blanchard, habéis desempeñado mi encargo?..... ¿Qué tal éxito tuvo?

—Admirable, caballero, admirable. El sastre comenzó á gruñir como un desesperado, al ver que en lugar de la toga le devolvía aquella magnífica sotana de terciopelo negro forrada de raso que me disteis, pero cuando añadí de vuestra parte las diez pistolas, suspiró de dolor aparente, pero de alegría en su interior, y alargando ambas manos se apresuró á tomarle todo, exclamando con aire compungido, que no sabía cómo arreglárselas con el consejero.

—Eso le corresponde á él y no á mí.

—Pero que, partís ya, señor Artagnan? preguntó la posadera.

—Y decidme señora Blanchard, agregó Artagnan que aún no creía deber contestar, examinásteis por vuestra

ventana á los hombres que me siguieron anoche hasta aquí?

—Ah! señor, esperaron mucho tiempo; pero luego uno de ellos se desprendió de los demás y como lo ví torcer hacia Saint Maclón pensé que quería asegurarse de si mi casa tendría dos salidas. En efecto, fué á la ventana de un gabinete que da á ese lado, y á la luz de la luna pude distinguir á aquel hombre que iba y venía por el callejón.

—Buena!

—No tardó en reunirse con sus compañeros, desapareciendo todos en seguida.

—Muy bien, madama Blanchard. Sin quererlo, os habéis mezclado en un negocio grave, un negocio político!

—¿Yo? ¡gran Dios!

—Como os lo digo.

—Y yo que creía que era el marido de alguna mujer á quien vos cortejábais! Por piedad, señor Artagnan, decidme de qué se trata.

—Si, buena señora Blanchard, vuelvo á Rueil, donde está mi compañía. Dadme pronto algo de comer, porque no puedo detenerme. Es una orden del rey, y ya comprenderéis...

La posadera corrió á ponerse frente de su brasero.

—Nunca podrá creer el cardenal, pensaba Artagnan, que he continuado mi papel hasta en la calle, y que cuando menos le he librado de un plagio. Felizmente tengo aquí su carta á M. Denis... Por ahora me ha sido contraria la suerte... He servido á Su Eminencia, pero he desagradado al rey.

El caballero se sentó á la mesa, de bastante mal humor, y permaneció insensible ante el apetitoso almuerzo que la señora Blanchard puso antes sus ojos. Como

aquella insensibilidad se prolongaba bastante, ella llamó su atención tocándole ligeramente el hombro.

—Señor, le dijo, ¿no sabéis la noticia que me ha dado la criada, cuando estaba disponiendo vuestro almuerzo?

—Decidla y lo sabré.

—No ignorais que el señor cardenal tenía á sus sobrinas en el convento de carmelitas. Pues bien, esas señoritas han dejado esta mañana aquel asilo.

—¡Bah! exclamó Artagnan con una ligera sorpresa.

—Partieron en carroza para... no sé para donde, pero es al extranjero.

—¿A Bouillon tal vez? contestó el teniente.

—Eso es, á...

—¡Vaya una simpleza! van á reunirse con su tío.

Artagnan corrió maquinalmente y en seguida salió á la puerta con intención de esperar allí á que Champagne llevara los caballos; pero cuando ponía el pie en la calle vió abrirse la ventana del primer piso de la casa de maese Texier y una joven primorosa, rubia y rieta como una primavera, se asomó al balcón.

La vista de aquellos cabellos lo trastornaron completamente; no se engañó su imaginación.

La mujer que ahora tenía delante de sus ojos, no era otra que la del baile de la noche anterior.

Un remordimiento vino á lastimar su corazón por haber dejado escapar el secreto de su profundo amor, alegrándose de no haber dicho el nombre de la mujer que ocupaba su mente.

Quiso asegurarse de si realmente aquella rubia era la misma del baile, y dió algunos pasos hacia la casa del escribano, cuando pudo advertir la mirada fija que le dirigía madama Texier. Juzgó convenientemente, y como ya no podía dudar que la hermosa notaria era la

misma desconocida del baile de la reina, le dirigió el saludo más cortés.

Pero en ese momento apareció macsa Texier detrás de su mujer, mostrando una fisonomía muy irritada, y el asombro que esto produjo en ella la hizo soltar una rosa que tenía entre las manos.

El caballero presumió con bastante fundamento, que aquella torpeza era cometida en su favor: así es que creyó de su deber—porque hay que advertir que Artagnan era extremadamente galante con las damas—levantar aquella flor, precursora tal vez de una intimidad mayor y de una ventura envidiable. Además, recordaba haber aludido en el baile á aquella flor.

—Vamos, se dijo, dirigiéndose hacia la rosa, era ella, es evidente. . . . Esto es caer del cielo á la tierra. . . . No se puede negar que es hermosísima; pero . . .

Cuando se inclinaba para tomar la rosa, alguno más ágil se la arrebató.

—¡Navailles! exclamó Artagnan.

—Si, querido mío, me alegro de encontraros. ¿Conse que somos rivales? añadió el capitán, aspirando la flor.

—Mi querido Navailles, guardad esa rosa, no os la envidio ni quiero disputárosla. Madama Texier es admirable, pero me haceis un gran servicio interponiéndos entre ella y yo!

—¿Os haceis el pretencioso, eh? dijo Navailles, soltando una carcajada.

—Navailles, mi corazón está ocupado por otra parte, y marcho ahora mismo para Rueil.

—¿Y?

—Inmediatamente.

—Supongo que no querréis explotar el mal humo

del rey, respecto de vos, para pasáros á los príncipes?

—Eso será según.

—¿Eh? . . . ¿Qué decís, Artagnan?

—En todo caso estaré en buena compañía.

—¡Pero el cardenal os estima!

—El cardenal es un ingrato. Hasta más ver, Navailles.

Y después de estrecharle la mano, Artagnan dejó al capitán de las guardias al pie de la casa de su idolo: volvió á la posada de la madama Blanchard, montó á caballo y tomó al galope el camino que la vispera había recorrido al paso. En Rueil se informó de que su presencia en la compañía no era del todo necesaria, merced á la rigidez con que M. Puyferrat hacía el servicio. Así es, que siguió á París.

Acababa de sonar las cuatro, cuando se presentó á la puerta de San Honorato, cuyo puente levadizo estaba echado. Champagne, su hambriento y dormilón criado, lo acompañaba siempre.

En aquella época extraña y durante las muchas suspensiones de hostilidades entre dos partidos, no podía sorprender que un oficial bien conocido como partidario de la causa real, ó de la de Mazarino, intentase entrar á París donde dominaba completamente la facción de los príncipes y del parlamento disidente. Frecuentemente la contraseña no era más que una formalidad vana en tanto que no obscurecía. Artagnan hizo llamar al oficial de guardia de aquel puesto, por medio del centinela, después de apearse de su cabalgadura.

—No entiendo, replicó el soldado.

—¡Buena! se dijo el caballero, estamos en un país enemigo: no entraré hoy.

E iba á resignarse á volverse para ir por otra puerta rodeando los fosos, cuando recordó el negocio que lo llevaba.

—¿Y la carta que llevo para M. Denis? ... ¡se dijo, Caramba! Si dilate en entrar, se cambiará la contraseña y llegará la noche. Es preciso penetrar á todo trance.

—¿El oficial? preguntó al centinela, en español.

—El soldado dió una palmada, y poco después salió un sargento de una especie de barrera que servía de cuerpo de guardia.

—Señor, deseo entrar, le dijo Artagnan, siempre en español y acompañando sus palabras con una amable sonrisa.

—Decid la contraseña respondió el sargento torciendo un cigarrillo entre los dedos.

—«Jerónimo y Burdeos», contestó Artagnan.

—No es esa, respondió el sargento con flemma.

—Cómo, ¿qué no es Jerónimo y Burdeos?

—No, señor.

—¡Vaya, una cosa original!

—Esa era hace una hora. Pero de orden de los príncipes se cambió ahora há poco.

—¡Oh! pensó el teniente, estamos bien.... Sin embargo, añadió, no hará una hora que he salido de París y no podía suponerme.....

—Pues no entraréis, respondió el español sacando un eslabón de sus calzones.

—¿Lo creéis?

—No entraréis, os digo.

Y el sargento entró en la barraca haciendo uso de su eslabón con la mayor sangre fría.

Pero Artagnan tenía la firme resolución de entrar á París á todo trance y nada le importaba el mosquete del centinela. Aprovechóse, pues, de la negligencia con que éste tenía su arma, y asiéndola vivamente, se la

arrancó y arrojándola al foso logró abrirse paso sin riesgo.

De una ojeada comprendió Champagne la maniobra y franqueó el umbral envolviendo al centinela entre los pies de su caballo. Pero en ese momento salió el sargento del cuerpo de guardia, y con él seis soldados. Aún tenía Artagnan la espada en la vaina, cuando seis espadaones se dirigieron á su pocho.

Rápido como el rayo, y mientras Champagne se alzaba con los caballos, Artagnan hizo un movimiento terrible de molinete, de manera que parecía más bien que los soldados trataban de impedir la salida y no la entrada. Tal fué el terror que se apoderó de ellos y la situación en que quedaron por aquel recurso del teniente.

Ya en la barraca, Artagnan recibió un rasguño en la mano derecha y se disponía á salir de allí cuando se encontró rodeado por otro grupo de hombres armados que acababa de arrollar al sargento y avanzaba hacia la puerta de San Honorato.

En vista de aquel refuerzo y en la imposibilidad evidente en que se encontraba de hacer retroceder á aquel mezarinista endiabrado, porque lo suponía de ese partido, gritó á la tropa, todavía lejana:

—Impedid el paso á ese rabioso, ¡señores vecinos!

Y á los suyos:

—¡Anda, escopotas!

Todos los soldados españoles se precipitaron al cuerpo de guardia, y cuando salieron armados cada uno de un mosquete, se sorprendieron de ver al caballero en conversación con los vecinos de quienes esperaban tanto bien y una poderosa ayuda.

En efecto, Artagnan reconoció desde luego al jefe de la patrulla, y se precipitó en sus brazos.

—¡Querido señor Pluchet! exclamó, ¡vos aquí! ¿espero que me dejaréis pasar, no es cierto?

—Eso será según, señor, respondió el obeso vecino dando á sus palabras cierto aire de gravedad. ¿Tenéis la contraseña?

—Sin duda: «Jerónimo y Burdeos.»

—Pues bien, entonces por qué os impiden la entrada estos españoles?

—Porque pretenden que no es esa la contraseña.

—¡Vaya una cosa curiosa! exclamó M. Pluchet frunciendo sus espesas cejas entrecanas.

En este momento salían los españoles con sus escopetas.

—Dejadme, dijo el vecino avanzando hacia los soldados, con los cuales sus compañeros le vieron bregar como un diablo; pero el hombre, que era esclavo de la disciplina militar, dobló la cabeza y mandó avanzar á sus acompañantes desde que supo que la contraseña se había cambiado de orden de los príncipes.

Su intención no era otra que hacerlos entrar en el cuerpo de guardia, donde permanecerian todos prisioneros hasta que un oficial viniera á ponerlos en libertad; pero Artagnan comprendió aquella idea y no obedeció la intimación. En consecuencia, y desde que los vecinos recibieron la orden de marchar adelante saltó sobre el caballo que Champagne le tenía por la brida.

—Carísimo señor Pluchet, gritó; voy á enviar un oficial de M. de Cende para que os liberte.

—Fuero, ordenó en seguida el sargento que no tenía las tragaderas del obeso vecino jefe de la ronda.

Los españoles apuntaron con sus mosquetes, pero Artagnan y Champagne estaban ya lejos. En cuanto á los de la ronda, al ver el movimiento de los soldados, se tendieron buen abajo; de manera que las balas pasaron

encima de ellos y fueron á aplastarse en los muros de las casas inmediatas, rompiendo algunos cristales, no sin asombro de los habitantes de esas casas.

Una vez fuera de peligro, Artagnan se dirigió inmediatamente hacia su habitación, después de poner en manos de Champagne la carta hallada en el vestido del veneciano, con orden de que la llevara destaluego á su título, es decir, á la calle de Quincampoix.

—Pero, señor, exclamó Champagne, pensad al menos que tenéis toda la mano ensangrentada.

Artagnan se la envolvió en su pañuelo.

—Esto no es nada, dijo, estád tranquilo, pues no me impedirá ir esta noche á la casa del Coadjutor.

Pero inmediatamente añadió, acaso para corregir la frase:

—Si yo no hubiese hecho eso, el cardenal me tendría por un malandrín y no estoy acostumbrado á que se me trate de ese modo.

La mañana del día siguiente encontraremos á Artagnan acostado en el lecho, bastante delgado por cierto, adornando la alcoba de una cámara situada en el primer piso de una casa estrecha de la calle de Arceis. Está entregado á un sueño profundo, según se puede juzgar por la calma de sus facciones, á pesar del sol que entra en la habitación.

Aquella cámara hacia parte de un departamento compuesto de dos piezas principales, de una antecámara de los cuartos de servicio indispensables.

Una de aquellas piezas servía de sala y daba á la calle, la otra, más pequeña todavía, era la recámara, y comunicaba por un corredor estrecho, cuyas altas paredes pertenecían á las casas inmediatas.

A cosa de las siete de la mañana de ese día sonaron en la puerta golpes secos. Champagne se ocupaba en limpiar las magníficas botas de montar del caballero y á aquel llamamiento suspendió su tarea y fué á abrir.

Un hombrecillo rubio, flaco y de modales ordinarios, se presentó á la vista de Champagne, y entró con resolución en la antecámara.

—¿El señor teniente está visible? preguntó.

—Eso será según, respondió insolentemente el lacayo encarándose con el recién llegado, cuyos vestidos raídos no denotaban un personaje de alta importancia.

—Lo estará para mí, replicó con no menos insolencia el joven, campaneándose sobre el talón izquierdo y adelantando la otra pierna.

El lacayo parecía subyugado y con la mirada quería interrogar el motivo de aquella visita inesperada.

—He aquí de lo que se trata. Vine ayer á estas horas y me encontré con la puerta cerrada, pero el buhonero de abajo á quien me dirigí á falta de portero, me aseguró que si M. de Artagnan volvía, estaba en su casa hoy, y podría yo desempeñar mi negocio.

—¿Y cuál es ese negocio?

—Es una cosa bien común en la casa de un teniente de los guardias.

—Pero explicaos.

—Esperad, amigo mío,.....¿no os dignaréis decirme vuestro nombre?

—Champagne.

—Diablo de nombre! Por cierto que es el de un vi-
no que aprecio bastante,

—Y yo también, respondió el criado acariciando sus labios con la lengua.

—Pues bien, querido señor Champagne, añadió el joven, quien según se ve, era propenso á la familiaridad, se trata de un billetito.

—¿De amo?

—Pues ¿por quién me tomáis? es un billete por cobrar.

—¡Por cobrar! exclamó Champagne, pues entonces decididamente ha salido mi amo.

—¿Qué decís?.....

—Que el señor no está en casa.

—Un instante, querido mío, hace cinco minutos me habéis dicho que el señor oficial estaba visible.

—No he asegurado tal cosa; he dicho lamenta cuando me dirigisteis la palabra que eso sería según.

—Y he comprendido que á mi amo lo estaría.

—Pero es que á mi amo no hay quien le cobre.

—¡Peste! qué sabéis vos.

—Conozco todos sus negocios, y entendedlo, mi amo no tiene deudas.

—Apruebo su prudencia; no se atreveré á negarme su firma.

—Su firma!

—Esperad, mi querido señor Champagne, voy á probar que soy incapaz de suponer una cosa que no sea cierta. Para ello os bastará fijar los ojos en este pape-
lito.

Y diciéndolo, el joven sacó de la bolsa un papel amarillo que denotaba una venerable antigüedad.

—Con cuidado, añadió, porque está muy delicado ya.

—Cierto que es la firma de mi amo;.....pero ¡gran Dios!...

- ¿Qué ocurre? preguntó el hombrecillo.
- Que me espanta la fecha.
- Sí, en cuanto á la fecha es un poco absurda; pero....
- Este pagaré, repuso el lacayo, se remonta á once años atrás.
- Ni más ni menos.
- Y no me causa admiración el que mi amo no lo recuerde.
- Ya veréis querido amigo, guardad el respeto debido á la historia antigua. Conque así no me preciséis á hacer venir á uno de los pasantes de M. Titoneo Désormaux en solicitud de la honra de que se deje ver á su excelencia.
- Es que hay un impedimento.
- ¿Cuál?
- Que mi amo está enfermo.
- ¿De peligro?
- Ayer recibió una herida, y su situación me inspira la inquietud más grande.
- Sois un servidor excelente, señor Champagne; pero á menos que M. de Artagnan no tenga una fiebre maligna, me veo precisado á insistir.
- Champagne comprendió que no valían de nada las excusas, y abrió la puerta que conducía á la recámara.

IV

Champagne despertó al teniente con los más grandes miramientos. Este no pudo menos de asombrarse de lo que ocurría, pues en veinte veces, diez y nueve tenían que trocarse los papeles, puesto que el amo era quien estaba precisado á despertar al criado.

- Y bien, señor caballero, cómo os encontráis?
- Muy bien, amigo mío.
- ¿El caballero no tiene nada de fiebre?
- No lo sé.
- Si el señor me permite....
- Y Champagne se apoderó del brazo de su amo y se puso á pulsarlo con la gravedad propia de un facultativo.
- Artagnan sonrió y sin poderlo impedir, no pudo disimular un movimiento de impaciencia cuando Champagne empezó á retirar con infinitas precauciones, las vendas, trapos y compresas que envolvían por completo su mano derecha.
- ¡Dios sea loado! exclamó el cuñadeseo Champagne con la satisfacción más viva, descubriendo un arañazo cerrado ya admirablemente.
- Y bien, Champagne, ya veis que esto no es nada.
- ¡Ah, señor! pero todavía se necesita mucha prudencia y esmeradas atenciones.... Se han visto heridas muy insignificantes en apariencia, tomar después unos síntomas espantosos!....
- Artagnan agitó su mano é hizo jugar sus dedos hasta hacerlos sonar, lo cual arancó un grito de espanto al buen Champagne.
- Dejadme dormir, Champagne, eso será mejor.
- Pero es el caso que ahí está un individuo que insiste en veros. Un joven pasante de procarado.
- Ah diablo, hazle entrar.... mal negocio....
- Sí, señor, pero no extendáis tanto el brazo, es lo suplico.
- Dejadme, no me impacientéis con vuestros ridículos cuñados.
- ¿Pero tenéis ánimo de pagar el documento que trae?

- ¿Qué ocurre? preguntó el hombrecillo.
- Que me espanta la fecha.
- Sí, en cuanto á la fecha es un poco absurda; pero....
- Este pagaré, repuso el lacayo, se remonta á once años atrás.
- Ni más ni menos.
- Y no me causa admiración el que mi amo no lo recuerde.
- Ya veréis querido amigo, guardad el respeto debido á la historia antigua. Conque así no me preciséis á hacer venir á uno de los pasantes de M. Titoneo Désormaux en solicitud de la honra de que se deje ver á su excelencia.
- Es que hay un impedimento.
- ¿Cuál?
- Que mi amo está enfermo.
- ¿De peligro?
- Ayer recibió una herida, y su situación me inspira la inquietud más grande.
- Sois un servidor excelente, señor Champagne; pero á menos que M. de Artagnan no tenga una fiebre maligna, me veo precisado á insistir.
- Champagne comprendió que no valían de nada las excusas, y abrió la puerta que conducía á la recámara.

IV

Champagne despertó al teniente con los más grandes miramientos. Este no pudo menos de asombrarse de lo que ocurría, pues en veinte veces, diez y nueve tenían que trocarse los papeles, puesto que el amo era quien estaba precisado á despertar al criado.

- Y bien, señor caballero, cómo os encontráis?
- Muy bien, amigo mío.
- ¿El caballero no tiene nada de fiebre?
- No lo sé.
- Si el señor me permite....
- Y Champagne se apoderó del brazo de su amo y se puso á pulsarlo con la gravedad propia de un facultativo.
- Artagnan sonrió y sin poderlo impedir, no pudo disimular un movimiento de impaciencia cuando Champagne empezó á retirar con infinitas precauciones, las vendas, trapos y compresas que envolvían por completo su mano derecha.
- ¡Dios sea loado! exclamó el cuñadeseo Champagne con la satisfacción más viva, descubriendo un arañazo cerrado ya admirablemente.
- Y bien, Champagne, ya veis que esto no es nada.
- ¡Ah, señor! pero todavía se necesita mucha prudencia y esmeradas atenciones.... Se han visto heridas muy insignificantes en apariencia, tomar después unos síntomas espantosos!....
- Artagnan agitó su mano é hizo jugar sus dedos hasta hacerlos sonar, lo cual arancó un grito de espanto al buen Champagne.
- Dejadme dormir, Champagne, eso será mejor.
- Pero es el caso que ahí está un individuo que insiste en veros. Un joven pasante de procarado.
- Ah diablo, hazle entrar.... mal negocio....
- Sí, señor, pero no extendáis tanto el brazo, es lo suplico.
- Dejadme, no me impacientéis con vuestros ridículos cuñados.
- ¿Pero tenéis ánimo de pagar el documento que trae?

—Champagne, es encuentro bastante curioso, amigo mío, atended vuestro negocio si gustáis.

—Es que no estamos en fondos, señor.

—Champagne, ¿quedó entregada ya la carta para Quincampoix?

Pues bien, tengo para mí, que podré probaros suficientemente que la Serenísima República de Venecia tiene su utilidad, y que los senadores venecianos, por ejemplo, son siempre personas precavidas, sobre todo cuando tienen la bolsa muy repleta.

—Señor...

—Haced entrar á ese joven y callad.

Pocos minutos después entraba en la recámara el joven pasante.

Artagnan seguía en la cama y se frotaba los ojos perezosamente. Las cortinas de la ventana no se habían corrido, lo cual indicaba que el oficial pretendía continuar su sueño después que se retirara la visita.

El joven se aproximó á la alcoba y tendió su papel con un saludo que no carecía de cierta elegancia.

—Señor, dijo, este es, como tuve el honor de decirlo ayer al buhonero de abajo, el pagaré firmado por vos al señor de Montigré.

—Pardiez! respondió el caballero, vaya un documento que viene de bien lejos.

En efecto, llegó al estudio de maese Tifoneo Desormaux por el coche de Orleans, que lo recogió del de Poitiers. Sin embargo, como su fecha es bien atrasada, era poco probable que expusiera sus once años de vida para hacer este viaje.

El oficial procuró descubrir, por las facciones del recién llegado su carácter y sus ojos, acostumbrados á la obscuridad, consiguieron bastante, puesto que replicó:

—Amiguito, según comprendo sois muy amigo de la risa.

—Oh! y tanto!

—¿Y cómo va á ese querido Montigré?

—¿A M. de Montigré, señor?

—Sí, sí, pardiez. Este antiguo amigo de once años á quien no he visto más que una vez en mi vida, pero en circunstancias cuyo recuerdo me es bien caro. ¿Estará en París? En ese caso, podéis decirle que no pagaré su billete sino á él mismo, porque encuentro el procedimiento algo impolítico, y prefiero una visita suya.

—M. de Montigré ha muerto.

—¡Caramba! ¿qué decía? preguntó Artagnan dando un salto.

—Hará cosa de dos meses.

—¿Pero estáis seguro?

—Señor, maese Tifoneo Desormaux que tuvo parte en el negocio del testamento y demás por lo relativo á deudas y créditos de París y de la isla de Francia, recibió la noticia oficial con el billete que he tenido el honor de presentaros.

—¡Pobre, Montigré!... Sería preciso, en efecto, que hubiera fallecido para que este billete sobrenadara. Lo habíamos hechado en un profundo olvido acreedor y deudor, y os confesaré con franqueza que no contaba con este muerto aparecido, y que no deja de disgustarme un poco.

El hombrecillo permaneció impasible, y se guardó en la bolsa el documento.

—¡Ah! pero voy á pagaros, añadió con viveza el oficial que adivinó el movimiento del pasante y se ruborizó ligeramente. Merced á la obscuridad del cuarto.

pasó desapercibido para su interlocutor aquel cambio de color.

Artagnan se levantó, se puso una bata y fué á abrir una caja que estaba sobre una cómoda. Metió el brazo, y sacó de allí la bolsa de terciopelo rojo que se encontró en el traje del senador veneciano la noche del baile, y con la cual se había quedado sin el menor escrúpulo.

—Son dos mil libras, dijo el pasante acentuando sus palabras y frunciendo todas sus facciones.

—¡Oh! no lo he olvidado, recuerdo la cifra, no obstante el largo tiempo que ha trascurrido desde que mi mano la trazó.

El teniente contó suspirando ciento ochenta y un luises de oro de á once francos y añadió nueve libras de monedas pequeñas, poniendo el conjunto sobre la mesa que estaba en el centro de la cámara.

—Dignaos contar lo que os entrego, dijo.

El pasante alineó metódicamente los luises por docenas, según la usanza de entonces, y después de haber puesto el billete en manos del pagador, se embolsó el dinero, ó más bien, lo colocó en un saquillo que puso después en sus gregüescos debajo de su pañuelo.

Mientras esto pasaba, el teniente no dejaba de ver el documento.

—Decidme quién es el que compró esta deuda, preguntó; aquí hay una firma ilegible que descubre á un hombre misterioso.

—Señor, es un abogado del parlamento, que se llama M. Baranda.

—Y es el heredero de Montigré.

—Así lo entiendo, señor, pero si no lo es él, lo será su mujer.

—¡Mucho bien les hará por cierto! ¿Y la herencia era por ventura un regular bocade?

—No, que yo sepa. Según creo, M. de Montigré no ha dejado otra cosa que deudas.

—¡Ah! si es así, me alegra haber pagado; aunque por otra parte siento haber privado á aquel excelente amigo de sus dos mil libras. Tal vez tendría escaseces en sus últimos días.

—¿El caballero no desea otros informes?

—No, gracias . . . Pero sí, no sólo . . . Hasta hoy no he tenido necesidad de los servicios de un procurador; pero por si se me ofreciese algún día, decidme vuestro nombre si gustáis, seguro de que llegada la vez correré á ver á maese Désormaux, para que vos os encarguéis de mis asuntos.

—Mi nombre es Luis Vijé, para serviros, caballero. Pero entiendo que ese honor no me está reservado porque no haré huesos viejos en la casa de maese Désormaux.

—¡Ah!

—Ya estoy cansado de los procedimientos y de los legajos.

—Descarías abrazar otra carrera, ¿tal vez la de las armas?

—No, precisamente. Dejaré á Paris, para radicarme en Burdeos.

—Ciudad agradable, caramba! . . . Pero según voy advirtiéndome sois gacón.

—Efectivamente, señor teniente, y advierto que vuestro acento es muy semejante al mío.

—¿Y qué vais á hacer á Burdeos?

—Ese M. Baranda, de quien os he hablado, está en vía de ser nombrado consejero del parlamento, y marchará á desempeñar su cargo.

—¿Y eso qué tiene que hacer con vos?

—Cómo qué, qué soy su primo . . . por afinidad.

—¡Por las mujeres! ¡Oh amor! ya adivino, y aseguro que ese Baranda es casado.

—Sí, señor lo es.

—Pues bien, amiguito, ¡buena fortuna! dijo el teniente tendiendo la mano al pasante.

Luis Vijé la estrechó y salió de la recámara. Al pasar delante Champagne, que en aquel momento acababa de alistar las grandes botas de su amo, hizo sonar en sus groguescos los luses de oro que le había producido su vista.

Champagne abrió la puerta exterior al joven, que desapareció bien pronto en la escalera, y la cerró suspirando.

—El señor pagando deudas antiguas! se dijo. A menos que su herida no haya trastornado su cerebro, no comprendo...

Y entró en el cuarto de Artagnan, á quien encontró vistiéndose sin cuidarse para nada de su herida. Iba á echarle en cara aquella locura, cuando llamaron de nuevo á la puerta exterior.

—Señor Champagne, dijo Artagnan, poniéndose las botas, id á abrir.

Champagne obedeció y al abrir no pudo menos que retroceder ante la sombría figura que apareció en lo alto de la escalera.

Era un hombre envuelto en una larga capa, y cuyo fieltro le cubría completamente los ojos.

—¿Está ahí tu amo?

—Pero.....

El desconocido avanzó y se levantó el sombrero.

—¡El señor de Besmaux! exclamó Champagne.

—¡Silencio! dijo el recién llegado cerrando prontamente la puerta.

Probablemente Artagnan oyó la exclamación del

criado, puesto que se dijo:

—¡Buono! el cardenal no está lejos.

Y apareció en el umbral de su cuarto abriendo los brazos.

—¡Besmaux!

—Yo en persona, mi querido Artagnan, respondió M de Besmaux echándose en los brazos del teniente.

—Pero, querido mío, venis á enrejaros en la jaula del lobo.

—¡Silencio! dijo Besmaux.

—¿Qué hay? preguntó el oficial.

—¿Estamos enteramente solos?

—Lo estaremos cuando Champagne haya descornado las cortinas que nos interceptan la luz.

—Artagnan, ¿estáis seguro de vuestros vecinos?

—No los tengo.

—Bueno.

Y el recién llegado, después de fijar la atención para ver si percibía algún ruido exterior que denunciara la presencia de algún espía ó de algún curioso, se sentó en el sillón que le indicó Artagnan que se asombraba más y más de las precauciones misteriosas de aquel antiguo amigo.

M. Besmaux, llamado más comunmente de Besmaux, y que poco á poco iba aumentando el nombre haciéndose Besmaux de Montlezum, pocos años antes no era más que un pobre diablo llegado del Bearn, casi al mismo tiempo que vino Artagnan, su compatriota.

Los dos entraron juntos en los guardias y después en los mosqueteros de M. de Treville, permaneciendo los dos siempre fieles á la causa del cardenal Mazarino hasta el licenciamiento de la compañía.

Si Artagnan prefirió una tenencia en los guardias por su parte Besmaux quedó muy particularmente uni-

do al cardenal haciéndose, podemos decir, un instrumento de éste, comparable con los antiguos valentones del mariscal d'Ancre.

Esta preferencia, inexplicable para algunos, puesto que Mazarino estaba desterrado, fué siempre bastante clara á los ojos de Artagnan.

Se explicaba así: Besmaux era ambicioso y amaba el dinero antes que todo.

El fino ministro nunca estuvo seguro de la fidelidad de aquel cuasi gentil hombre bearnés, y su desconfianza la probaba el que nunca le encargó ninguna de aquellas misiones delicadas que á menudo confiaba á Artagnan, el gran caballero, deseoso de la gloria y los honores, y respecto del cual nunca abrigó la menor duda sobre su fidelidad.

No obstante que aquellas naturalezas fuesen diametralmente opuestas, y que no profesase á su compatriota un cariño entrañable, Artagnan no dejaba por eso de tenerle un afecto sincero. Así queda explicada suficientemente la exclamación que se le escapó al verlo.

Sabía que aquel antiguo amigo de su juventud había acompañado á Mazarino á su destierro y como se había publicado la lista de las personas adictas al cardenal, alguna inquietud se apoderó de su corazón al verlo.

—Vaya, amigo mío, añadió, qué imprudente sois!

—¿Por qué?

—¡Pardiez, porque también os alcanza el destierro de cardenal.

—No, querido, yo no estoy desterrado. Si el cardenal está en Bouillon, y yo tuve el capricho de seguirlo, no por eso estoy condenado á vivir allí. Tengo certidumbre de que si ofreciera mi espada á M. de Condé, sería bien recibido entre sus tropas.

—¡Oh! en cuanto á eso, yo también tengo la misma

seguridad; ¿pero queréis que os diga una cosa, Besmaux?

—Decid cuanto queráis.

—¿No os enfadará mi franqueza?

—No.

—¿De veras? insistió Artagnan.

—¡Oh! según eso vais á batirme en brecha.

—Bien sabéis, continuó Artagnan, que tengo la buena ó mala costumbre, como queráis, de buscar siempre el por qué y el cómo de todas las cosas. Esto me ha sido muy útil toda la vida, y aparte de mi adolescencia en que necesariamente me dejé arrastrar por mis primeros impulsos, he razonado que era el medio mejor para procurar no ser engañado. Se dice que siempre es bueno desconfiar de la primera idea que ocurra, aun cuando parezca excelente; pues bien, no creáis que de pronto dejé de cruzar por mi cabeza el pensamiento de seguir á M. Mazarino á Bouillon, y os confesaré que no sin pena decidí quedarme. Pero preciso es decirlo, Besmaux, he torturado mi imaginación por tres días á fin de descubrir el verdadero móvil de vuestra conducta, y por último me he fatigado en balde.

—¡Ah! ¡ah! grande y profundo diplomático!

—¿Diplomático yo?

—No soy yo quien lo dice, es el cardenal que os conoce bien.

—Vamos, me decía, Besmaux tiene economizadas algunas pistolas, es un muchacho arreglado y económico, á quien no pueden tentar las liberalidades de Su Eminencia, porque sólo Dios sabe si las prodigará. Por lo menos habría ganado ya Besmaux cuarenta mil libras si hubiera entrado al servicio del príncipe, continuando los honrosos tráfico que tenía con los guardias y mosqueteros, que eran en general, y sobre todo los mos-

queteros, antes de que se les suprimiera, muy inconstantes y les gusta cambiar de caballos como de ropa limpia. M. de Condé hizo últimamente una verdadera carnicería con los caballos, y los chalanos tuvieron ocasión de hacer un negocio magnífico.

Besmaux no pudo reprimir un suspiro que sorprendió su interlocutor.

—Ese querido Besmaux, continuó el teniente, simple gentil hombre agregado á la persona del primer ministro, hoy en desgracia, habria conseguido ser capitán de una compañía ó comprado á buena cuenta un regimiento. ¿Qué diablos ha ido á hacer pues á Bouillon.

—Es decir, Artagnan que no admitís la adhesión?

—[La adhesión! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Besmaux, dejadme reír con todas mis ganas, que bien vale la pena. Decidme qué bobalicón os acompañó al entrar en la vida, maestro mío? Vos adicto á Mazarino! Vaya, vaya, he aquí una cosa que no comprenderé nunca! Oh! Que tenga adictos á su bandera, está bien; esta es una cuestión de dignidad y de honor, mejor todavía, una cuestión de conciencia. Comprendo la adhesión á un rey, cuando es uno noble y tiene el corazón en su lugar. . . . Admito el apego á los intereses y al dinero! esta es una cuestión muy respetable por cierto, se trata de la vida, cosa bien agradable; pero adhesión á un hombre hasta la ceguera, eso, permitidme que os lo diga, es locura, es tontería! . . .

—Artagnan, estáis muy severo.

—Los dos somos gascones, Besmaux, y os desafío á que me miréis sin reiros.

Besmaux no pudo menos que tender la mano á aquel antiguo amigo de veinte años.

—Oh! os conozco bien, Besmaux; cuando siendo pe-

queño se travesara juntos, no puede haber engaño; se adivinan los instintos, se penetran los corazones! Pero dejadme alegrar por vuestra llegada, ¡caramba! un antiguo amigo! . . . y justamente el día en que he salido de una deuda vieja: sin duda que todo esto debe traerme la felicidad! . . .

—¿Qué sabéis pagar vuestras deudas, caballero? preguntó Besmaux con una profunda admiración.

—Por Dios que sí! Figuraos que hace más de diez años, al dejar el país, estaba, como bien lo sabéis, en chido de esperanzas, pero exhausto de dinero.

Un viejo gentil hombre, á quien nunca habia visto, me prestó sobre mi palabra dos mil libras. No podía apetecer más, verdad? Pobre M. de Montigré! Ha muerto sin que nunca pensara en cobrarle: pero su heredero, menos prudente, mandó exigirme esta mañana esa cantidad.

—Pero la deuda habia prescrito. Pasados diez años. . . .

—Deudas como esas no prescriben nunca, querido Besmaux.

—Según eso, estabais en fondos?

—Ante noche tuve un juego de los más afortunados en la casa del coadjutor y me quedaron algunas pistolas.

—¿Qué, vais á la casa del coadjutor?

—Soy del rey, y voy por todas partes.

—Pero los príncipes y el coadjutor están contra el rey.

—No, contra Mazarino; es preciso no confundir las cosas, diantre! Vos sí, Besmaux, que estáis contra el rey estando del lado de Mazarino, y me da miedo! Pero sois un hombre de adhesión y hacéis vuestro negocio.

—Eh! Artagnan! no se trata de lo que soy ni de lo que no soy. Queréis saber el objeto de mi visita?

—Vivamente.

—Sois bastante perspicaz para dejar de adivinar algo.

—Es igual, replicó Artagnan; pero deseo saber el motivo que os movió á hacerme esta visita.

—Queréis volver á lo de antes?

—No queréis creer, Besmaux, en mi amor á la ciencia?

—Bien! Soy adicto al cardenal por tal ó cual razón, esto es un negocio en el que sólo tenemos que intervenir yo y mi conciencia: bien sé que las gentes quisquillosas podrán argüir en contra mía, pero Julio Mazari- ni, y Besmeaux acentuó estas palabras que pronunció en italiano, es el único que podrá darme lo que quiero.

—Ah!... hizo el teniente, bien sabía que la adhesión de Besmaux era relativa! sólo los tontos meten la cabeza en una colmena por el placer de informarse si los insectos que la habitan son los que realmente fabrican la miel.

—No dudaréis que el cardenal aun tiene reservados buenos talegos provistos.

—Lo que no ignoro es que el cardenal es la Providencia misma, y tiene el oro á montones. Vos, mi querido Besmaux, siempre habéis profesado al dinero una estimación particular, y no es nada extraño que vayáis hacia el oro como el hierro al imán.

—¿Y vos, caballero?

—¿Yo?

—Juradme que no amáis el oro.

—Cuando lo encuentro en el suelo no sigo adelante; pero esto es tan raro!

—Si el cardenal tiene bastante...

—Y bien?

—Pues bien... id á él.

—Por el dinero! yo! Vamos, conozco desde hace mucho tiempo las larguezas de monseñor. ¡Doscientos ó trescientos escudos roñosos! gracias! En un santiamén quedaría tan medrado como antes.

—Vamos! entiendo lo que queréis.

—Vos, Besmaux?

—Sí; queréis ser capitán de las guardias.

—Ah! eso sí, lo confieso.

—Una compañía cuesta mucho, Artagnan!

—Desgraciadamente no soy rico como vos para obtenerla!

—Quedándoos en París, nunca ganaréis las cincuenta mil libras que por lo menos costaría este negocio.

—Pero quién os ha dicho que quiero comprarla?

—Vos mismo, puesto que la deseáis.

—Desear y comprar no es la misma cosa.

—Es que no es el príncipe quien os la dará nunca.

—Lo pensáis?

—Y si por casualidad os la llega á dar, nada habréis conseguido, porque dudo que el rey confirme vuestro despacho.

—Debéis saber, amigo Besmaux, que no he hecho nada en el servicio de M. de Condé.

—Pensáis que el cardenal no lo sabe todo?

—Según eso, gasta su oro en establecer su policía.

—Ah! debo confesar que para eso es espléndido; no sé para en nada.

—Me admiráis prodigiosamente, Besmaux.

—Mayor será vuestro asombro cuando os diga lo que me trae cerca de vos.

—Vamos, pronto, decidlo, que la ansiedad me pone en brasas.

—Dentro de ocho días á más tardar, seréis... capitán de las guardias.

Artagnan soltó una carcajada.

—¡Vaya que estáis de broma!

—No, por cierto, os digo la verdad.

—Sería extraño, porque no debéis ignorar, mi pobre amigo, que hace dos años que el cardenal me engaña podámos decir, con la promesa de una compañía, y para conseguirla he hecho cosas sobrehumanas.

—Sin embargo, parece que el cardenal os hace por fin justicia.

—Oh! es preciso ser cuerdo. El cardenal está desterrado, el parlamento y los príncipes triunfan, la corte se va á decidir á entrar á París, y por Dios que Su Eminencia no puede querer vender la piel del oso antes de haber alojado en el cráneo del animal una buena bala de plomo.

—No sabéis el motivo de que vuestra compañía haya permanecido en Ruel sin haberle ordenado que siguiera á la corte?

—Porque según parece, no se tiene entera confianza en la gente que la compone.

—Podrá ser, pero los oficiales siempre ejercen influencia en la tropa y pueden responder de sus soldados.

—Claro está.

—¿Os quieren los vuestros?

—De ello me enorgullozo.

—Vuestro capitán ha sido llamado esta mañana por la reina á Bontoise.

—Y bien?

—No adiyináis para qué?

—Ayudadme, Besmeaux, que estoy en ayunas de todo eso.

—Si fuera para dejares una completa libertad de acción?

—Eso sería hábil, respondió Artagnan haciendo sonar su paladar con la lengua. Según eso, la corte desconfiaría de M. de Puyferrat.

—No he dicho tanto, pero sí aseguro que M. de Puyferrat no ha sabido conquistarse el cariño de sus soldados tanto como vos.

—¡Ah, ya! pero no creo que el cardenal pretenda hacer el ejército entero de los príncipes únicamente con mi compañía.

—Es que la corte, fijaos bien, no he dicho el cardenal, exige una cosa fácil... fácil, digo, para un hombre como vos.

—¡Dale! ¡dale! ya estoy en ello, ya comprendo.....

—Sin embargo, cuando sepáis.....

—Caramba! no quiero saber nada. Entre saber y tener hay una diferencia enorme; estoy por lo segundo. Traedme mi despacho de capitán de los guardias, firmado por Su Majestad y entonces os escucharé cuanto queráis.

—Pues la cosa sería hecha, si.....

—Os repito que no digais nada.... Considerad que si yo no admitiera habrías divulgado un secreto inútilmente.

—El cardenal no quedará contento, caballero.

—Ah! ya confesáis que se trata del cardenal?

Besmaux se mordió los labios.

—Cuidado, Besmaux, para luchar conmigo se necesita ser más fuerte que yo. Adivino en vuestros rodeos que en Bouillon sólo está el cuerpo de Mazarino; pero que su alma no ha dejado de habitar el castillo que ocupa actualmente la reina; que no obstante la mayor

edad del rey, sigue siendo el regente del reino. Y quién sabe? Tal vez Su Eminencia en persona esté con la corte en Pontoise, en Saint Germain; ¿por qué no en París?

—Chancearse no es determinar, Artagnan.

—Pues bien, concluyé: Sois mi amigo, Besmaux, y estoy cierto de que os alegraría verme hecho capitán de los guardias; pero si queréis prestarme un servicio que sobre agradeceros, volved cerca del cardenal y decidle que no me habéis encontrado. Podeis añadir también que reflexionando profundamente sobre las proposiciones que venjais á hacerme, considerásteis de suma importancia traer á prevención el despacho del capitán que me prometia. El cardenal no me hará la injuria de dudar mi palabra y la convicción de que obedeceré sus órdenes, ó por mejor decir, las de la corte sin que obste ello el que me las dé á cara descubierta: tiene mil motivos para pensar así.

—Pero lo que me proponéis es grave.

—¿Por qué? yo lo encuentro bien simple por cierto. No he dormido en mi casa porque pasé la noche en el garito donde ordinariamente juego, y nada más natural que no encontrarme. Este es uno de esos accidentes que en la vida se repiten con frecuencia.

—Pensad, Artagnan, en que el rey no verá con buenos ojos vuestro modo de obrar. El que no está con él, está en su contra.

—¡Pero, pardiez, si yo estoy con él! No lo he probado suficientemente en el combate de San Antonio? ¡Ah! Tal vez sea yo más útil á su Majestad viniendo de París, que si estuviera á su lado en Pontoise. Aquí puedo formarle un partido. Los vecinos están aburridos ya de la anarquía, de la que saben aprovecharse los españoles ó algunos intrigantes de nacimiento elevado.

—Ayer, apenas entré á París, cosade las cuatro de la tarde, y en la noche jugué en la casa del coadjutor.

—Allí se juega siempre.

—Es verdad, como en una taberna, más sin embargo, no es poco conseguir... Además, tengo mis razones para alejarme un poco de Pontoise.



—Pero, amigo Artagnan, si nunca habéis sido partidario de la inacción; y cuando protegisteis la primera salida del rey para Saint-Germain, después de la prisión de Erousel...

—De eso hace ya mucho tiempo, Besmaux, y en las guerras civiles se vive más pronto que en una vida ordinaria. Quien

vive agranda... Conque así, no me habéis visto.

—No puedo engañar al cardenal hasta ese punto.

—Al contrario, amigo mío, esto os apañarázará menos. Suponed que lo referis nuestra entropista tal como ha pasado. El cardenal dirá que el mal éxito es debido á vuestra torpeza á vuestra impotencia; mientras en nuestra hipótesis, siempre conservais el derecho

de volver á la carga y la esperanza de triunfar de mi resistencia.

—¿Con qué decididamente no queréis escucharme?

—Punto en boca! tal es mi resoluci'ón.

—Tanto peor para vos, dijo Besmaux levantándose.

En ese momento Artagnan oyó llamar á la puerta é hizo seña al mazarinó para que guardara silencio. Champagne pronunció algunas palabras que no llegaron hasta ellos; pero el ruido de muchas puertas que se abrían y se cerraban indicó á Artagnan que su prudente criado hacia entrar al salón á la persona que llegaba.

Artagnan miró á Besmaux con un aire bastante significativo, y éste se convenció de que la persona que venía á visitar á su amigo era de alto copete. Sin procurar ocultar su mal humor por el éxito desgraciado de su empresa, el señor de Besmaux se disponía á salir.

—A propósito, le dijo Artagnan, tengo noticias del Beard.

—¿Cuáles? preguntó Besmaux con indiferencia.

—M. de Montlezun, vuestro pariente, según entiendo, se dirige á Paris.

—¡Ahl hizo Besmaux palideciendo.

Esta circunstanca no pasó desapercibida á la perspicacia del teniente.

—Se dice que está muy alcanzado y que se encuentra sin recursos para sostener á su numerosa familia, por lo cual se ha decidido á ir á la corte para pretender algún cargo.

—Eso no dejara de enredarme algo; pero respecto á su familia, ésta se reduce á un hijo único,

—¡Ahl ¿conque sois pariente?

—Quién lo duda, replicó Besmaux?

—Por cierto que no seré yo.

—Adiós, Artagnan.

—Conque está convenido, ¿no es verdad? No me habéis encontrado.

—Sea. ¿Dónde volveremos á vernos?

—Todas las mañanas hasta las nueve, es lo más seguro. Pero venid cuando queráis, y aun cuando no está, Champagne sabrá dónde me hallo.

—Corriente.

—Pero nada de subterfugios, amigo mio.

—Estad tranquilo.

Besmaux se envolvió en su capa y bajó la escalera, no sin asegurarse antes de que estaba enteramente libre.

—Estaba seguro, pensaba el caballero, de qué habiéndole de los Montlezon, ya no se opondría á nada. Pero por último, qué ha venido á proponerme... Tendría gracia que lo supiera por la persona que me aguarda en el salón... porque es un hombre, no hay duda... sus botas han resonado en el piso... ¡Ah señor Mazarino, queréis convertirme en mercader!... Todavía valgo alguna cosa... ¡Caramba... cuánto pesaré... en oro?

Artagnan cerró la puerta luego que hubo salido Besmaux, y se volvió hacia Champagne que en aquel momento llevaba una cesta grande.

—Si no me engaño, amigo Champagne, te dispones á ir á hacer tus provisiones.

—Precisamente, señor, pero...

—Pero qué, preguntó el caballero entrando en su cá-

mara y mostrando el billete que había pagado en la mañana.

—Señor, no puedo volver en mí todavía, tal ha sido el asombro que he experimentado, continuó Champagne ne que iba detrás de su amo, sin dejar para nada su canasto.

—¿Qué quiero decir el perillán?

—Oh, bien sé que el señor es un hombre de palabra, pero no puedo menos de confesar que hace bastante tiempo se ha perdido la costumbre de ver saldar deudas como esa.

—Y te atreves á imaginar, bribón, que voy á darte cuenta de mis acciones?

—No, señor, pero...

—¡Ah, Champagne, añadió el caballero con melancolía, principiar el día pagando una deuda antigua, debe traer la dicha.

—Sin embargo, si el señor lo permite, me atrevoré á hacerle una proposición, que estoy seguro será de su agrado.

—Habla, amigo mío, bien sé que no careces de inteligencia.

—Pues bien, señor, permítid que enseñe ese billete, pagado ya, á los proveedores de la casa.

—¿Cómo!

—Vaya, al pastelero se le deben por lo menos sesenta libras; otro tanto, si no más al especiero; trescientas, si no me engaño, á M. Pluchet, el tabernero de la Botella de Oro.

—¡Ah basta, basta,..... me espantas con tu relación! qué cuentas me haces.

—Es la historia verdadera de nuestra situación, señor.

—Mira lo que tiene la gabeta y calcula si puede alcanzar para todo eso.

Champagne se dirigió alegremente á la consola é introdujo ambas manos hasta el fondo del dichoso cofre.

—¡Eh, señor, exclamó sollozando, aquí no hay trescientas libras, y esto me da miedo!

—Déjame diez luises y toma lo demás.

—Ah, querido amo, qué alegría me proporcionáis. Sabéis que nuestro crédito iba teniendo una decadencia escandalosa. M. Pluchet representó una escena tan triste la última vez que fui á buscar el almuerzo á su cocina.

—Se ha atrevido M. Pluchet.

—Y si no hubiera sido por su linda mujer...

—¿Conque me ha ofendido? Está bien, Champagne, ¿qué opinas de esto?

—Que ella os ama furiosamente, señor.

—¿No es hermosa?

—Y mucho, señor.

—Pues bien, yo arreglaré este asunto con M. Pluchet, te lo prometo.

—Quedad tranquilo por ahora, gracias á este dinero y á ese milagroso billete, la abundancia más completa, la abundancia más completa va á rodarnos, tengo seguridad.

—Vete pues, parlanchín, le dijo Artagnan, entregándole el billete que según el criado debía producir tan buen efecto entre los acreedores del oficial.

—Pero el señor olvida y yo también, que en el salón hay alguno esperando.

—¿Quién es?

—Un vecino á quien nunca había visto y que insiste en ser recibido de vos.

—Y nada me habéis dicho, belitro.

—Es que ese billote me hace perder la cabeza. No podéis imaginaros lo que va á subir nuestro crédito con él, lo menos por seis meses....

Y Champagne lo guardó en el faldón izquierdo de su casaca, y salió. Artagnan empujó la puerta del salón.

Un hombre vestido de negro se levantó del sillón en que estaba sentado, y saludó fríamente.

El teniente le hizo seña para que se sentara de nuevo, haciéndolo él en un sillón inmediato, cuidándose siempre dar la espalda á la ventana por la que á pesar de las cortinas, se deslizaba un rayo de sol que sin caer sobre el rostro del desconocido, aclaraba sus facciones.

Era un hombre de cuarenta años, estatura alta, nervioso y seco, cabellos negros y abundantes, y cuya barba, no obstante estar cuidadosamente afeitada, se confundía con su color extremadamente moreno. Sus cejas en extremo largas parecían de cuerdas duras, y erizadas dándole un aspecto casi terrible, el cual se aumentaba todavía más por su dentadura blanca, pero aguda y desigual. Algo se encontraba en aquel personaje extraño de hidalgo y de indiano, tipo que Colón y Cortés importaron al continente.

—Señor, dijo tengo el honor de pertenecer al príncipe de Condé.

—No había que decirlo, pensó Artagnan. ¡Diablo! parece que ambos campos cuidan de mí más de lo que debían! Veamos quién promete más. En caso de igualarse, prefiero á Besnaux. La fisonomía de este hombre no me da garantías.

—Señor, continuó el desconocido, no podréis menos que sorprenderos al mirar estacionada en Ruel la com-

pañía de guardias en que servís, no obstante las simpatías bien conocidas de sus oficiales hacia... el partido contrario á los príncipes y al parlamento.

—Decid con más exactitud, siendo tan adicto al rey.

—M. de Condé, sin desesperar de hacer las paces con S. M. ha querido que se encuentren sus más fieles soldados en sus cuarteles; en consecuencia...

—Si S. M. hubiera deseado tener á su alrededor todas sus compañías de guardias, dudo mucho que la mía hubiera permanecido en Ruel, señor, pues habría desertado pronto y bien.

—Vos ejercéis una poderosa influencia en vuestros soldados....

—Antes de ir más lejos, permitidme dos palabras, dijo Artagnan interrumpiendo al desconocido.

—Decidlas, señor.

—Necesitáis de mi ayuda, y os aprovecháis de la separación de M. Puyferrat para reclamarla, ¿no es esto?

—Puedo ser, respondió con duda el hombre misterioso.

—Entonces, hablad con claridad; es el mejor medio de entenderse.

—Estipulemos antes nuestras condiciones.

—Me parece bien.

—Hé aquí un despacho de capitán de los guardias.

—¿Para mí?

—Para vos.

—¿Firmado?... preguntó el caballero.

—Por monseñor Gaston de Orleans, teniente general del reino.

Artagnan se rascó una oreja

—Es un despacho, dijo; quiero decir, un pedazo de papel ó pergamino, porque no voy la compañía que concede.

—M. de Puyferrat será nombrado gobernador de Amiens ó de cualquiera otra fortaleza que elija, Blaye, por ejemplo.

—Cuidado, señor; en Blaye está el duque de San Simón, que no se dejará despojar tan fácilmente.

—M. de Condé lo puede todo en la Guinea, respondió el desconocido.

—Bien, admitamos eso; es decir, ¿la reina regente no ratificará?

—Monseñor Gastón tiene plenos poderes.

—Un instante, eso sí merece discusión. Si admitís que yo me incline del lado de la corte, no debo desconfiar de los despachos firmados por Gastón.

—Además, aquí tenéis un bono de cuarenta mil libras á favor vuestro, pagadero por el sub-intendente. Hay diez capitanes que harían negocios con sólo esto.

—En efecto, convengo en que ese es el precio.

—Conque aceptáis, ¿no es así?

—¿Y si admitiera, qué tendría que hacer?

—Dadme antes vuestra palabra de gentil hombre de que á no conveniros, el secreto quedará entre nosotros, señor oficial.

—Os lo juro, señor.

—Pues bien, he aquí de qué se trata. El cardenal Mazarino está considerado como el único, lo entendéis, el único obstáculo á la pacificación general y por lo mismo es indispensable apoderarse de su persona.

—Pero Su Eminencia está fuera de Francia, en Bouillon, á dos ó tres leguas de Sedán, si no me engaño.

—Aun está muy cerca de la reina. Será preciso que una expedición de veinte, treinta, ó más hombres, según queráis, mandada por vos, se dirija á Buillon ó al pueblo que se os designe, y rabe á Mazarino.

—Lo cual era peligroso.

—No tanto como pensáis. Según dicen, el cardenal se pasea diariamente casi sólo en el bosque de Ardenes.

—Y una vez su Eminencia en poder de la expedición, ¿qué haréis vos?

—No se tratará de otra cosa que ponerlo en manos del gobernador de la Bastilla.

—Señor, dijo Artagnan levantándose, en lo cual lo invitó el desconocido, merece una madura reflexión todo eso.

—Sin embargo, el príncipe desea una contestación pronta.

—¿No puede esperar á mañana?

—Si no es posible de otro modo, su alteza esperará, pero...

—Pues bien, señor, hasta mañana á las doce si gustáis, dijo el caballero con gracia.

—Mañana á las doce, pero tengo vuestra palabra.

Artagnan saludó y condujo al desconocido hasta la puerta. Este salió después de haber tomado como M. Besmaux la precaución de cubrirse con su capa.

El caballero volvió á su cuarto, bastante inquieto, y comenzó á vestirse.

—Esa especie de cuervo, me propone robar al cardenal, se dijo... Apuesto á que Besmaux me habría dicho que robara á Condé... Casualidad como ésta. Afortunadamente me encuentro del lado del rey...

Hum!... M. de Condé quiere, según parece, jugarle una mala pasada al duque de Guisa, y su hermano, tan jorobado como es, debe aspirar, por lo menos, á la tiora... ¡Ah! venga la guerra extranjera, eso será mejor: No es en la guerra civil donde alcanzaré nunca el bastón de Mariscal de Francia... Pobre Francia, ¿qué tiranos te dan tus mismos hijos!...

Durante las reflexiones de Artagnan, el desconocido bajó la escalera y se aventuró en el pasillo obscuro que desembocaba á la calle.

Hacia el medio de aquel callejón, un objeto de color blanquiseo lució en el suelo y atrajo sus miradas. Se inclinó para tomarlo.

Era un papel que extendió con precaución porque parecía envejecido con un uso antiguo. Fijó en él sus ojos, sonrió, y tuvo la intención de volver sobre sus pasos; pero estaba tan absorbido en sus pensamientos que no se fijó en él. Es más probable que las mismas ideas preocupaban al joven, porque lo recibió con una sonrisa significativa.

—Me dijisteis que os esperara aquí, primo mío, dijo Vijé, tocándole el brazo.

—Sí, . . . ¿os pagó M. Artagnan? preguntó el desconocido.

—He aquí el dinero, respondió Vijé sacando su bolsillo.

El otro no pudo disimular su admiración, y sopesó el saco con desconfianza.

—¡Tenia dos mil libras disponibles! es increíble, exclamó.

—¿Por qué, querido mío?

—Entonces no es lo que averiguásteis.

—¿Cómo!

—Nada, nada. . . . replicó vivamente el desconocido, que no era otro que M. de Barada, abogado del parlamento, el mismo que adquirió el billete, de M. de Montigré, cuya mujer, la señorita de Montbaroy, fué la heredera.

Diciendo esas palabras arrastró á Vijé.

—Pero este no es el camino del palacio, dijo éste visiblemente inquieto.

—Es que no iré hoy, ni vos tampoco, Luis; os necesito.

—Pero mi palabra, M. Tifoneo. . .

—Tengo que encargaros de una misión más agradable por cierto que la de arreglar y coser los legajos de maese Tifoneo Désormaux.

—A fe mía, primo, que no estoy muy contento con esa ocupación, palabra de honor.

—Partiréis mañana para Burdeos.

—Mañana, exclamó el joven.

—Es preciso.

—¿Y . . . vos?

—Oh! dentro de ocho días, cuando más iremos mi mujer y yo. Pero los negocios se van embrollando, y los príncipes necesitan hacer pasar un aviso.

—Consiento en ser su mensajero, pero partir solo. . . no es muy divertido que digamos. Sobre todo, cuanto tenía la seguridad de que me acompañaríais vos y Gabriela.

—Estáis en libertad de quedaros en Paris si algunos afectos ó intereses os lo exigen.

—Partiré querido primo, partiré, respondió Vijé con decisión, pero. . .

—¿A dónde vamos ahora con semejante paso?

—A la calle de San Luis, á mi casa.

—Es que. . . replicó Vijé con embarazo, volver á esta hora. . . maese Desormaux os citó para el palacio. . . se trata de un negocio muy grave. . . creo que deberíamos verlo. . .

—Amigo Luis, los negocios de Estado son preferentes á los demás.

—¡Los negocios de Estado! . . . ¡Ah! no desconozco que desde hace algún tiempo les sacrificáis todo, maese Barada.

—Es posible; pero he comenzado y debo continuar. Siempre tiene que ser así la vida política. Por lo demás, estoy cierto de no ser un bobalicón, y esto ya es algo. Tengo promesas positivas, y quiero decirlo de una vez, el cargo de consejero del parlamento de Burdeos que aparenté comprar en cincuenta mil libras, lo obtendré gratis.

—Eso no es posible para nadie.

—Como os lo digo.

—¡Oh! tanto mejor... pero si quereis ercerme, primo, volvamos sobre nuestros pasos y... maese Desormaux debe impacientarse... su naturaleza no tiene nada de hemática...

Y diciendo estas palabras, Vijé se esforzaba todavía en detener á Barada. Este, que hasta aquel momento no había reparado en sus tentativas y en su embarazo, se detuvo de repente y lo miró cara á cara.

—Pero ¿qué diablos teneis, Luis?

—¿Yo, primo?... No comprendo por qué me tirais de la manga, ni mucho menos la causa de vuestra turbación y de que no atendais á mis palabras... ¿Teneis algún soneto en la punta de la lengua, ó andais á caza de algún consonante que no encontráis?

—No tengo nada.

—¡Pues bien! dejad por un instante los espacios imaginarios y la poesía, que os tiene fatigado.

—¿Quereis ir á vuestra casa, primo?

—Sin duda.

—Pues vamos! dijo Vijé, que parecía haber tomado repentinamente una resolución.

Ambos siguieron á buen paso, y no tardaron en llegar á la calle de San Luis, no sin haber atravesado desde el Hotel-de-Ville el dedalo de calles que en aquella época conducía al Marais. M. de Barada vivía en una

casita situada á pocos pasos de la entrada de la calle, y cuyo jardín se extendía hasta el cultivo de Santa Catarina.

Dejemos por un instante á estos dos personajes, para seguir los pasos de Champagne, quien, media hora antes, como hemos visto, provisto de su cesta marchaba á conquistar las provisiones de boca. Conquista bastante difícil, puesto que el crédito había acalado si no del todo al menos en su mayor parte desde hacia tiempo. Así pues, se dirigió á la Cité, donde estaba el acreedor principal, que por cierto no era el más intratable. En consecuencia, tomó el puente de Nuestra Señora.

M. Pluchet, á quien hemos visto la víspera mandando la ronda de vecinos y que llegó muy á propósito á la puerta de San Honorato para libertar al teniente, era tabernero de profesión, y su casa estaba establecida en el centro de la calle principal de la Cité, teniendo por nombre "La Botella de Oro." Aún existe en nuestros días esa casa renovada después, aunque muy poco en su estilo antiguo, y que no se diferenciaba entonces por otra cosa sino por no rasar como hoy su entrada con la calle, pues estaba precedida por un pequeño jardín plantado de rosas y de madreelvas sembradas en barriles que servían de abrigo á los bebedores que atraía el aspecto seductor de aquella perla de las tabernas.

M. Pluchet era un ciudadano honrado, á quien se estimaba por todos los vecinos del cuartel, y que veinte años antes fundó aquella taberna que poco á poco fué acreditándose hasta hacerse de fama y donde se vendían vinos, licores y alimentos á buenos precios. Merced á la buena calidad de los efectos, así como la actividad y el orden desplegados por madama Pluchet, el establecimiento prosperó durante los quince primeros

años; pero á los cinco de haber fallecido la tabernera, los negocios, que al decir de los vecinos ó de los envidiosos, debían ir en decadencia, aumentaron en proporciones enormes.

Estaba escrito en el destino del buen Pluchet que debería á las mujeres la prosperidad de su negociación; porque la segunda madama Pluchet que escogió para asociarse á su destino y á su comercio, trajo mayor fortuna á la «Botella de Oro.»

Era una mujer de veintidos años, fresca y hermosa, de estatura proporcionada y ojos lindos, acusada generalmente de coqueta porque seguía con todo rigor las modas de su tiempo y tenía cierto empaque que le daba una gracia encantadora. Es cierto que su fina nariz, algo remangada, y sus ojos rasgados tenían algo de irresistible; pero este algo se completaba con creces por medio de los adornos de su tocador y de sus trajes.

Los parroquianos de la «Botella de Oro» aumentaban cada día, y no se desdeñaban de frecuentarla los gentiles-hombres, sobre todo en el tiempo de calor, por que estaban seguros de encontrar allí bebidas heladas al estilo de España, y rostro risueño en la hermosa tabernera.

Sin embargo, maese Pluchet tenía sus horas de melancolía, porque no por eso era más joven, y mientras su cráneo iba poco á poco quedando limpio, su obesidad crecía más y más; pero se consolaba filosóficamente de su mala ventura contando y recontando sus buenos escudos de oro que le permitían comprar de tiempo en tiempo un regular terreno en los alrededores de Perpignan, en el Rousillón, donde tenía en arrendamiento una pequeña propiedad con la idea de retirarse allí en su vejez.

El criado de Artagnan ponía el pie en el umbral del

jardin cuando el marido y la mujer reñían sin cuidarse de los que á pocos pasos bebían ó comían en la misma taberna. La querrela parecía viva no obstante que la joven no respondía sino con una risa graciosa á las observaciones de su señor y dueño; lo que naturalmente contribuía en gran parte á que el bueno de su marido aumentara su furor.

—¡Oh! dijo Champagne avanzando afablemente. La paz de Dios sea entre vosotros, maese Pluchet.

—¿Qué es esto? exclamó el honrado tabernero dirigiendo al recién llegado una mirada llena de indignación.

—Digo, señor Pluchet, que es malo hacer cóleras y ponerse irritado con una mujer tan gentil y tan buena como la vuestra.

—¿Quién os permite mezclarse en nuestros asuntos?

—¡Diablo! difícilmente la encontraríais igual aun cuando diérais vuelta al mundo.

—¡Oh eso sí! dijo el marido con un gesto de desesperación, al cual respondió la más argentina y la más franca carcajada de su cara mitad.

La tabernera tomó la canasta del brazo de Champagne con solicitud; pero inmediatamente se precipitó furioso entre ellos M. Pluchet y agarró la cesta por la asa.

—¿Qué vais á hacer? preguntó.

—Supongo que M. Champagne viene como de costumbre por las provisiones de su amo, y voy...

—No dais nada.

—¿Cómo que no daré?

—No, señora, y antes por el contrario, tengo que quejarme de M. de Artagnan.

La hermosa tabernera cambió de color y soltó la cesta.

—Por qué? preguntó Champagne, considerando lo conveniente que sería ir en su ayuda.

—El señor Artagnan me ha comprometido ayer gravemente, no tenía la contraseña y entró á Paris no obstante la consigna. Ya vereis, señor Champagne, si esto no comprometerá, y mucho mi responsabilidad, añadió el vecino inflando sus carrillos y adelantando el abdomen, lo que le daba una importancia de las más grotescas.

—El señor recibió el castigo por su atrevimiento, respondió dolorosamente Champagne, puesto que lo hirieron esos demonios de españoles.

—Herido!... exclamó madama Pluchet con espanto y poniéndose palida.

—Sí, señora, y muy gravemente! creyó deber añadir el buen doméstico.

—Dadme pronto esa cesta, M. Pluchet, voy á escoger lo mejor para M. de Artagnan, que bien lo necesitará.

Y diciéndolo así la excelente mujer se apoderó de la canasta que su marido no trató de retener, y corrió con ella á la cocina.

—Verdaderamente, señor Champagne, ¿ha sido herido el caballero? preguntó el tabernero entorreciéndose.

—Y mucho, señor Pluchet.

—Pero no está en peligro, ¿verdad?

—¡Oh! felizmente no,...

—Pues bien, entonces, mi querido señor Champagne, considerais que no os á propósito hablarlo en estos momentos de la evenscita que tenemos pendiente?

—Podéis tener entera seguridad de que el señor os pagará bien pronto, contestó el criado con cierto aire de confianza.

—Oh! no lo he dudado, replicó el tabernero, dando á sus palabras un acento de incredulidad que no pasó desapercibido á su interlocutor, que era como hemos visto, muy perspicáz.

—Amigo Pluchet, añadió Champagne, el caballero ha entrado desde hoy en una vida ejemplar, y os voy á presentir una prueba concluyente de ello. El caballero no ha firmado en toda su vida más que un pagaré, al menos que yo sepa, y esto fué hace once años, la miseria de once años!... Pues bien, ese pagaré habia sido olvidado....

—Ya lo creo; en once años!... En rigor, tendría el derecho de rehusar el pago por el tiempo transcurrido.

—Qué decis, respondió el fiel Champagne con indignación, el caballero Artagnan estima y respeta su firma más de lo que pensais! su firma!... este nombre—Carlos Artagnan—es su orgullo, es su honor, no es su comercio!

—Muy bien, señor Champagne, aplaudió Madame Pluchet que venía con la canasta cubierta con una servilleta, y de cuyo fondo se exhalaba un olor apetitoso, vaya unos sentimientos!

M. Pluchet sintió haber pronunciado las palabras que lastimaron la probidad de aquel criado, sentimiento de que el mismo era tan decidido partidario.

—Pues bien, señor, añadió Champagne encantado del efecto que habia producido, el caballero Artagnan cubrió esta mañana ese pagaré con buenos escudos de oro, ascendiendo la suma á dos mil libras.

—Y pagó esta mañana doscientas pistolas! exclamó M. Pluchet con el aire más incrédulo.

—Como os lo digo y voy á probarlo! aquí tengo ese documento firmado por un notario.

Diciendo esto Champagne buscó en la bolsa de su casaquilla, después en sus greguescos, en su sombrero, en todas partes, pero cosa extrañal — infructuosamente! Comenzó de nuevo su inspección de bolsas, que por lo menos eran media docena, y á cada triste desengaño su fisonomía tomaba un aire de tristeza y desaliento haciendo brotar de en frente un sudor abundante.

— Ah! Dios mío! gritó poniéndose pálido como un cadáver sacando con la mano una de las bolsas de sus faldones toda agujereada, mi bolsa, mi bolsa está rota!

El buen Pluchet acogió esta exclamación con una sonrisa burlona.

¿No me creéis, señor Pluchet? Sin embargo, os digo la verdad: y vuestra actitud y vuestro acento me parece en extremo insultante para el honor de mi amo y para el mío!

— Señor Champagne, respondió el tabernero con dignidad, soy comerciante y no me importa lo que hagáis fuera de mi casa. Que el caballero pague sus deudas ó no, es cosa que no me interesa: pero en cuanto á lo que me debe

— Señor Pluchet, dijo la joven interviniendo, no me hableis de esa cuenta, estando herido M. de Artagnan no es prudente cobrarle.

— Cómo que no es prudente! el señor Artagnan me debe trescientas cincuenta libras cuando menos, y no he de hablar! ¿se trata acaso de una bicoea?

— Si os debe trescientas cincuenta libras, señor, dijo Champagne con la autoridad de un inteligente General, entonces poned vuestra cuenta en forma y se os pagará.

Y el atrevido criado sacó de la bolsa un saco de cu-

ro del cual echó escudos sobre la mesa, que se puso á contar en seguida.

— Señor Champagne, yo no quiero nada, le ois? exclamaba madama Pluchet.

— Muy bien, señora, vos sois una persona delicada, pero vuestro esposo está animado de sentimientos feroces hacia nosotros. Quiero cerrarle la boca con esta plata acuñada.

— Pero yo no lo consentiré.

— En cuanto á mi no sólo consiento, sino que tomo, dijo el tabernero de la « Botella de oro, » preparándose á extender la cuenta en un papel que sacó de un libro de horas.

— Pero, señor Pluchet, dijo Champagne, en lo de adelante mi amo no se proveerá de vuestra casa, sino del Escudo de Francial. . . .

A estas palabras, madama Pluchet puso el grito en el cielo, arrancó de las manos de su marido la malhadada cuenta, la hizo pedazos y tomó una actitud majestuosa.

— Señor Champagne, llevaos ese dinero! . . . mi marido no ha querido sospechar siquiera de la buena fe y honradez del caballero Artagnan.

— Pero si yo no he dicho nada . . . balbuceó el buen hombre aterrorizado por la cólera inusitada de su cara nitida.

— Esto es indigno, vergonzoso! exclamó ella, y sois paisano del señor Artagnan.

— No, soy del Rousillon. . . .

— Es lo mismo! Un joven que hace tanto honor á sus compatriotas y que algún día será por lo menos duque y mariscal de Francial!

— No os digo lo contrario, mi querida Estébana, pero convenid. . . .

—Señor Champagne, dijo la joven al criado que guardó prudentemente sus escudos en la bolsa, muy satisfecho del sesgo que tomaba la discusión, mi marido siente en el alma lo que se ha atrevido á decir hace poco y en prueba de ello va á enviar inmediatamente al caballero una docena de botellas de ese vino de Rousillon que tanto le agrada.

—Señora, gruñó el pobre Pluchet absorto, me estais arruinando!...

—No, es que cuido de vuestra reputación mejor que vos mismo. Por desgracia olvidáis muy frecuentemente que á mí es á quien debéis los honores y las dignidades que llueven sobre vuestra indigna cabeza.

—Oh!

—No es debido á mí el que el conajutor os haya nombrado capitán de una compañía de la milicia urbana?

—Muy bien, querida Estébana, pero...

—Pero gran Dios! se pasa la hora de la parada y os esperan en el Hotel-de Ville. No os demoreis más, corred.

—Es verdad! exclamó el tabernero, dando á su fisonomía un aire de mata-siete y ciniéndose un largo espadón colocado en un ángulo de la taberna.

—Señor Champagne, dijo madame Pluchet, llevad prontamente esa cesta que guarda dos cosas que pueden enfriarse.

Champagne no se hizo repetir aquel mandato y ganó con violencia la calle de Arcis buscando por el suelo el malaventurado pagaré tan desgraciadamente perdido. Una vez en la casa, consideró inútil hablar al caballero del incidente ocurrido, á fin de evitar un disgusto y un sermón merecido por su poco cuidado.

El caballero se sentó á la mesa, muy satisfecho de la provisión, cuando llamaron á la puerta.

—Hoy es día de visitas, dijo Champagne yendo á abrir de mal humor.

La visita no podía ser más agradable. Madame Pluchet entró y detrás de ella se perfilaba un mozo cargado de un cesto donde doce botellas sacaban sus cabezas venerables.

He aquí el Rasillón anunciado, dijo la joven con voz clara y entrando sin cumplimientos en la cámara del toniente.

—¡Oh qué sorpresa!... exclamó Artagnan, mi querida madame Pluchet, qué amable y que bella estáis hoy!

Madama Pluchet desenfundó las botellas y despidió á su criado.

—Champagne gritó Artagnan, un cubierto para madama Pluchet porque supongo que os dignareis hacerme este honor, bella señora, añadió galantemente.

—En verdad, caballero, respondió con timidez, no sé si debo....

Artagnan tomó á la hermosa tabernera por la cintura y depositó sobre su cuello de cisne el más sonoro de los besos.

Esta declaración de guerra sofocó la repugnancia de la graciosa madama Pluchet.

Aceptó, riendo á carcajadas.

—Querida madama Pluchet, esta mañana pagué una deuda viejísima y eso naturalmente debía traerme la dicha... Vuestra hermosura justifica mi pensamiento, caramba!... ¡A la mesa!...

VI

El patio de la casa de la calle de Santa Catarina donde entraron Barada y su primo Vijé, estaba casi lleno

lacayos; pero lo que llamó más fuertemente la atención de los dos individuos, fué una carroza detenida ante las gradas del vestibulo, con la portezuela abierta. Aquel tran ostentaba un esento de armas que no dejaba duda ninguna acerca de la calidad de la persona á quien pertenecía.

—Estará aquí M. de Conti? se preguntó Barada sorprendido, pero con tal indiferencia que las facciones de su primo recibieron su alegría habitual. Sus cejas, fruncidas desde hacia media hora en muestra de una inquietud profunda, se extendieron enteramente, y subió alegre y satisfecho detrás de Barada los escalones del vestibulo, no sin dejar de hacer ruido.

Una joven esbelta apareció en lo alto de la escalera y después de echar una mirada á los que subían, desapareció como una flecha. Era una doncella de la casa.

Cinco minutos después, Barada entraba en el salón de recepción, donde encontró al príncipe de Conti ocupado en escribir en una mesita, mientras que la señora de Barada bordaba al tambor cerca de la chimenea, en la que, no obstante la estación, ardía un fuego vivísimo.

—Ya está aquí Barada, príncipe, dijo madama.

—¡Pardiez! me ocupaba en escribiros, mi querido Barada, porque deseando veros, no os encontré en el palacio ni en vuestra casa. Y bien ¿habéis hablado con nuestro hombre?

—Si su Alteza quiere molestarse en pasar á mi gabinete, tendré la honra de darle cuenta de mi comisión.

—De buena gana, respondió el príncipe, porque el calor de aquí sofoca.

—Será preciso que vuestra alteza perdone por esto á madama Barada. Ha vivido siempre en Burdeos, donde le hace más frío que en París y extraña Nápoles.

—Según los deseos de vuestro esposo, os volveréis pronto por allá, señora. Casi está conseguido el empleo que le he prometido; pero si las cosas no cambian dentro de pocos días, acaso yo mismo tenga que marchar, y éste será más pronto de lo que mi hermano quisiera.

—¿De veras partiréis, príncipe?

—No creáis que lo siento, pues á vuestro lado estaré muy satisfecho.

—¿Acaso la política toma mal giro?

—Sois muy hermosa para que podáis comprender estos negocios. Pero de todos modos siempre podemos contar mi hermano y yo con todos los bordaleses que son valientes y decididos partidarios nuestros, siempre que los parisienses nos abandonen.

—¿Y los podrán hacer, Dios mío?

—¡Oh! no lo creo del todo, pero son gentes que se compran facilmente con discursos y fiestas...

En cuanto á los discursos, M. de Mazarino no puede engañar á todos. Por lo demás, no creo que haya guardado en sus cofres ni mil pistolas para una muestra de regocijo.

—Es verdad, pero aun vive, y siempre debe inspirar recelos un hombre como ese.

—¿No satisfacé á vuestra alteza el destierro del cardenal?

—Perdonálmec, querida señora, que dejemos esta conversación, continuó el príncipe tomando con galantería la mano de la señora de la casa y besándola con todas las apariencias de un profundo respecto; pero este buen Barada tiene que comunicarme cosas importantes y esto me priva del placer de seguir acompañándoos.

El príncipe y Barada salieron del salón, sin que la señorita hiciera el menor movimiento en su sillón para corresponder al galante saludo de su alteza.

Esta particularidad, ó mejor dicho, esta falta de lesa etiqueta, escapó sin duda al marido, pero tuvo por resultado que Luis Vijé, que se coló en el salón tras del abogado, suspirara profundamente.

—¿Calla! es'ais eqquí, Luis, exc'usó ella con la naturalidad de una criolla.

La señora de Barada tenía 22 años. Era morena, y de sus negrísimos ojos se escapaban destellos fulgurantes que daban á conocer desde luego el fuego interior de sus pasiones. Alta, esbelta, impetuosa, la perfección y la riqueza de sus formas realizaba aquellos espléndidos modelos que los pintores del Renacimiento nos dejaron en sus obras imperecederas, y su asombrosa hermesura causaba la admiración de todos los que la veían.

Hija de un antiguo gentil-hombre de la Guinea, M. de Montbarey, muerto en la miseria y que vivió sus últimos años merced á las liberalidades de un compañero de armas, el duque de Epornón, Gabriela de Montbarey se encontró huérfana á los diez años, y por decirlo de una vez, sin protección ninguna puesto que el duque tenía la más detestable reputación.

Encargado de perseguir la adquisición de un legado hecho á aquella niña por una gran señora de Nápoles, M. de Montbarey condujo á Italia á su hija Gabriela, y de allí vino la costumbre que tomó el abogado Barada de ir con frecuencia al convento donde ella estaba de pensionista; de manera que su hermosura fué desarrollándose con una rapidez sorprendente, y juzgó á propósito el abogado entregar al mundo á aquella flor preciosa, cuyos gérmenes deberían sofocarse entre los muros del claustro.

Acaso en el fondo de su buena acción tenía todo un plan de intereses ocultos y de especulaciones para el

porvenir, porque hasta entonces nadie conocía á Barada, hijo bastardo repudiado por su padre, un viejo señor español, sin patrimonio ninguno.

Pero el pago del legado iba haciéndose problemático, y como el tiempo transcurría, y por último, no obstante su hermosura y sus prendas, la novicia tendría que tomar el velo, toda la nobleza de la Guinea aprobó que el abogado la diera otro estado social haciéndola su mujer.

Mercé á esta alianza, porque los Montbarey eran de elevada y antigua raza, las mejores casas de la provincia se abrieron para aquel abogado de aspecto montañés y de nobleza equívoca, y afluyendo los negocios en su bufete, se hizo una de las celebridades del foro bordelés; pero los placeres y fiestas del mundo no tenían ningún encanto para aquel espíritu inquieto; de manera que tomó el partido de no presentarse sino en las ocasiones solemnes, dejando á su mujer el cuidado de llenar las etiquetas de la sociedad.

Pero al cabo de un año de matrimonio, persuadido de que sólo en París podría dar alas á su desmedida ambición, partió repentinamente para la capital.

Fuése sin anunciar que se llevaría á su esposa, de la cual había sabido hacerse un auxiliar inteligente, á pesar de que ella le profesaba muy poco amor.

Barada, como era natural, se hizo del partido del parlamento, en contra de la corte.

Como consecuencia de sus buenos servicios, los príncipes, y sobre todo M. de Conti, se declararon los decididos protectores de aquel hombre activo.

—¿Y bien, Luis, tenéis alguna nueva poesía que leerme hoy? preguntó Gabriela al joven, que siempre que se hallaba delante de su prima parecía como petrificado y no encontraba su seguridad ni su reflexión,

—Hoy no, prima mía.

—¿Y por qué no sois mi trovador?

—Para que los versos fluyan armoniosos y dulces á la imaginación, es preciso que ciertas influencias se hagan sentir y que el corazón tenga si no un gran dolor ó una profunda desesperación, sí al menos una corta alegría.

—¿Pues qué tenéis, querido primo?

—Desde ayer me consume una tristeza amarga, y hasta hace media hora he sabido el motivo: era el presentimiento de una desgracia.

Gabriela guardaba cierta ternura para Luis—hijo de una prima suya que descendió al estado llano á consecuencia de la miseria que sembraron las guerras de religión.

Pero no obstante ese cariño, no era sensible á los sentimientos amorosos que ella suponía con razón; lo animaban.

Tomó la costumbre de tratarlo como hermano unas veces, otras como bufón; porque si bien el carácter de Vije era dulo á la poesía y á los sueños, el joven tenía también á veces rasgos extravagantes y grotescos, con los que ella se divertía.

—Presentimentis vos, Luis?... vos, el espíritu más independiente, la indulencia personificada!

—No siempre es uno dueño de sí mismo. Antes de ayer, seducido por los pasantes de estudio, fui á los Porcherons, donde se toma un vinillo que hace rennir los domingos á los marcos de las fiordas, á las gricetas y los lacayos. Los picaros me hicieron beber un vino maligno de los alrededores de París con la intención evidente de embriagarme, y lo consiguieron: toda la noche estuve mal y me revoloteaban por la cabeza tantas y tantas cosas.

—¡Vaya! bebistéis el vino triste y eso fué todo, dijo alegromente Gabriela.

—¡Ah! Gabriela, no os riais de estas cosas!... ¿Sabéis que se muere muchas veces?.....

—¡Pobre muchacho! debéis tener una gran desgracia en efecto, porque os encuentro muy triste hoy.

—Me amenaza una desgracia porque para mí lo es y grande.

—Me haríais temblar, Luis, si vuestra fisonomía no fuera tan chusca.

—¿Es permitido mostrarse así de un hombre honrado?

—Vaya, hablad, ¿qué tenéis?

—¡Oh, querida prima, la desgracia consiste en que voy á dejar á París.

—Y bien, ¿eso es todo?

—¡Óhmo! ¿os parece poco? decidme qué es lo que voy á hacer por allá.

—Dónde... ¿En Cochinchina?

—En Burdeos.

Hace mucho tiempo que estoy dispuesto á volverme, también, señor primo, y ya veis que no estoy tan triste.

—En Burdeos, prima, estaré lejos de vos, de vos que sois la luz de mis ojos, la consiliación primera de mi existencia. Bien sabéis que no mirándoos siento la muerte.

—No os inquietéis, gracioso enamorado, pronto iré á refairme á vos.

—Dulce esperanza, pero convenid en que preferirías quedaros en París, don de regresando á la corte pasaríais días alegres en medio de las fiestas y las galas.

—Lo confieso, pero M. de Burada no es rico, y ni siempre se encuentra así no más un empleo de consejero.

—Prima, vuestro marido hace un juego del infierno

un juego que podrá perderlo, llevarlo á una prisión, quien sabe á dónde.

— Es su negocio, dijo ella sonriendo.

— Ah! Gabriela. . . Gabriela. . . !

— ¿Qué tenéis?

— El principado de Cointi está casi siempre solo á vuestro lado. Dicon que aunque jorobado es bastante galante.

— Luis, pobre niño, no comprendéis nada de política.

— ¿Entonces, os autoriza acaso la política para ser coqueta? Después, llevar el tren de la duquesa, tener criados, un palacio. . . . ¡Hum! creo que vuestro marido se endroga furiosamente y el empleo de consejero le costará carísimo. . . . porque en fin, Barada no tiene una renta de seis mil libras, que se necesitaría cuando menos para los gastos que hace, y no sé qué cuenta con otra cosa que con el legado de cien mil libras que os hizo al morir la condesa de Bernelle. . . . Prima mía, me pierdo en conjeturas y las suposiciones que hago me espantan.

Gabriela tendió la mano al pobre pasante, quien la besó con el respeto que lo hacen los chicos con el anillo del obispo cuando lo encuentran en la calle y está de buenas.

— Os lo repito, Luis, no entendéis nada de la política. . . . Haced versos, amigo mío, rimad las palabras más difíciles del idioma, así como las más originales, pero no procuréis penetrar en los profundos abismos que entreabre la ambición; esto es suficiente para espantar con sólo la mirada un talento superior al vuestro y para trastornar la noble y leal pureza de vuestra alma.

— ¡Ah Gabriela, si me amarais como yo os amo! . . .

no habria para vos esas tinieblas, gozariais de la luz en todo su esplendor, disfrutariais del paraíso. . .

— Sois un loco. . . . No ignoráis, Luis, que mi corazón está frío como el mármol, y que aún no nace el ser privilegiado que lo ceba agitar.

— ¡Ah, prima, si yo lo conociera, lo mataria, aunque fuera príncipe de la sangre!

— Luis, presiento que no será un príncipe, dijo la señora Barada, pero si algún hombre alcanzará mi mano, estoy segura de que vos le amarais.

— No.

— Pero no me habéis dicho lo que vais á hacer á Burdeos.

— Aun no lo sé; es una trama de Barada, vuestro necio marido.

— ¿Y maese Desormaux?

— Barada se encarga de arreglarle. Por lo demás, me fastidia ya esa profesión. Las brumas y los miasmas del estudio de ese sórdido procurador, trastornan mi cerebro, ahogan mis ideas, me embrutocen.

— Pero es preciso que penséis en formaros una posición.

— No hablemos de esto, prima; sólo por complaceros entré en la casa de maese Desormaux; pero moriría de consunción y de rabia, si permaneciera más allí. Allí me falta aire. Necesito el espacio para volar, necesito los bosques, es necesario á mi existencia el murmullo de los ríos, el canto de la alondra, ó si no el mujido salvaje de las olas del mar, ese gigante que parece querer absorber la tierra y que infunde pavor á las almas pusilánimes, más que alhaga y satisface á los corazones bien templados!

Vuestro esposo me hace dejar el estudio y me lanza á las carreteras, tanto mejor, por Dios. Tal vez iré á

sufrir; pero mis padecimientos sólo consistirán en estar lejos de vos, que sois mi vida; pero por lo demás, Dios proveerá. El poeta es como el pájaro, cuando no canta muere.

En este momento, el príncipe de Conti y Barada entraron en el salón. Vije se retiró á un ángulo, siguiendo su costumbre, y se admiró de ver en el rostro del abogado signos evidentes de una profunda preocupación, cuando el príncipe se dirigió á él.

—Avanzad, joven; le dijo con afabiliad, tengo que hablaros.

—¿A mí, monseñor?

—Perdón, dijo Barada interrumpiendo, pero vuestra alteza me permitirá antes dos palabras acerca del asunto de que acabamos de hablar.

—Decid.

—Luis preguntó el abogado, ¿conocéis en el barrio de San Honorato una taberna llamada de los «Audriettes?»

—Creo que sí, primo... esperad... A esa de cien pasos del convento de la Asunción se levanta un muro estrecho, horadado por una puerta que está abierta constantemente por el día; ese muro está separado de la vía pública por un jardín sembrado y plantado por macizos árboles bastante espesos, para formar dos ó tres pabellones que dan abrigo á una mesa y unos bancos. Después de este jardín sigue una casa de miserable apariencia que tiene casi la extensión de la cerca. Allí es.

—¿Estáis seguro, Luis?

—¡Oh! la conozco bien, id con seguridad. Pero este sitio tiene mala fama. Durante el día tiene en efecto «Lea Mauviettes» en memoria de la comunidad de

religiosas fundada en el monasterio de la Asunción, pero una vez llegada la noche ya es otra cosa.

—¿Habrá escapado á la vigilancia de la policía? preguntó el príncipe.

—Del todo, monseñor, sirve de lugar de cita á los jugadores de profesión, á los soldados licenciados que pasan allí toda la noche. Aquello es un verdadero garito.

—La policía no se cuida, monseñor, de esas clases interesantes de la sociedad, replicó Barada sonriendo.

—¿Entonces suponéis que los concurrentes habituales de ese garito tendrían excelentes razones para sustraer á un examen profundo de parte de los espías del teniente criminal?

—Es probable, ¿qué pensáis de esto, Vije?

—Opino lo mismo; porque me ha dejado decir que el tabernero consiente voluntariamente en cerrar y en abrir directamente ya la puerta que da al arrabal de San Honorato como la que comurica con las bodegas de la casa inmediata.

—Ese tabernero se llama Ricons, ¿no es eso?

—Sí, monseñor, Ricons.

—¿Y se juega toda la noche?

—Toda la noche, principalmente la «baseta».

—Está bien. Me ha dicho vuestro primo que partiréis hoy mismo para Burdeos.

—Hoy mismo, respondió Luis suspirando.

—Barada os entregará una carta de introducción cerca de maese Durotele, sindaco de los matanceros de la ciudad...

—La conozco, monseñor; vive, si no me engaño, en la calle de Saint James.

—Puede ser, y si lo conocéis, ahorrárcos la carta

que podría seros más nociva que útil suponiendo que fueráis sorprendido por las tropas de Su Majestad.

— Bien pensado, ¿pero entonces qué irá á hacer á Burdeos, monseñor?

— Os presentareis á Duretete, y le diréis que vais de mi parte, y os dará vuestra tarea.

— Entonces, es decir, monseñor, que voy á convertirme en un tablero? Es poco halagador, por cierto, este oficio, para un mozo como yo que tiene su tintura de letras, que sabe á Virgilio, Horacio y Juvenal punto por punto. Vuestra Alteza convendrá en ello.

— Monseñor, dijo Gabriela interviniendo, M. Vijé es poeta y no debe ser más que poeta.

— Eh! si no me dejais acabar no nos entenderemos. Duretete le dará una tarea en conformidad con su aptitud. Amigo mío, al estar delante de ese buen hombre, y sobre todo, cuando estéis solo con él, pronunciareis las palabras siguientes: "Hay en Paludate un buque en peligro." Aprended bien esta frase que es una contraseña indispensable y sin la cual hariais un mal negocio.

— Eso no es difícil para un bordelés, respondió Vijé. Hay en Paludate un buque en peligro.

— Muy bien, replicó el Príncipe, y si Duretete es pregunta sobre el estado de los ánimos en Paris le dirais lo que sepais.

— Haré observar á Vuestra Alteza que en eso estoy poco insuido.

— Diréis que Mazarino sigue en Bonillon y que el pueblo y los vecinos fraternizan todos los más.

— Sin embargo dijo Vijé sonriendo.

— Hablad, dijo el príncipe con inquietud al ver que se detenía el poeta.

— Me atreveré á declarar á Vuestra Alteza lo que pienso en ese particular.

— Por qué no? Hacedlo.

— Es que podía ser que el pueblo y el vecindario de Paris no estuviesen muy satisfechos con la ausencia de la corte. Sé muy bien que Vuestra Alteza se ha referido al cardenal al hablar de la fraternidad y el regocijo, pero la corte y él no es una misma cosa. Yo no digo esto no más que por decirlo, monseñor, hablo con fundamento, porque precisamente antes de ayer domingo, estando en un lugar público muy frecuentado, al expresarse de un modo que habría dejado muy satisfecho al cardenal á haberse encontrado allí.

M. de Conti se volvió bruscamente hacia Barada frunciendo las cejas.

— Entonces se nos engaña! exclamó.

— No, monseñor, respondió el abogado; pero ya he tenido el honor de decir ayer á Vuestra Alteza que el cardenal reparte algunas sumas entre el populacho. La cosa es bastante sencilla teniendo las riquezas del cardenal.

— No importa; es preciso que cesen esos rumores y multiplicar los agentes por todas partes. . . . Pero espere-
remos á que esta noche. . . . Vos, joven, partid con valor y no olvideis que vuestra conducta os proporcionará aquí protectores. Preguntad á Barada si acostumbramos olvidar á nuestros amigos y á los que nos sirven.

— Vamos, mi pobre Luis, dijo Gabriela, ya estais embarcado en la política.

— Se hará lo que se pueda, prima, siempre de modo que quede satisfecho monseñor.

— Príncipe, añadió Gabriela volviéndose hacia M.

de Coti, me respondeis siquiera de la vida de mi poeta?

—¡Ah! querida señora, ¿qué soy un antropófago como mi hermano?

—Es que la diplomacia hace frecuentemente más víctimas que una batalla.

—Un instante, replicó Vijé; debo prevenir á Vuestra Alteza una cosa importante: esta consiste en que no tengo absolutamente ninguna opinión política y que no me haré matar por ninguna causa. No traicionaré, eso sí, pero abandonaré á todos á la primera palabra que me parezca obscura, al primer movimiento que no me parezca deber conciliarse con los escrúpulos de la conciencia que yo me he trazado en lo que llamo mi razón. He aquí mi «ultimatum.»

—¡Pues bien, joven, respondió el príncipe, con todo eso, os quiero; vuestra franqueza me agrada por Dios!

—¡Tanto mejor, grandísimo príncipe! M. de Conti frunció las cejas porque sabía muy bien que era pequeño y jorobado; pero felizmente madama Barada exclamó:

—Señor Triboulet, entrego á Vuestra malignidad y vuestra sátira á todos los mortales incluso mi marido, pero monseñor es de mis amigos, no lo olvidéis.

Gabriela supo endulzar con una mirada y una sonrisa el mal efecto de la sátira cruel de Vijé, quien levantó la espalda como un gato cuando se irrita, imitando así la joroba de su Alteza. En seguida; se fué á su rincón gruñendo.

—A fe mía, replicó el príncipe alegremente, me gustan los locos, y mucho más cuando se les emplea como mensajeros ó confidentes.

—Esto al menos no os traicionaré nunca, os lo ha

dicho, príncipe, y sé muy bien lo que vale la palabra de mi hermano.

En el momento en que el príncipe iba á retirarse, un ayuda de cámara anuncia á la señorita de Chvreuse.

La hija de la antigua confidenta de Ana de Austria, era, según decían, de las mejores amigas del señor coadjutor, y como tal, enemiga encarnizada de Mazariño. Los príncipes contaban bastante con su influencia para saber los secretos de M. de Conti, así es que fué bien recibida en aquel salón que mejor parecía una caverna de hidras, un foco de odios, siempre ardientes en contra del ministerio desterrado.

M. de Conti la condujo, después de los saludos amistosos de costumbre con los demás asistentes, á un extremo del salón, y le habló en voz baja.

—Va á venir hoy á París, si no ha llegado, le dijo con animación.

—¿Estáis seguro, monseñor?

—Se le ha visto en Pontoise, la noche última, en el baile de San Luis.

—Conozco esa historia, pero se os ha engañado monseñor, El que tomaron por el cardenal no era otro que un oficial que lo remedaba admirablemente.

—Primero, sí; pero mis informes son exactos. El cambió de traje con ese oficial, y según todas las probabilidades la farsa estaba arreglada de antemano.

—¿Habéis hecho vigilar al oficial?

—Es muy sagaz para que se le pueda sorprender, pero es necesario estar sobre el coadjutor; entiendo que allí está el foco.

—Eso mismo pienso; pero es preciso convenir en una cosa, en que nuestros policías nos engañan á menudo, y se hacen pagar á manos llenas.

—Sin embargo, nada prueba que él esté en París. Sería necesario verlo para creerlo.

—¿Lo podríais vos, Carlota?

—Lo procuraré, querido príncipe.

—Hacedlo, y en caso de ser verdad, dirigidme un aviso oportuno.

—Os lo prometo.

—Querida Carlota, podréis salvarnos; pensadlo! Si Mazarino y Gondi llegan á entenderse, estamos perdidos.

—Tranquilizaos, monseñor.

—Comprendedlo bien: que el coadjutor sea amigo de la reina, mejor está en nuestro interés; pero es necesario que Mazarino permanezca en Bouillon ó se le haga desaparecer. Con él nunca seremos más que los satélites del trono, y sería muy doloroso perder la partida. No siempre se presenta la ocasión de atrapar una regencia. El fuego está cerca de la pólvora, Carlota.

—No lo sofocaré, estad seguro.

—¡Ah, si mi hermano hubiera querido!

—¿Qué?

—¿Seríais princesa de Conti!

—Vuestro hermano hizo bien oponerse á un matrimonio entre nosotros, príncipe! Nunca habría podido sufrir un marido que es el primer servidor de su hermano.

—¡Al menos espero que os casaréis con M. de Candale! dijo M. de Conti ruborizándose extremadamente.

—Buena. La historia de siempre.

—Así se dice.

—¡Vaya! si el cardenal quiere casarlo con una de sus sobrinas. Esto será más natural.

—Entonces que se apresure, porque mañana ya no será tiempo.

—¿Pues qué hay de nuevo?

—Quien viva lo verá. Aseguraos siempre de si se encuentra en París. Esforzaos por vuestro lado para descubrirlo, que yo no dejaré de hacerlo por el mío, segura de que otros nos auxilian en nuestra empresa. Deberá ser el diablo si llega á escapársenos.

—En verdad, monseñor, que hicisteis mal dejando la toga, porque sois más atrevido que el coadjutor que pasa por muy fuerte en la política.

—Sin duda M. de Gondi es más diplomático que yo; Tiene sobre todo el don de persuadirnos.

El príncipe llevó á la señorita de Chevreuse cerca de su amiga, la señora de Barada, y las dejó haciéndose mil requiebros; después se despidió y abandonó el salón, acompañado de Barada, que parecía estar aborrito.

Al llegar á la medianía de la escalera, M. de Conti se detuvo y se volvió á su acompañante.

—¿Qué tenéis, amigo mío? le preguntó al abogado que se había detenido primero.

—Nada, príncipe mío, nada, es que busco....

—¿Qué buscáis? vaya una simpleza, si no estuviéramos precisados por las circunstancias que se nos presentan, encontraría inmediatamente diez ó veinte personas de buena voluntad que no dudaran ni un sólo instante del éxito de la empresa.

—No es que yo dude; pero mañana al medio día debe ver al señor Artagnan, y...

—Procurad entonces encontrarlo hoy mismo. Sin embargo, recordad la hora, cerca de las once de la noche, hora en que el Cours-la-Reine está mal alumbrado, por no decir enteramente obscuro.

—¡Oh! es que seremos quince cuando menos.

—Os haré prevenir por alguno si hemos sido engaña-

dos ó si hay contraorden, cosa poco probable. Decidíos Barada, y nuestro empleo de consejero será el primer escalón de nuestra fortuna. No olvidéis que Vitry fué hecho mariscal de Francia, y que Mazarino nos ha ocasionado mayor mal que el que Concini hizo á M. de Luynes. Tened presente, sobre todo, que Burdeos no está tan lejos y que sus habitantes no nos olvidarán.

Estas palabras hicieron recobrar á las facciones del abogado la energía y la resolución que formaban su principal carácter. Acompañó á M. de Conti hasta su carroza y le dijo despidiéndose:

—Hasta la noche, príncipe. Os veré luego que todo esté hecho.

Peró M. de Conti no dió la orden de marcha al cochero, sino que llamó á Barada.

—Véamos, dijo, tenéis seguridad de que diciendo á Duretête esas palabras del «Paladute,» las traducirá como decis por «es preciso intentar una expedición sobre Blaye? . . . »

—Segurísimo, monseñor.

—Entiendo que sería conveniente procurarse una entrevista con el duque de San Simón.

—El duque de San Simón lo rehusará todo.

—En efecto, es un soldado bastante rudo.

—Si adoptamos ese partido tendría que verle yo mismo.

—Esto es sólo una idea, Barada.

—Mi abuelo es conde de Medrano y alcalde de corte en Madrid. Puedo presentarme de parte del rey de España.

—Ya hablaremos eso, pero siempre marchará ese muchacho como tenemos arreglado, quedando vos en disposición de tomar la posta en caso necesario.

—Sea, monseñor, respondió el abogado.

—Barada, cuando seais consejero de Paris, me encargo de reconciliaros con vuestro abuelo, quien entonces no rehusará daros su nombre.

—En eso será justo, monseñor.

El príncipe despidió á Barada y dijo:

—¡Adelante!

La carroza rodó en el patio y bien pronto desapareció por la plaza real.

—Si salgo bien de esto, se dijo Barada siguiéndolo con los ojos, me quedo en Paris. . . . y ya sabré exigirles eso y. . . . lo demás.

—¿Qué será lo que traman esas dos figuras sombrías? se preguntó Vijó después de haber visto subir al príncipe en la carroza; cuánto siento no poder quedarme en Paris donde me divertiría muchísimo espíandolos. Esto entretendría mucho á Gabriela.

El abogado subió de nuevo; tomó su capa y su sombrero y salió diciéndose:

—Vamos, se trata ahora de encontrar al señor de Artagnan. Difícil tarea! . . .

VII.

La taberna de «Les Haudriettes» no era conocida solamente por Luis Vijó. A pesar del conjunto generalmente malo de sus parroquianos, era algunas veces frecuentada por gentiles hombres de buen humor ó por vecinos ávidos de emociones.

La noche misma de la visita de M. Besmaux, Artagnan se propuso buscar fortuna en aquel garito. Esto no era por preferencia ó la predilección á aquel lugar sobre cualquiera otro, sino porque más de una vez volviendo de San Germán ó de Ruel se había detenido allí

dos ó si hay contraorden, cosa poco probable. Decidíos Barada, y nuestro empleo de consejero será el primer escalón de nuestra fortuna. No olvidéis que Vitry fué hecho mariscal de Francia, y que Mazarino nos ha ocasionado mayor mal que el que Concini hizo á M. de Luynes. Tened presente, sobre todo, que Burdeos no está tan lejos y que sus habitantes no nos olvidarán.

Estas palabras hicieron recobrar á las facciones del abogado la energía y la resolución que formaban su principal carácter. Acompañó á M. de Conti hasta su carroza y le dijo despidiéndose:

—Hasta la noche, príncipe. Os veré luego que todo esté hecho.

Peró M. de Conti no dió la orden de marcha al cochero, sino que llamó á Barada.

—Véamos, dijo, tenéis seguridad de que diciendo á Duretête esas palabras del «Paladute,» las traducirá como decis por «es preciso intentar una expedición sobre Blaye? . . . »

—Segurísimo, monseñor.

—Entiendo que sería conveniente procurarse una entrevista con el duque de San Simón.

—El duque de San Simón lo rehusará todo.

—En efecto, es un soldado bastante rudo.

—Si adoptamos ese partido tendría que verle yo mismo.

—Esto es sólo una idea, Barada.

—Mi abuelo es conde de Medrano y alcalde de corte en Madrid. Puedo presentarme de parte del rey de España.

—Ya hablaremos eso, pero siempre marchará ese muchacho como tenemos arreglado, quedando vos en disposición de tomar la posta en caso necesario.

—Sea, monseñor, respondió el abogado.

—Barada, cuando seais consejero de Paris, me encargo de reconciliaros con vuestro abuelo, quien entonces no rehusará daros su nombre.

—En eso será justo, monseñor.

El príncipe despidió á Barada y dijo:

—¡Adelante!

La carroza rodó en el patio y bien pronto desapareció por la plaza real.

—Si salgo bien de esto, se dijo Barada siguiéndolo con los ojos, me quedo en Paris. . . . y ya sabré exigirles eso y. . . . lo demás.

—¿Qué será lo que traman esas dos figuras sombrías? se preguntó Vije después de haber visto subir al príncipe en la carroza; cuánto siento no poder quedarme en Paris donde me divertiría muchísimo espíandolos. Esto entretendría mucho á Gabriela.

El abogado subió de nuevo; tomó su capa y su sombrero y salió diciéndose:

—Vamos, se trata ahora de encontrar al señor de Artagnan. Difícil tarea! . . .

VII.

La taberna de «Les Haudriettes» no era conocida solamente por Luis Vije. A pesar del conjunto generalmente malo de sus parroquianos, era algunas veces frecuentada por gentiles hombres de buen humor ó por vecinos ávidos de emociones.

La noche misma de la visita de M. Besmaux, Artagnan se propuso buscar fortuna en aquel garito. Esto no era por preferencia ó la predilección á aquel lugar sobre cualquiera otro, sino porque más de una vez volviendo de San Germán ó de Ruel se había detenido allí

donde le servían en el estío excelentes naranjates para refrescar, cuya bebida constituía el orgullo de maese Ricous, que había nacido en los alrededores de Niza.

Acostumbrado bien pronto á su presencia, el tabernero se arriesgó hasta comunicarle las reuniones que había en su casa por la noche y las gruesas sumas que se jugaban.

Si bien Artagnan, casi despojado con el pago que había hecho en la mañana, se encontraba sin fondos, recordó los ofrecimientos que otras veces le hiciera el estimable tabernero de «Les Handriettes.»

Pasó, pues, con cierta confianza la puerta de San Honorato, después de sufrir una inspección rigurosa de parte del jefe del puesto; pero su rostro le era conocido. No eran entonces españoles los que guardaban aquella puerta.

Tropezando aquí y allá por lo malo del piso y lo obscuro de las calles, llegó por fin á lo alto del arrabal.

Conociendo de antemano la puerta de la taberna llegó á ella sin trabajo y torció el picaporte que tenía, avanzando resueltamente por el jardín sin cuidarse de los cuchicheos que se oían entre los árboles.

Maese Ricous vino á él con inquietud; pero se tranquilizó bien pronto al reconocerlo. Le hizo la acogida más cordial y placentera y le introdujo desde luego á la sala principal, cuya mitad estaba llena por un grupo bastante numeroso de individuos que rodeaban una mesa. Sobre ésta se veían apuestas más ó menos considerables y todos los ojos se fijaban ardientemente en una especie de aldeano, banquero ordinario de aquel faraón, el cual á pesar de lo tosco de sus dedos manejaba las cartas con una destreza poco común.

Las fisonomías de los jugadores eran diversas: había allí jóvenes de menos de veinte años, pasantes ó estu-

diantes, hijos de familias oscuras, dos ó tres cabezas blancas imposibles de clasificar, algunos rostros de soldados aventureros, especie de espadachines de profesión, un abate con cuello como se encontraban en aquel tiempo y media docena de criaturas de caballos enmarañados, hermosas y bien parecidas, como decía Rabelais.

Aquel grupo estaba mal alumbrado por un mechero de tres luces suspendido en el fondo; pero si bien la luz era rara para los jugadores, producía sobre sus rostros ciertos tonos y reflejos que un pintor habría copiado con gusto.

Artagnan no estaba iniciado en las seducciones ofrecidas por un cuadro de pintura animado como el que tenta ante los ojos, y por lo mismo no pudo apreciar el valor artístico de aquel. Sólo encontró por lo mismo que aquella reunión no era de lo mejor escogida, y sintió al ver sobre la mesa una docena de luises cuando más, haber entrado á aquel miserable garito.

Buscó con los ojos al tabernero para explicarle su tristeza; pero había desaparecido contando sin duda con el disgusto del oficial. Artagnan se acercó á la vidriera y aperebió en la sombra del jardín una gran figura negra cuyos ojos de fuego estaban fijos en él.

Avanzó algunos pasos, curioso por aquella circunstancia que podía ser indiferente, pero la sombra desapareció en la obscuridad.

Sin embargo, como ya era tarde y no quería perder del todo la noche, se acercó al grupo de los jugadores. Una de aquellas hermosas muchachas, la de mejor aspecto, se levantó de la silla que ocupaba y pocos instantes después volvió cerca de la mesa, trayendo al recién llegado una charola con una botella de vino y

dos vasos. Después tomó asiento cerca de él sin la menor ceremonia.

Artagnan no era hombre que se sorprendiera por semejante familiaridad y se decidió á rosarse con aquella canalla, cuando sintió que le tocaban el hombro. Volvió los ojos y se encontró con el tabernero que le dijo al oído:

— Señor, hay una persona en el jardín que desea decir dos palabras en el momento.

— ¿A mí? preguntó Artagnan sorprendido de encontrarse conocidos en aquel lugar infecto.

— Sí, señor, á vos, y esa persona se anticipa á pedir os perdón por mi conducto para disculpar su exigencia.

— ¿Y esa persona es hombre ó mujer?

— Hombre, señor.

— Entonces, que venga á hablarme aquí, dijo Artagnan.

— Le he hecho esa proposición, replicó el tabernero; pero pretende que no sentiréis guardar esas precauciones.

— Es que he venido aquí para aventurar algunas pistolas, querido amigo; y no os ocultaré que me sería desagradable perder inútilmente los instantes que pudiera pasar en tan amable compañía. . . . ¡Ah! tal vez será una sombra negra que he visto hace poco por el jardín, y cuyos ojos penetraban hasta mí por los cristales de esa ventana.

— Así lo creo, respondió Ricous.

Artagnan pensó que acaso sería Besmaux, porque no recordaba que ningún otro de sus amigos tuviera necesidad de tan minuciosas precauciones.

— Vamos, dijo, conducidme!

Y siguió á su guía hacia uno de los bosques de que

hemos hablado y en cuya sombra se distinguía difícilmente el bulto de aquella extraña visita.

Cuando Ricous se alejó, el desconocido tomó la palabra.

— Señor, dijo, soy la persona que os dignastéis recibir en vuestra casa esta mañana y á quien habéis honrado dispensándole tanta atención.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el caballero.

— La casualidad nos condujo á esta casa. . .

— Perdonen, señor, replicó Artagnan interrumpiéndole; pero si no me engaño, estaba convenido entre nosotros que sería mañana cuando nos volviéramos á ver.

— En efecto, y me proponía ser exacto: pero después que tuve el honor de hablaros, han ocurrido cosas que me pusieron en la necesidad de buscaros antes.

— ¿Deveras?

— Volví á vuestra casa, pero el criado me informó que habíais salido.

— Es verdad, dijo Artagnan, que recordaba muy bien haberse negado.

— Inútilmente busqué por todo París, y bendigo á la casualidad que os inspiró la idea de venir á pasar aquí la noche.

— A fe mía, señor, que no diré otro tanto, porque he encontrado una clientela detestable.

— Dudo que tengais satisfacción de jugar aquí, c a ballero.

— ¡Pardiez! amigo mío. He reflexionado muchísimo acerca de las singulares proposiciones que me hicistéis esta mañana y os confieso que no puedo comprender el interés que pueda tener el príncipe en servirse de mí. No faltan en París gentes dispuestas á intentar el gol-

pe de mano de que no hablastéis, sin que para ello exigieran recompensa ninguna. Yo mismo creo que los principes están habituados á tener á su alrededor personas adictas, y preciso es confesar que al dirigirse á mí, pobre oficial de las guardias, tienen otra mira.

— Señor, estoy encargado de proponer, pero no discutir.

— Tanto peor, porque soy un compañero difícil de satisfacer acerca de ciertos puntos, y nada hay para mí tan penoso como tratar con una máquina. Esta cualidad preciosa me ha hecho preferir siempre el desempeño de los negocios que conozco á fondo.

— Pero en fin, señor, os dignareis escucharme? dijo el desconocido que comenzaba á impacientarse.

— Os escucho á todo vuestro placer.

— Recordais de qué se trata y no olvidais la recompensa prometida? Pues entonces debo deciros que los que me enviaron á vos tienen graves razones para fijarse en que vos ayudais á sus proyectos desde luego, entendedeis?

— Ah! con que entonces me habeis seguido ó hecho seguir para ponerme al alcance de vuestra mano? preguntó Artagnan siempre fiel á su constante costumbre de espiar el juego de su contrario.

El lector, que sin duda habrá adivinado ya en el desconocido al abogado Barada, podrá fácilmente comprenderlo á menudo que ese personaje fruncía sus espesas cejas negras por la impaciencia que le daban aquellas interrupciones.

— Eso importa poco, respondió, para el negocio que nos ocupa.

— ¡Ah! acabais de decir «nos!» no lo olvideis. Esto carece de exactitud, puesto que no tengo el honor de perteneceros.

— Mejor es que digais de una vez que rehusais, señor oficial.

— Vaya si toneis prisa, amiguito, replicó Artagnan.

— No, pero no me gustan las palabras inútiles.

— Tanto peor, porque la palabra es una de los más preciosos dones que nos concedió el Sér Supremo.

— Por fin, admitís; ¿sí ó no?

— Mucho siento, señor, no poder imitar vuestro laconismo, pero yo no tengo más que una sola manera de ver, y me atengo á lo que se ha convenido entre nosotros. Lo siento por vos: pero no hay otro remedio. Mañana á medio día estaré en mi casa.

— Será, respondió Barada; hasta mañana.

— Ahora me permitireis volver á aquella mesa de donde me arrancásteis; en la que sin contar con una preciosa rubia de ojos azules que tengo á mi lado, me espera un frasco de alicante cuya vista sola alegra el alma.

El abogado no contestó, y Artagnan se alejó aventurándose en la oscuridad.

— ¡Nada! murmuró entonces Barada; está ébrio.

Y se dirigió hácia un ángulo del jardín, donde estaban dos hombres inmóviles envueltos en anchas capas cuyo color se confundía con el de la cerca.

— Estás ahí, ¿Las Floridas? preguntó.

— Sí, señor, con Sin Par, como veis.

— Ve pronto á apostarte donde te he dicho, y cuando nos veas venir silbarás y quemarás un fulminante para anunciarnos que debemos avanzar.— Vete.

— Voy, señor; pero no olvideis que es absolutamente preciso que me encuentre en Burdeos antes de seis días.

— Partirás esta misma noche con una buena noticia según espero.

—Bien, señor, contestó el desconocido y desapareció en la sombra del jardín.

Cuando se hubo marchado, Barada se dirigió al segundo personaje:

—Tenemos aquí un testigo que nos molesta. . . . le dijo.

Lo que siguió á estas palabras, fué pronunciado en voz tan baja que á duras penas podía escucharlo su compañero. . . .

—¡Diablo! se dijo Artagnan entrando en la sala, ¿quién es ese endemoniado, y qué ha venido á hacer aquí? . . .

Y añadió siempre mentalmente después de ocupar la silla que había dejado y que le guardaron con respeto aquellos perdidos:

—Que me arregle ó no con ese hombre, de todas maneras me parece haberme conquistado un enemigo.

Y terminó el curso de sus reflexiones apurando un vaso de vino de alicante.

—Pero ¿por qué tendrá una figura tan desagradable?

El juego continuó á pesar de las idas y venidas de cada uno, pasando y repasando las apuestas de uno á otro con la monotonía peculiar de los juegos de cartas. Artagnan comenzó ganando un Luis. La suma no era fuerte, pero con todo atrajo la atención de la concurrencia, lo que no pareció del gusto de la joven rubia que estaba contemplando embobada las delicadas facciones, los bigotes largos y el espadón del teniente.

Debemos hacer constar en este relato, que luego que Artagnan tuvo delante tres luises, creyó de su deber hacer un acto de galantería colocando uno sobre el tapete en el nombre de su vecina.

Poco tiempo después de esto, vino á sentarse un hom-

bre de mala traza frente por frente de Artagnan, y dirigiéndose á la hermosa rubia acariciándose el bigote áspero y grasiento que cubría su labio superior, en tanto que el banquero pagaba las apuestas, dijo:

—Anita, vida mía, según entiendo no ignorabas que vendría esta noche?

La joven que en ese momento comenzaba á tener alguna ganancia no pensaba más que en el juego, y convenida de que el Luis de su vecino debía traerle la dicha, no habría pretendido otra influencia ni por la promesa de un trono.

—¡Anita! repitió el soldado hiriendo la mesa con el puño.

—Señor, exclamó entonces Artagnan con una mansedumbre completa, mirad que haceis perder el equilibrio de mis apuestas, sin contar con que asustais á esta señorita.

—Estoy irritado y no hablo con vos.

—Bien lo sé; pero como vuestro puñetazo ha hecho perder mis escudos su alineamiento simétrico, os suplico no lo repitais.

Y Artagnan puso dos luises sobre la mesa. El banquero volvió la carta y ganó.

—¡Anita! repitió aún el soldado aprovechándose de la dotación: ¡venid aquí!

La niña se acercó más al caballero y parecía implorar su protección. Artagnan adelantó otros dos luises y miró á su vecino que no dejaba de grañir entre dientes.

—¿Queréis acaso oponeros á que esa señorita obedezca, mi buen señor? preguntó con insolencia el de los bigotes espesos.

—¡Eh! Repetid vuestras palabras, os lo ruego, dijo Artagnan.

—He dicho que...

—¡Silencio! ordenó el banquero tomando las cartas.

Artagnan perdió, y miró á su interlocutor frunciendo las cejas. Sin embargo, como no quería trabar una pendencia por una joven como aquella que tenía á su lado, se puso tranquilamente á arreglar sus luises.

El soldadón no quería ser el último, y por lo mismo reiteró su amenaza.

—Anita, os prohibo tocar ese vino, exclamó.

La pobre niña que en ese momento iba á llevar á los labios por la primera vez el vaso que tenía tan cerca, más que por otra cosa por reponerse del susto que le causara el acento de aquel hombre atrevido, lo dejó sobre la charela, no sin estremecerse.

—Sabéis, señor, dijo Artagnan, que comienzan á zumbarme los oídos?

—¿De veras, mi gallardo militar?

—No conozco á la señorita, pero os prevengo, por si lo ignoráis, que nunca he podido sufrir que en mi presencia se moleste á una mujer, sea quien fuere.

—¿Y si yo tengo gusto en ello?

—Silencio, repitió el banquero.

—Silencio, repitieron todos los jugadores, lanzando miradas furibundas á Artagnan.

El juego continuó, y el teniente entregado á él del todo, no pudo advertir las señas misteriosas que se cambiaron entre su agresor y las gentes que rodeaban la mesa y tomaban parte en el juego.

—Decididamente, señor, dijo Artagnan, me habéis traído la desgracia desde que os sentasteis frente á mi, estoy perdiendo.

Una estrepitosa carcajada fué la respuesta que obtuvieron sus palabras,

La hermosa rubia consideró sin duda que las cosas iban á ponerse serias, porque desapareció de la sala.

La paciencia de Artagnan se apuraba bien pronto de ordinario, pero como esta vez se había propuesto encañallarse, tenía que aceptar la situación.

Se contentó, pues, con morderse los bigotes y adelantó una nueva parada.

El banquero, que no había interrumpido su operación por lo ocurrido, echó una mirada ambiciosa á la parada del caballero juzgando que sería lo último que poseía el caballero. Efectivamente, allí iba el resto de lo que había llevado el teniente, seis luises de oro.

Pero aún no estaban bien barjadas las otras cuando el contrincante del oficial soltó un juramento estrepitoso; y dijo con grosería:

—Ha hecho bien Anita en obedecerme.

—En efecto, respondió Artagnan, ha dejado lleno el vaso, y si gustáis.....

—Nunca bebo un vaso de vino servido por una mano mazarina....

—Tanto peor para vos, puesto que el cardenal es un buen conocedor, mi hermoso caballero.

El faraón reclamó la atención de todos: un «chat» enérgico circuló por todas partes.

—Habéis perdido de nuevo, señor mazarinista, dijo el hombre mal encarado, soltando una carcajada en la nariz de su vecino.

—¡Ah! ¿es que dais á ese nombre una intención injuriosa? preguntó Artagnan llevando á sus labios el vaso que acababa de llenar y calándose al mismo tiempo el sombrero.

—¡Pardiez!

—¿Quién os ha dicho que yo sea del partido del cardenal?

— Eso se conoce bien.

— ¿En qué lo conocéis, querido amigo?

— En vuestro supremo desdén á las injurias.

— ¿Entonces, habéis tenido la intención de zaherirme?

Esto no es prudente, porque si me conociérais debierais saber que no acostumbro tolerar esas faltas.

— Hace media hora que estoy aquí.

— Pero tengo una manera muy original de lavarlas.

— ¡Ah! ¿Y cuál es?

— ¡Hela aquí!

Y uniendo la acción á la palabra, Artagnan lanzó al rostro del soldado lo que quedaba en el vaso que llevó á sus labios.

Aquello fué un tumulto espantoso.

El ofendido saltó por sobre la mesa, y sostenido por diez individuos de su temple, que como él tenían la espada en la mano, se puso en guardia frente de su enemigo.

Artagnan desenvainó, conformándose con retirar las espadas que se dirigían hacia su pecho.

— Dejadme, Bertant, gritaba el bandido, rechazando al más encarnizado.

— Cada uno á su vez, señores, exclamó Artagnan con voz de trueno. Dejadme primero platicar con vuestro jefe, ó me haréis creer que sois una banda de asesinos.

— Tiene razón, gritaban los vecinos, porque es preciso remarcar que los personajes de aspecto medio militar y medio bandido, eran los únicos que tomaban parte en el combate.

La mesa del juego había sido abandonada y cada

uno completaba el círculo formado para completar el duelo que necesariamente debía efectuarse.

El tabernero levantaba mucho los brazos y daba gritos desaforados para oponerse á aquella lucha que podía, ensangrentando el suelo de su casa, comprometer su seguridad personal y los intereses de su honroso comercio.

— Un instante, repuso Artagnan; es necesario proceder en toda regla, y sobre todo tratar lealmente si es posible. Os prevengo, señores, que estoy dispuesto á dispensar á cada uno de vosotros el honor de tocar mi espada; pero uno después de otro. Habéis estado listo á caer sobre mí tan luego como este hombre sacó á relucir su acero, y eso basta para conocer que obedecéis todos á un mismo impulso, á un mismo pensamiento.

A todos dejaré satisfechos; pero primero dadme el placer de guardar en las vainas las espadas, al menos que alguno de la amable compañía no desdeñe servirme de segundo.

Nadie respondió y los compañeros del provocador dejaron escapar gruñidos incomprensibles, cambiándose entre sí miradas de inteligencia. Esto hizo suponer al caballero que iba á sostener una lucha formidable.

En efecto, desde que los dos adversarios cruzaron el acero, Artagnan reconoció una hoja fina.

— Tirais bien, amigo mio, dijo con acento conecador.

— Así, así, respondió el otro. El difunto M. de Bouteville tomó mis lecciones y no era tan malo.

— Escuela antigua, querido, replicó Artagnan, hace veinticinco años que M. de Bouteville pagó con su cabeza los abusos que cometió con su deber.

Durante este tiempo hubo entre los dos un recono-

cimiento de espadas que los servía para medir sus fuerzas respectivamente.

Bien pronto Artagnan dió dos pasos rápidos acometiendo al bandido; pero éste le paró el golpe retrocediendo.

Artagnan contaba sin duda con esto, porque dió un brinco hacia la derecha y obligó así á su enemigo, atacándolo de lado, á cambiar de lugar. De esta manera lo tenía á plena luz.

Aquel se echó á fondo sobre Artagnan, pero su espada fué levantada por una parada en prima al abrigo de la cual pudo dar un quite hacia la derecha. El bandido repitió vigorosamente y dió un aullido de rabia al comprender que el oficial se contentaba tan sólo con parar sus golpes.

—Diablo, ya me empalaga vuestra táctica, dijo ensayando un golpe de tajo, que gracias á la agilidad de Artagnan no pudo alcanzarlo y silbó en el aire como la bala de un mosquete.

Todos comprendieron desde luego que el caballero quería evitar el derramamiento de sangre; pero la partida estaba muy comprometida para no satisfacer á los más exigentes. A la indiferencia casi general que sentían hacia él los compañeros del espadachin, sucedió una especie de admiración por aquel valiente maestro que daba un número tan grande de puntos á su camarada, tan hábil en el juego terrible de la esgrima que le hizo adquirir el sobrenombre de «Sin Par.»

Este hombre sudaba y muña como un buey en aquella ruda tarea, pero gracias á las simpatías de los que le rodeaban, y á las esperanzas que alimentaba de salir victorioso de aquella lucha, pudo recobrar su habitual sangre fría.

Entonces el combate se hizo verdadero, y Artagnan

le tomó gusto: el artista reemplazó al hombre. Cada uno aplaudió los pasos brillantes, los ataques imprevistos, como si se encontraran en una academia. Pero es probable que no todos los asistentes tenían tanta atención en aquel duelo, como un hombre que no se veía y cuya voz se hizo oír, saliendo de uno de los rincones de la sala.

—¡Sin Par tú amainas!... dijo.

Estas palabras, que según todos eran un estímulo dado á la ciencia y que debían producir la calea en que las recibía, arrancaron por el contrario una especie de rugido de sin Par, y se precipitó con encarnizamiento sobre su adversario.

Por su parte, Artagnan fué herido por el sonido de aquella voz y ya no tuvo duda de la naturaleza de la agresión de que era objeto. Bien claro; que no pudiendo servirse de él su misteriosa vista de la mañana, resolvió hacerlo desaparecer.

Recibió, pues, con calma el choque impetuoso de la espada de su contrario y desde ese momento hizo saltar chispas brillantes de las dos hojas. Advirtió que su enemigo se servía frecuentemente de contras y se echaba á fondo por la parte de arriba: esta maniobra era en efecto, según la tradición, el golpe favorito de Bouteville, y que se complicaba tratando de anudar la espada contraria.

Artagnan no dudó que su enemigo se imaginaba que no pararía aquel golpe y se contentó con aparentar suma negligencia acompañada de un temblor nervioso, recurso bien conocido del oficial, y que el contrario consideró de una importancia decisiva.

Esta aparente ignorancia del peligro, tan bien ejecutada, perdió á Sin Par. Creyó tener un claro favorable y atacó vivamente el flanco descubierto, pero Ar-

tagnan supo pararlo con vigor, y de un galpe enérgico hizo volar á diez pasos la espada del bandido.

Es probable que esta hubiese herido á alguno de los asistentes, porque un grito de dolor contestó á las exclamaciones entusiastas que arrancó la agilidad del teniente que acababa de obtener un verdadero triunfo: pero éste sin enorgullecerse por lo que había hecho, no juzgó oportuno dejarse adular por los bravos que repetían por todas partes, y sin cuidarse de la herida que había ocasionado involuntariamente se marchó.

El lector habrá comprendido ya que su maniobra oblicua tenía por objeto proporcionarse un medio de retirada; así es que cuando muchos de los compañeros de Sin Par pensaron perseguido en el jardín, ya él había franqueado la puerta exterior.

Artagnan no era hombre capaz de huir de un combate y su conciencia estaba del todo tranquila pensando que si hubiera querido, fácilmente habría ensartado al espadachín: pero se sentía acometido de una idea, ó por mejor decir de un furioso deseo de averiguar el motivo que había podido conducir aquella noche á la taberna al emisario de los príncipes de la casa de Conde.

En lugar de bajar por el arrabal de San Honorato para entrar en su casa—como le aconsejaban la hora avanzada y la producía—subió cosa de cien pasos, acordándose de que el convento de la Asunción tenía un pórtico obscuro, dispuesto de una manera maravillosa para servir de observatorio.

No tardó en quedar allí perfectamente escondido, ayudado por la luna que tuvo la complacencia de ocultarse en esos momentos, de manera que á tres pasos no podría distinguirse ninguna forma humana.

Pero si Artagnan estaba invisible para los que por

casualidad se aventuran por las calles á semejante hora, pronto pudo habituar sus ojos á aquella obscuridad, y distinguió á cosa de cien pasos, que los ruidos de aquel edificio se disputaban entre sí las inmundicias del río.

El silencio que reinaba en el cuartel era sepulcral, y los únicos ruidos que de tiempo en tiempo venían á interrumpirlo eran las campanas de los relojes ó algunas carcajadas que salían de la taberna de las «Hua-dictes.» El teniente contó sucesivamente las diez, las diez y cuarto, y las diez y media, y desde esta última hora le pareció escuchar un murmullo lejano, siempre en dirección de la taberna, pero continuó y creciente.

Al cabo de tres minutos, salió un hombre del chiribitil, después otro y otro más. Artagnan pudo contar hasta seis.

—Oh, oh! se dijo, estoy seguro de que va á ocurrir algo curioso.

Y se ocultó lo más que pudo en el ángulo del pórtico, y el grupo pasó silencioso delante de él pero diseminado.

Cuando hubo pasado el último el débil rayo visual que el caballero se había reservado en su ángulo, sacó oste la cabeza primero y después todo el cuerpo.

—Sigámoslos, á fe mía, se dijo; esto se presenta con mucho interés.

Y por precaución se puso la espada en la mano.

VIII

Para hacer más comprensibles al lector los sucesos que se preparaban, será preciso que quiera retroceder con nosotros venticuatro horas. Una vez convenido esto, continuemos.

Dos jinetes seguían el camino de Flandes y descen-

dían á París. Cubiertos de anchas capas cuyos pliegues los ocultaban del todo y con los sombreros echados á los ojos; no había que dudar mucho sobre su calidad. Eran evidentemente dos soldados españoles pertenecientes á uno de los regimientos de esa nación que sostenían en la capital los señores del parlamento ó el partido de los príncipes.

Era de noche, y saliendo la luna de entre las nubes, que la ocultaban; esparcía sobre la tierra una dudosa claridad. Llegados á una media legua de París, y no lejos de una casa de triste apariencia, casi en ruinas, los jinetes se detuvieron.

Un soldado vestido como ellos se aproximó misteriosamente al que iba delante.

—¿Quién os envía? le preguntó en español el caballero.

—El que habita en la Cité y mira á Santa Geneveva.

—Bien: ¿La contraseña?

—«Enrique y Bayona,» respondió el infante no sin dirigir á todas partes una mirada desconfiada.

—Hè aquí la respuesta prometida, dijo á su turno el caballero dándole una bolsa que tenía un sonido argentino.

—Gracias, señor, dijo el soldado volviéndose á las ruinas.

Los ginetes siguieron al trote y se presentaron á la puerta de entrada de la ciudad, que Luis XIV debía reemplazar más tarde con el arco de triunfo que pertenece hoy al arrabal de San Martín. Esta puerta estaba cuidada por una docena de vecinos armados de picas y de mosquetes, á los cuales dieron la contraseña que hemos visto les acababan de vender.

El jefe del puesto avanzó hácia los que llegaban y

colocó con bastante rudeza una linterna, de que iba provisto, en el rostro del primero que tenía delante.

Este tenía una figura bastante despreciable, y como sus facciones estaban en armonía con su traje, el digno capitán, porque era nada menos que M. Pluchet, pasó á la inspección del segundo personaje.

La linterna alumbró un verdadero rostro de raitre, rudo y bronceado en el fuego de las batallas y en el humo de las tabernas, marcado por la intemperancia y los excesos, y cuyos ojos no podían soportar la luz de la linterna.

—Déjadlos pasar! dijo M. Pluchet con aire de importancia.

Uno de los postigos de la puerta se abrió y los dos ginetes penetraron en la calle de San Martín. Bien pronto dieron vuelta á la calle de los Osos, después á la de Quincampoix, en la cual el zaguán marcado con el número 26 se encontraba abierto de par en par, no obstante lo avanzado de la hora.

Si se recuerda qué casa era ésta, se verá que era la que tenía escrita el sobre de la carta encontrada por Artagnan en la bolsa del traje del senador veneciano. Es más que probable que no sin objeto estaba abierta la puerta de aquella casa, y cuando los dos ginetes que hemos visto venir por el camino de Flandes hubieron entrado, la puerta se cerró.

El amo de la casa se deshacía en saludos ante aquellos caballeros, no sabiendo á quien dar la preferencia; pero cuando vió que el soldado de rostro grosero pasaba antes que el otro para entrar al comedor, donde estaba preparada una comida poco abundante aunque bien condimentada, cuando observó que aquel se sentaba primero invitando á su compañero á hacer lo mis-

mo, reservó para él todas sus atenciones y sus más amables sonrisas.

—Y bien, Besineaux, qué decís? preguntó uno de los convidados al otro, durante la ausencia del buen hombre.

—Digo, monseñor, que todo lo que nos ocurre no es creíble ni imaginable y que yo mismo, estando delante de vos, no puedo reconocer bajo la costra de pintura que tan bien aplicasteis á vuestro rostro.

—Según eso pensáis, puedo aventurarme por las calles de París?

—Oh! ciertamente. El buen Denis os ha visto cien veces en Louvre, y no os reconoce ahora.

—Chut? ... ya está aquí.

Los dos convidados hicieron honores á la comida. El que parecía el amo se apresuraba para concluir pronto y antes de un cuarto de hora se levantaba de la mesa y se ponía los guantes y el sombrero.

—Señor Denis, vuestra casa tiene una puerta que da á la calle de San Martín, no es verdad?

—Sí... señor, respondió el interpelado tomando una linterna encendida.

—Conducidme á ella.

El vecino hizo atravesar muchas cámaras á su huésped, y después un patio estrecho. Sacó una llave de la bolsa, abrió una puerta, y una bodega de especias se presentó con todos los olores penetrantes que despide esa clase de comercio.

El soldado dudó entrar allí, pero su conductor le tranquilizó diciendo:

—Es mi yerno quien tiene esta tienda y está durmiendo.

Pasaron, y el soldado se encontró bien pronto en la calle de San Martín. Una vez en el puente de Nuestra

Señora, distinguió una especie de puesto que parecía guardar la Cité, tomó un aire en extremo marcial y avanzó entonando con un acento español mareadisimo una de las más crueles "mazarinadas" que recorrían las calles.

Adios, consejero supremo,

Adios, destructor de cuaresma,

Adios, peste de carnaval.

En este momento estaba á veinte pasos del puesto, y volvió á comenzar su canto!

Adios, tío de los mazarinatos,

Adios, padre de los títriteros....

—¿Quién vive? gritó una voz clara.

El soldado siguió cantando:

Adios, espíritu bellaco,

Adios, gentil ciliciano,

Adios, condenado italiano....

—¡Eh! amigo, dijo el centinela encarándose delante del soldado, ¿sois acaso ciego y sordo?

—¡Ah! perdón señor, pensaba en mis amores, respondió como sobresaltado el soldado en un acento español.

—¡Oh! un extranjero, dijo el centinela.

—Sí, señor, respondió el soldado español, para servirlos.

—Entonces, ¿sois de los fieles?

—¡Viva M. Condé!

—¿Teneis la contraseña?

—¡Pardiez! ¿cómo qué contraseña?

—Sois digno de servir en los guardias, señor centinela; teneis la vigilancia del dios Murte en persona, "Enrique y Bayona."

—Muy bien; pasad.

—Gracias, señor vecino.

Y el soldado tomó un andar imponente, aventurándose en la Cité y haciendo resonar el pavimento con sus espuelas y golpeando las paredes con su cepadón. Atravesó así el trío de Nuestra Señora y se presentó ante el arzobispado, cuya puerta estaba abierta.

Serian las diez de la noche, y no se sorprendió de encontrar muchas carrozas en el patio, pero lo que sí le admiró un poco fué no ver cómo esperaba una cumulación de tropas en aquel sitio que en su concepto era una plaza de guerra.

Medía docena de vecinos y otros tantos soldados lo ocupaban.

El centinela le dejó entrar, siempre exigiéndole la contraseña y se dirigió á las habitaciones de la casa por un ángulo del patio donde se encontraba una puerta entreabierta.

La empujó, y no obstante la obscuridad que allí reinaba, puso el pie sobre el primer escalón de una escalera de caracol y la subió resueltamente, aunque latándole el corazón con fuerza.

Cosa de cincuenta escalones subiría y se detuvo en una meseta. Sobre ésta había una puerta á la cual llamó con tres golpes pausados y dos seguidos. Inmediatamente se abrió la puerta.

El soldado se encontró en un oratorio ricamente adornado, se quitó el ancho fieltro que lo cubría y saludó bien ligeramente al cardenal de Retz, que fué quien lo introdujo allí.

—¡Vuestra Eminencia es exacto! exclamó éste inclinándose.

El soldado español, que no era otro que el cardenal Mazarino, se sentó en un sillón, y á su invitación el coadjutor hizo lo mismo quedando frente á frente.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se oyó detrás de una puerta cubierta de una tapicería elegante, un murmullo semejante al que produce una numerosa asamblea.

Mazarino no manifestó inquietud, pero su mirada se dirigió más de una vez hácia aquel lado durante el curso de la entrevista que las dos Eminencias tuvieron esa noche.

El coadjutor, desde el momento en que se convirtió en el cardenal de Retz, no era más que uno de los reyezuelos del París insurreccionado; sus diferencias con los príncipes, aunque apaciguadas, habían dejado huellas bien marcadas en su espíritu, porque su odio no podía extinguirse.

Había reconocido, pues, que si Mazarino y la reina de Austria eran para él enemigos implacables, de parte de éstos tenía mejores elementos y esperanzas para la realización de sus ambiciosos deseos.

El príncipe de Condé, que estaba escoltado por una numerosa y bélica nobleza, se había hecho muy buen lugar con el círculo que rodeaba al coadjutor y no le había perdonado sus sarcasmos; pero la ventaja obtenida en el combate del arrabal de San Antonio por la facción de los príncipes debía volverse contra ellos mismos.

El coadjutor supo convencer diestramente al vecindario de París de la insolencia de aquella juventud ardiente que tomándola á París por un país conquistado, le hacía e teatro de los escándalos que tan generalmente contribuían á la miseria general que se experimentaba en todas las clases y hacía muy problemática la restauración de la tranquilidad pública.

Los vecinos y el pueblo comenzaban á quejarse furiosamente de la dominación de los príncipes, y aparto

de algunos fanáticos que habían tomado su papel por lo serio y que querían á todo trance seguir jugando á soldados y que formaban la parte militar de la ciudad con las tropas, se sentía soplar dulcemente el viento de una próxima reacción.

Una vez sentados, y después de algunos minutos de recogimiento, Mazarino rompió el silencio.

—¿Dudaba acaso Vuestra Eminencia que yo viniera?

—No del todo. No obstante las precauciones que tomastéis para disimular esta expedición, precauciones admirablemente combinadas, supe vuestra salida de Buillon, sin ignorar tampoco vuestra detención en Pontoise, así como el mensajero que me enviastéis hizo un rodeo como si hubiera salido de Dammartin y no de Ruel.

—Hum, hizo Mazarino; ¿entonces es de ir que he estado expuesto á ser aprehendido?

—La cabeza de Vuestra Eminencia está puesta á precio.

—Es verdad, respondió el proscrito, pero dudo, y vos también seréis de mi opinión, monseñor, que se pueda pagarla en lo que vale.

—En efecto, los fondos están bien escasos. Las cajas nacionales están vacías.

—Preciso es que la penuria sea absoluta para que hagais esa confesión.

—No tengo la pretensión de deciros nada con ese respecto, cuando tenéis tan buenos informes desde vuestro destierro, monseñor, pero convenid en que por un millón muchos podrían arriesgarse.

—Algunos es posible; pero por eso sé de quien me fio.

—¡Ah! monseñor, en estos tiempos nada hay seguro. En este mismo salón, detrás de aquella puerta, hay en

este momento gentes de todas clases y de todos colores; oficiales, magistrados, paisanos, sacerdotes, gentes-hombres; pues bien, entre diez habrá apenas uno que en cuatro años no haya cambiado de opinión ó de partido. Los demás han sido unas veces del parlamento ó de los vuestros, del rey ó de los príncipes, míos ó de otro cualquiera, unas veces de todos, otras de ninguno, y ya veréis que con esos antecedentes no puede haber confianza. Sé de algunos oficiales que se han batido como leones en el arrabal de San Antonio en contra de los príncipes, que perteneciendo á regimientos estacionados actualmente fuera de Paris, van y vienen á la capital tal como si pertanecieran al partido de los príncipes.

—Todo esto es, en efecto, bastante extraordinario, replicó Mazarino sonriendo, y es posible que no salte á los ojos de los vecinos ó de los artesanos pensadores. Los príncipes, preocupados tan sólo con su ambición ó la de sus amigos, no piensan en la organización de los negocios, y por eso aguardo. Fuertes y valientes para trastornarlo y destruirlo todo, son impotentes para edificar. Todo está así ¿Nosotros decimos que los parisienses quieren ver al rey en la capital?

Como se ve, Mazarino abordaba francamente la cuestión. Por lo demás, el coadjutor y él desplegaban, desde hacía años, bastante diplomacia y suficientes intrigas para conocerse bien y apreciarse cada uno en su verdadero valor, y en consecuencia no tenían necesidad de embajes ni frases oscuras para entenderse.

Eran inútiles para ellos las perfidas actitudes y las falsas reservas que en el principio de una entrevista emplean por lo regular los negociantes para ayudarse en el desarrollo de su plan.

Esta ocasión, después de una correspondencia bien

extensa, cambiada entre las dos Eminencias, de Buillon á Paris y de Paris á Buillon—correspondencia que en virtud del «scripta manent» era forzosamente obscura—comprendió Mazarino que una hora de conversación daría resultados más positivos que todas las frases escritas por sus secretarios.

Sabia hasta qué punto había caído Gondi en sospechas cerca de los príncipes que no podían perdonarle jamás su promoción al cardenalato, y por lo mismo no tenía que temer un cambio rápido.

Además, el coadjutor no era hombre capaz de dejarse deshanrar á los ojos de la posteridad cometiendo una acción infame, digna tan sólo de un bandido.

Fiado en todo eso, no vaciló en descansar en su palabra y afrontar el decreto expedido contra él, introduciéndose en la capital.

Lo importante para él era llegar á la Cité sin obstáculo: una vez allí, los paisanos armados deberían inspirarle menos temor que los soldados de los príncipes españoles ó franceses, puesto que el coadjutor había conservado sobre ellos su poderosa influencia.

—La vuelta de la corte, replicó Gondi, es uno de esos sucesos con los cuales todos se han familiarizado de antemano, es un hecho cierto, esperado; y el vecindario, sobre todo, no tratará de ocultarlo, hace descansar en él todos los proyectos que forma ó acaricia.

—¿Y qué piensan, según vos, los príncipes?

—Los príncipes no han reconocido lo necesario que es un cambio; pero procurarán por todos los medios imaginables impedir el triunfo de sus enemigos.

—¿Sus enemigos? dijo Mazarino sonriendo, es decir, el rey?

—No creo que lo consigan, respondió Gondi.

—Sin embargo, el rey de Francia fué obligado á de-

jar la capita. de sus Estados por no ceder á las injustas pretensiones de aquellos de sus súbditos que hubieran debido ser los primeros en dar el ejemplo de su misión.

—Vuestra Eminencia no debe ignorar que los príncipes han suplicado á Su Majestad regrese á Paris.

—Lo sé; pero no ignoro que Sus Altezas no han vacilado en proponer algunas condiciones.

—¿Cómo! ¿Vuestra Eminencia cree que no se aceptarían estas condiciones? preguntó Gondi.

—Antes me admiro de que hayan sido propuestas.

—¿Por qué, monseñor?

—Entendámonos bien....

—No quiero otra cosa; en cuanto á mí, Vuestra eminencia lo sabe.

—¿Los príncipes desean la vuelta de Su Majestad el rey?

—Sí.

—¿La de Su Majestad la reina?

—También.

—¿No se fijan en los nombres de las personas que componen el séquito de sus Majestades?

—Absolutamente.

—Pues bien, ¿qué quieren entonces los príncipes?

—Nada, pero debo decir á Vuestra Eminencia que el rey, ó por mejor decir, la reina, no parece muy satisfecha de las restricciones que se proponen.

—Sus Majestades usan del derecho de soberanos no aceptando ninguna condición.

—¿Entonces, monseñor, cómo pensáis salir de esto?

—Es bien sencillo, dijo Mazarino.

—Me consideraré dichoso. Si Vuestra Eminencia se digna indicarme el medio.

—Borrad la condición y todo está hecho. Un rasgo

de pluma y todo acabé! Sin embargo, nunca os podré garantizar el olvido.

—Dudo que los príncipes consientan.

—Tanto peor, porque formulándola, no han pensado que ofendían gravemente la majestad real, puesto que se han atrevido á imponerle condiciones.

—No debe ignorar Vuestra Eminencia los esfuerzos que he hecho para intentar que los príncipes renuncien á sus proyectos.

—Hablemos claro. Esa condición se reduce á que el cardenal Mazarino no venga con Sus Majestades?... preguntó sonriendo el cardenal.

—Sí, monseñor, respondió el coadjutor suspirando.

—Pues bien, el cardenal Mazarino está ya desterrado, qué más queréis?

—¿Yo, monseñor? yo no quiero nada.

—¿Pues qué quieren los príncipes mis enemigos?

—Quieren la certeza....

—El rey no ha levantado, según creo la orden que me desterró, fechada el 12 de Agosto. Que los príncipes se cuiden bien! mi destierro ha hecho desaparecer cualquier pretexto de disturbios, y la oposición que ahora no es en realidad sino parlamentaria, puede convertirse en una rebelión política.

El coadjutor se sonrió como si ya se hubiera hecho esta reflexión.

—Ahora, añadió Mazarino, cada uno es responsable de la guerra que se empeñe cuando no hay un pretexto ostensible.

—El vecindario y el pueblo están ya fatigados en efecto.

—¡Vive Dios! exclamó Mazarino, si se acordara al príncipe de Condé todo lo que pida, no habría más que llevarle á consagrar á Reims!

El coadjutor sonrió.

—¡Oh! no crea Vuestra Eminencia que el rey piense en derogar su orden, pero convenid en que no puede volver á París con condiciones.

—No vaya á creer Vuestra Eminencia que me hago en este negocio el intérprete de los príncipes! exclamó Gondi.

Mazarino conocía muy bien el odio que el coadjutor profesaba á los príncipes y particularmente al de Condé, quien según se sabe, había querido hacerle asesinar en pleno parlamento. Mazarino, pues, no necesitaba de aquella protesta. El coadjutor no trabajaba sino por su cuenta, y algún tanto por la de monseñor Gaston, tío del rey, el pusilánime é indeciso teniente general del reino.

—Veamos, señor coadjutor, dijo Mazarino, no avancemos demasiado en nuestras negociaciones. Dejemos aparte á los príncipes y hablemos del rey.

Mazarino sabía muy bien que en aquel momento el príncipe de Conti estaba en los salones del arzobispado, donde habia una reunión numerosa, pero afectó creer que la autoridad del coadjutor se extendía igualmente á aquel príncipe, muy mal ya con su hermano.

—Monseñor, el rey será recibido con aclamaciones de su pueblo, dijo M. de Gondi.

—¿Estáis seguro?

—Esto me corresponde á mí.

—Bien.

Mazarino permaneció un momento pensativo.

—Hablemos de vos ahora, dijo sonriendo.

Gondi hizo un gesto de disgusto que no pasó desapercibido al cardenal.

—¡Vuestra Eminencia, continuó Mazarino, tiene, si no me engaño, deudas crecidas!

La popularidad cuesta bien caro, respondió Gondi bajando los ojos como un hombre que considera debe ser comprendido por otro tan fino como él.

Pero Mazarino quiso sin duda tomar esto por un epigrama, porque frunció las cejas y murmuró:

—Si yo hubiera sido menos económico, no estaría desterrado... ¿no es esto lo que ha querido decirme Vuestra Eminencia?

El coadjutor protestó con la mirada contra toda intención maligna. Por lo demás, Mazarino había venido para negociar, y en consecuencia resolvió pasar por muchas cosas. Además, no podía olvidar que estaba en poder de su antiguo enemigo, y que los salones del arzobispado debían encontrarse llenos de enemigos para él.

—Vuestras deudas serán pagadas, dijo el coadjutor, cualquiera que sea la cifra á que asciendan. Por esto debéis juzgar si las cosas se hacen con largueza.

Gondi miró al cardenal de una manera que podía interpretarse por un *después* que hizo reír á Mazarino. La otra eminencia participó desde luego de aquella hilaridad.

—Después, añadió Mazarino, pedir su protección á mi sucesor. Sí, tengo el proyecto de retirarme á Roma para acabar sus días.

Sólo que quiero ser útil todavía aunque sea desde lejos, al noble país que me ha elevado. Hecho otra vez italiano, y con el apoyo de la Francia, se puede pretender un destino aceptable después de haber gobernado esta misma Francia.

—¿Y quién sucederá al cardenal Mazarino en el cargo de primer ministro?

—El mismo prelado que, siendo simple coadjutor de la sede de París, ha querido ocupar ese puesto dos ve-

ces. Resultado que se vislumbra de las intrigas de los príncipes.

El coadjutor había tocado tan de cerca el ministerio dos ocasiones diferentes, que una vez en Roma Mazarino, la cosa sería no sólo posible sino inevitablemente segura. Se levantó, y fué á tomar la mano de su enemigo y la llevó á sus labios.

—Salud á Julio IV, dijo.

Mazarino se levantó á su vez con toda la majestad y grandeza de un soberano pontífice.

—¿Ahora, dijo, puedo volver á Bouillon?

—Sí, monseñor.

—Entonces, permitidme enviar un correo á Pontoise. ¡Oh! esto es bien simple, creedlo.

Diciendo estas palabras, el cardenal tomó una de las dos bujías que ardían sobre la mesa, se aproximó á una ventana, bajo la cual corría el Sena, la abrió y presentó la flama haciendo alternativamente aparecer la luz en el centro de su sombrero.

Después volvió á colocar la bujía, tendió la mano á Gondi y se dirigió á la puertecita por la cual había entrado.

Gondi quitó los cerrojos de aquella puerta y Mazarino desapareció bien pronto en la oscura escalera.

En el momento en que Gondi, que había quedado pensativo por algunos instantes, é iba á entrar en los salones, oyó el ruido de una llave en la cerradura de la misma puertecita.

Se estremeció y se dirigió hacía aquel lado. La puerta giró sobre sus goznes y entró un caballero joven.

—¿Sois vos, Carlota? exclamó el coadjutor.

—Sí, dijo el caballero que no era otro que la señorita de Chevreuse, ¿no ha salido de aquí un hombre que he encontrado en la escalera?

—Algún servidor, sin duda, respondió el coadjutor, en aire visiblemente embarrado.

—Estáis seguro, monseñor?

—Bien sabéis que esa escalera conduce á las habitaciones de algunos lacayos de mi casa.

—Ah, es que ese hombre lleva una espada con la que me ha dado en los hombros al volver la cara.

—Entonces será algún gentil hombre alojado en pacacio.

—¿Creéis, Paul? preguntó la señorita de Chevreuse con duda. Es que además ese hombre despedía cierto olor á Bergamota, bastante marcado.

—Vos estáis loca.

—Perfume que una sola vez he aspirado, hará cosa de un mes, pero que no se me olvida.

—Qué ocurrencias tenéis.

—Recuerdo que eso fué una tarde que estaba en la casa de la reina con mi madre y madame de Motteville jugando á las cartas.

—¿Y bien?

—Y Mazarino que estaba cerca de mí era como siempre, mi adversario.

—Dios mio, Carlota, dejemos eso y no nos ocupemos más que de la feliz casualidad que nos reúne. Os creía durmiendo.

—En efecto, ha debido haber un motivo poderoso para que yo haya dejado mi retrete.

—¿Cuál?

—Ante todo, decidme el nombre del gentil hombre que salió de aquí.

—De aquí nadie ha salido.

—¿De veras?

—Os lo juro.

—¡Oh! estos hombres de la iglesia. Pero ese olor...

convenid en que un olor suave perfuma todavía este oratorio.

—¡Otra vez, os digo que estáis loca!

—Está bien; entonces me voy.

—¿Os vais?

—Sin duda.

—¡Carlota!...

La señorita de Chevreuse, que ya estaba cerca de la puertecita, se volvió y miró á su amante frente á frente.

—Mazarino ha salido de aquí, ¿no es esto? dijo señalando la puerta.

—Pues bien... si.

El coadjutor hizo esta afirmación considerando que el cardenal había tenido el tiempo suficiente para alejarse.

—¡Estaba segura! exclamó ella, os han engañado!

—¿El engañarme?... ¿qué sabéis!

—¿Qué os ha prometido?

—Nada.

—Entonces, adiós, dijo Carlota.

Pero Gondí la retuvo por la mano.

—¿Qué ocurre Carlota? ¡hablad!

—¿Sabéis lo que os reserva la corte?

—No.

—La Bastilla ó Vincennes.

—No lo creo.

—Estoy segura, me lo dice el corazón. Ahora es preciso que escuchéis lo que voy á deciros. He tenido una visión y nunca me engaño.

—¿Una visión?... decid.

—Escuchadme. No negaréis que hay fenómenos que ofuscan la razón; éstos no son más que sueños, onyo recuerdo queda apenas en la memoria confuso é inde-

ciso. Pero ahora como los patriarcas de la Biblia, Paul, he tenido una visión, os lo repito, y creedme.

El coadjutor levantó la cabeza y fijó su mirada en la señorita de Chevreuse no bien seguro de que conservara toda su razón.

—He visto, continuó ella, á un hombre armado con una coraza y espada en mano deteniendo por una de las borlas de su manto... á otro hombre vestido con una túnica roja. Después, ese hombre era encerrado en una fortaleza.

M. de Gondi sonrió é inclinó la cabeza.

—Monseñor, añadió Carlota, creed en el odio implacable de vuestros enemigos, sin atender á sus promesas, porque ese hombre detenido, esé prisionero de Estado; érais vos!

—Carlota, vuestro amor os exagera naturalmente los peligros que yo puedo correr; pero os lo afirmo, la corte se cuida bastante de mí para llegar hasta ese punto.

—Quien viva lo verá, entretanto, ¡adiós!

—¿Dónde vais?

—A salvaros.

—Carlota, quedaos, os lo suplico.

—No.

Y pronta como el relámpago, la joven se desasíó de los brazos de su amante, abrió la puertecita y se escapó.

—Carl.....

Pero el coadjutor se detuvo y cerró la puerta.

—Acaso tenga razón, dijo... ¡Bah no se atreverán!

Y entró en los salones con la cabeza erguida y seguro del porvenir.

La señorita de Chevreuse bajó de cuatro en cuatro los escalones de aquella escalera que conocía tan bien,

y llegó al patio del arzobispado. Se aproximó á un lacayo que estaba sentado en un guardacantón.

—¿Perteneceis á M. de Conti? le preguntó ella?

—Sí, señorito, respondió el lacayo.

—¿Entonces, aun está arriba monseñor?

—Sí, señorito.

Carlota sacó una cartera de sus calzones, y escribió rápidamente estas cuatro palabras:

«Mazarino está en Paris.»

Y después firmó.

«Carlota de Chevreuse.»

—Lleva esto á tu amo, le dijo, dándole una moneda de oro; pronto, que va en ello su vida.

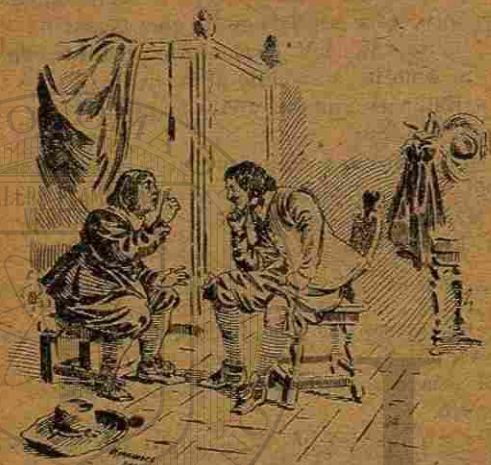
El lacayo subió rápidamente las escaleras y desapareció.

Dos minutos después, M. de Conti dejaba el arzobispado y se hacia conducir á la casa de M. Barada.

IX.

El dia siguiente, es decir, casi á la misma hora en que se separaron el cardenal y el coadjutor, Artagnan salía huyendo como lo hemos visto de la taberna de las «Haudriettes». Se ocultaba en el ángulo del pórtico del convento de la Asunción y asistía al desfile de un grupo compuesto de catorce bandidos mandados indudablemente por su antagonista Sin Par y por su misteriosa visita de la mañana de aquel dia tan fecundo en acontecimientos raros para el teniente.

Su curiosidad estaba vivamente excitada y marchaba á veinte pasos detrás del último de aquellos hom-



bros sofocando cuanto le era posible el ruido de sus botas, gracias al mal estado de las suelas, donde el pavimento era más raro.

Llegando al pueblo del Roule, un vigoroso silbido que partía del lado del río, y casi seguido de una luz vivísima, rápida y fugaz como el relámpago, se oyó á una distancia muy corta de la orilla. La cabeza del grupo, que se había detenido instantáneamente, dejó entonces el pueblo á su derecha, se aventuró entre los arrabales del Grand Cours cuyo nombre tenían en aquella época los Campos Elíseos, é hizo alto á cosa de mil pasos en el Cours la-Reine. Una vez desaparecido el último de aquellos hombres, el núcleo se había formado, y la mitad del grupo se escondió en una espesura y el resto en un foso.

Artagnan no pudo ver los pormenores de aquella maniobra, evidentemente inspirados por una estrategia combinada de antemano, ocupado como estaba del último hombre del grupo, el cual se dirigió en línea recta hacia el Sena, deteniéndose sobre el rivazo en el lugar que hoy ocupa el puente de la Concordia. Este movimiento le pareció sin duda de gran importancia por que se colocó á treinta pasos cuando más de aquel centinela avanzado, cubriéndose lo más posible detrás de un árbol.

Pero al paso que sus ojos se habituaban á fijarse en el mismo punto, Artagnan creyó ser el juguete de una ilusión óptica, de la que no podía darse ninguna explicación, el centinela parecía doble á sus ojos. Mientras uno de los cuerpos que veía se inclinaba á la tierra, el otro se alzaba sobre sus pies, y no era probable que una sombra hiciese evoluciones diferentes que las que producía el cuerpo real. Para distinguir dos hombres era muy lejos.

—De aquí partió sin duda el silbido, dijo el caballero. Diablos Habrá por estos alrededores otros canallas como aquéllos.

Esta reflexión dió por resultado aconsejarle la prudencia, y sobre todo la paciencia, porque tenía ya la tentación de echarse encima de aquel centinela, ocupar su lugar y esperar al acaso las consecuencias que podía traerle aquel golpe atrevido. Pero pensó con bastante madurez que si su resolución era bien fácil, siendo sólo un hombre ó dos, siendo más podrían cuando menos gritar y llamar en su ayuda, y el resultado podría ser muy comprometido. Además, era diestro en aventuras, y resolvió presenciar hasta el fin la comedia que se preparaba.

En efecto, el espectáculo debía verificarse allí: los

centinelas dirigian sus miradas con una insistencia tenaz al lado opuesto al resto del grupo, es decir, hacia el río.

Artagnan no estaba sin duda mejor servido que aquellos hombres: procuraba dilatar sus pupilas, pero la obscuridad de la noche no le dejaba percibir nada á lo lejos, ni del otro lado del Sena ni sobre las aguas tranquilas del río. Sin embargo, como la agitación de aquellos hombres para romper la bruma se aumentaba de minuto á minuto, el teniente hacía por su parte poderosos esfuerzos.

De repente una luz brilló á lo lejos hacia el centro del río y viniendo verdaderamente del puente Barbier, á dos pasos del de Buc; aquella luz, prontamente sofocada, no dejó ninguna duda á Artagnan. Era una señal semejante á la que se había dado antes.

Esa señal, producida por algunos granos de pólvora inflamados en la casoleta de una pistola, no podía engañar á ningún militar.

Evi lentamente aquella señal era dirigida á los hombres colocados de centinela, porque uno de ellos dejó instantáneamente su puesto y se replegó corriendo hacia el sendero por donde desapareció poco antes el grueso del grupo.

Artagnan sentía mucho no poder ver lo que motivaba la señal y su paciencia se agotó del todo cuando reconoció que en aquel punto avanzado no había más que un hombre, el cual quieto, sin duda por el resultado del negocio, se había sentado ó agachado detrás de una piedra grande, en espera tal vez de un nuevo acontecimiento.

Artagnan tomó pronto su partido, se lanzó hacia aquel hombre rápido como el rayo y le asió de lo garganta con fuerza.

El hombre articuló un débil gemido y se desvaneció ó poco menos, porque no opuso ninguna resistencia. En un abrir y cerrar de ojos el teniente le agarró, empleando para ello su propio cinturón le puso una mascarada en la boca, y una vez bien asegurado de que no tenía más que una masa inerte á sus pies, dirigió sus miradas al Sena.

Al cabo de tres segundos distinguió una barca que rápidamente se deslizaba sobre las aguas, merced á la corriente que la favorecía, en dirección al mismo sendero donde él estaba y que podía presentarse al desembarco. Además del remero, dos hombres ocupaban la barca.

El caballero se agachó entonces al hombre agarrado, le aplicó algunos golpes acompañados de juramentos y amenazas, y ocupó su arbol. Desde entonces tomó cierto aire de seguridad, y lanzó un suspiro y una ligera exclamación como se hace cuando se comienza á comprenderse lo que había apurado nuestra inteligencia.

La barca seguía avanzando, y estaba ya á diez brazadas de la orilla, cuando de un maciso de árboles situado no lejos de la puerta de la conferencia, desembocaron tres caballos. Sólo uno estaba montado, y su jinete era un hombre cuya capa, mal cerrada por delante, dejaba ver el acero bruñido de una coraza.

Por fin la barca tocó un montón de piedras, y los dos pasajeros se dispusieron á saltar en tierra.

Durante este tiempo el jinete había vuelto los caballos hacia ellos y les soltó las bridas. Montaron con rapidez y sin dar tiempo para nada, los tres tomaron el camino cubierto de árboles con dirección al sitio al cual se había replegado el centinela poco antes.

—Si no me engaño, se dijo Artagnan, creo encontrarme en un país conocido.

Y se marchó, siguiendo bien pronto sobre el rastro de los caballos, sin inquietarse para nada del hombre que dejaba detrás, satisfecho de haberlo agarrado sólidamente.

Trataba como se ve de asegurarse de la calidad de aquellos tres jinetes, no sin procurar antes de aquellos de averiguar hacia qué parte del Cours-la-Reine se había dirigido la banda misteriosa de la taberna de las Haudriettes. Era tal vez curiosidad exajerada, pero la naturaleza de ciertos hombres es así: siempre pretende investigar el porqué y el cómo de todo lo que pasa delante de sus ojos.

Además de esto, podemos considerar á Artagnan de la raza de esas aves poderosas de anchas alas y afiladas garras que siguen las grandes aglomeraciones de hombres que se llaman batallones ó ejércitos, con la idea de satisfacer los deseos de sus acerados picos; con la única diferencia de que nuestro bearnés estaba provisto de una espada vigorosa.

Sin embargo, como no quería absolutamente ser visto ni por unos ni por otros, dejaba un espacio de treinta pasos cuando menos entre él y los jinetes.

Llegados á la parte más espesa á un sendero donde la altura de los árboles no permitía que la luna, oculta en aquellos momentos por una nube espesa, proyectara su luz argentina, los tres caballos que marchaban de frente se encontraron detenidos repentinamente de la brida.

El camino estaba rodeado de hombres, cuyas filas estrechas sostenían á los que asieron las bridas de los caballos; de manera que estos animales vivamente estimulados por las espuelas, quisieron arrollar á los que

le servían de obstáculo, pero se encontraron dominados del todo.

—¡Hola! dijo uno de los jinetes, ¿son ladrones ó soldados los que nos obstruyeron el camino.

—Ni lo uno ni lo otro, señores, respondió una voz que evidentemente venía de uno de los lados del camino, hacia el cual brillaban los destellos de una linterna sorda, enteramente debilitados.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Imprimir que paséis; esto es todo.

Y tras estas palabras, los tres jinetes sintieron que manos vigorosas se apoderaban de sus piernas y procuraban hacerlos caer del otro lado; pero como si un jefe militar hubiera prescrito esta maniobra uniforme, cada uno de ellos sacó violentamente su espada y asestó sobre el cráneo del autor de aquellas maneras inconvenientes, un golpe terrible con el pomo.

A la vez hicieron retroceder y encabritar sus cabalgaduras, y los hombres que las detenían, siguiendo el impulso que no esperaban, perdieron el equilibrio, saltaron la brida y rodaron por el suelo.

Los bandidos volvieron á la carga, y no pensaban verdaderamente sino en cercar á los jinetes á fin, sin duda, de apoderarse de sus personas, porque éstos se encontraron de nuevo rodeados en todos sentidos; pero como los jinetes no tenían la misma idea y sólo aspiraban á desembarazarse de ellos lo más pronto posible, se pusieron á jugar la espada dando tajos y reverses á diestra y siniestra sobre los asaltantes. Bien pronto pudieron comprender á sus gritos que sus golpes daban solamente en el vacío.

—¡Por fin ha caído uno en tierra! pronunció una voz. En efecto, uno de los caballeros cayó de su caballo,

y mientras que cuatro brazos vigorosos lo detenían en el suelo, el de la linterna acercó la luz á su rostro.

—Este no es, dijo; que se le amarre bien y no se lo deje tirado.

Los bandidos no se inquietaron por el caballo, que libre de su amo, corría hacia París.

Pero al cabo de algunos segundos ese mismo caballo volvió sobre sus pasos con gran admiración de los asaltantes montado por un hombre con la espada en la mano y atacando furiosamente.

Los dos jinetes pensaron que uno de los bandidos se había apoderado del animal; pero á la luz de la luna que en ese momento lucía, vieron dar tantos y tan terribles golpes á todos lados, que recobraron la seguridad de que la caída de su compañero había sido momentánea.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEC
P
A
V